MAR FERNÁNDEZ

UN REFUGIO en Moonlight



SERIE SERENE FALLS 3

Un refugio en Moonlight

Serie Serene Falls 3



MAR FERNÁNDEZ

UN REFUGIO EN MOONLIGHT

(Serene Falls 3)

Copyright © 2024 Mar Fernández
Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del autor de la obra.

Corrección: *violetamtcorreccion@gmail.com*
Maquetación: *valeriemillerescribe@gmail.com*
Portada*: carlarr2003@gmail.com*
Imágenes: 123rf.com

All Rights reserved
1ª edición en Julio 2024
www.safecreative.org
Número de registro: 2406278405444

Sello: Independently published

"A veces podemos pasarnos años sin vivir en absoluto y de pronto toda nuestra vida

se concentra en un solo instante"

Oscar Wilde

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO
MAR FERNÁNDEZ
OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

CAPÍTULO 1

Rancho Moonlight

Colt Duncan caminaba con paso sereno; a pesar de haber completado sus tareas del día, no tenía prisa por llegar a casa. Una brisa suave mecía las copas de los árboles, y el sol teñía el horizonte de tonos dorados. Hacía unas semanas que su hermano Jared se había ido a vivir con Brianna y Hailey al criadero de caballos Chapman. Aunque sabía que era lo mejor para su hermano, no podía evitar sentir un vacío en el rancho sin su presencia. A pesar de que cuando estaba en casa solían discutir, lo echaba de menos.

Colt se detuvo junto a la valla del corral y observó cómo los caballos pastaban como si nada hubiera cambiado. Suspiró profundamente, sintiendo un nudo en la garganta, y dejó que su mirada se perdiera en el horizonte, más allá de los animales.

En ese momento, Moira se acercó a él. Sus ojos, que reflejaban años de sabiduría, se fijaron en su perfil y descubrieron su semblante triste.

—Colt, cariño —comenzó Moira, su voz cálida resonó en el aire tranquilo del atardecer —. Sé que extrañas a Jared, pero debes continuar, hacer tu propia vida.

—Lo sé, pero por incomprensible que parezca, le echo de menos, incluso sus broncas porque no hice esto o aquello —confesó Colt con nostalgia.

—¡Oh, vamos, por el amor de Dios! —exclamó Moira sin poder contenerse—. El mundo no se acaba porque un tipo gruñón y déspota se haya marchado.

Colt esbozó una media sonrisa ante las palabras de Moira. Era verdad que Jared y aquella mujer se pasaban la mayor parte del tiempo discutiendo entre sí, pero sabía que en el fondo se adoraban y que ella también le extrañaba, aunque intentaba fingir lo contrario.

—Sí, supongo que ahora serán otros los que tengan que aguantar su mal genio —aceptó Colt con una media sonrisa—. Parece que fue ayer cuando estábamos corriendo por los campos, causando estragos en todas partes —recordó con nostalgia.

Moira rio suavemente, recordando aquellos momentos con cariño.

—Recuerdo cuando Harper y tú os subisteis al tejado del granero y luego no podíais bajar —compartió—. Fue todo un alboroto, pero al final Jared os devolvió al suelo, a pesar de que había maldecido y renegado mil veces.

Colt asintió, con la nostalgia llenando sus ojos.

—Esos eran buenos tiempos —dijo con sinceridad—. Ahora que mis hermanos han seguido adelante con sus vidas, siento que el rancho nunca será igual sin ellos.

Moira colocó una mano reconfortante en el brazo de Colt.

—Pero recuerda, querido, que la esencia del rancho Moonlight sigue siendo la misma —dijo con firmeza—. Es el lugar donde crecisteis, donde aprendisteis a amar y a respetar la tierra. Y tú eres parte de esa esencia, al igual que tus hermanos.

—Gracias, Moira —dijo Colt agradecido—. Tus palabras siempre tienen el poder de reconfortarme —confesó con sinceridad.

Moira le sonrió con ternura.

—Ya sabes que para mí vosotros sois como los hijos que nunca tuve.

Colt asintió, agradecido por la presencia reconfortante de Moira en su vida. Con su apoyo y sabiduría, sabía que podría enfrentar cualquier obstáculo que surgiera en el rancho o en su vida.

Los dos se quedaron en silencio por un momento, compartiendo el vínculo silencioso que solo años de convivencia podían forjar. Aunque el rancho parecía más tranquilo sin la agitación de sus hermanos, Colt sabía que siempre encontraría apoyo y consuelo en Moira, que era un miembro más de la familia Duncan.

—Bueno, tengo que volver a la cocina —dijo Moira, rompiendo el silencio con su voz suave y maternal—. No quiero que se me queme la cena. No tardes mucho —añadió antes de besar con ternura la mejilla de Colt y caminar hacia la casa con paso rápido, como era su costumbre.

Colt sonrió, a punto de seguir a Moira hacia la casa, cuando el sonido de un motor acercándose lo detuvo. Alzó la mano en forma de visera y observó el polvo levantado por una *pickup* de color negro que se aproximaba.

Se sorprendió al ver que el vehículo se detenía junto a la casa y de él descendía Jt Carpenter, el capataz del criadero de caballos Chapman. Colt unos segundos antes de caminar hasta él con soltura.

«Joder, maldita sea», protestó Colt mentalmente al recordar la conversación de WhatsApp que había mantenido con Brianna esa misma tarde.

[Brianna - 17:22]
Hola, Colt, espero que estés bien.
Necesito hablar contigo urgentemente. ¿Tienes un momento para mí?
[Colt - 17:25]
Sí, dime.
[Brianna - 17:26]
Verás, tengo un problema y creo que tú podrías ayudarme.
[Colt - 17:27]
Claro, lo que necesites. Dime de qué se trata.
[Brianna - 17:28]
Estoy realmente preocupada por Jt. Hoy tuvo otra discusión con Jared y parece que las cosas están llegando a un punto crítico. Jt me ha dicho que está considerando irse y eso me parte el corazón porque es un trabajador increíble. Le sugerí que hablara contigo, sé que podrías encontrarle un lugar en el rancho. Realmente creo que sería una gran incorporación para el equipo. Por favor, piénsalo.
[Colt - 17:31]
Entiendo la situación, Brianna. Hablaré con Jt y veré qué podemos hacer.
[Brianna - 17:35]
¡Gracias, Colt! Sabía que podía contar contigo.

—Buenas tardes, Colt —saludó Jt cuando estuvo frente a él, mientras el otro permanecía parado a pocos pasos de la casa.

—Buenas tardes, Jt. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó Colt, aunque sabía de sobra a qué se debía la visita inesperada de Jt.

—Verás, las cosas en el criadero se han complicado —confesó Jt, algo incómodo—, y

Brianna sugirió que tal vez aceptarías que trabajara aquí. Dijo que seguramente necesitarías ayuda ahora que Jared —pronunció su nombre con esfuerzo— está en el criadero.

Colt escuchó atentamente las palabras de Jt, reflexionando sobre la sugerencia de Brianna. Sabía que contratar a Jt podría causar cierta tensión con Jared, pero también reconocía la necesidad de ayuda en el rancho, especialmente ahora que estaba solo.

Después de unos momentos de duda, sopesando los pros y los contras, Colt asintió con determinación.

—Entiendo la situación, Jt —dijo con sinceridad—. Y creo que podríamos encontrar un lugar para ti aquí.

Jt asintió con gratitud, visiblemente aliviado por la respuesta de Colt.

—Gracias, Colt. Prometo trabajar duro y demostrar que valgo la pena, aunque no quiero causarte problemas con Jared —añadió Jt, sabiendo que, si Colt lo contrataba, podría haber tensiones entre los hermanos.

Colt le dio una palmada amistosa en el hombro.

—No te preocupes por eso, sé cómo tratar al gruñón de mi hermano. Además, si Brianna te recomienda, eso me basta —afirmó Colt con seriedad.

Aunque sabía que la decisión de contratar a Jt no sería del agrado de Jared, Colt estaba convencido de que era lo correcto para el rancho y para él mismo. Además, no podía ignorar la petición de ayuda de Brianna, a quien siempre había apreciado a pesar de los problemas entre sus familias.

Colt y Jt continuaron la conversación unos minutos más, discutiendo los detalles de su trabajo en el rancho y cómo podrían colaborar juntos para asegurar el éxito de Moonlight. Aunque el desafío de gestionar las relaciones entre su hermano y Jt estaba por delante, Colt estaba decidido a hacer lo mejor para el rancho, del que ahora él estaba al frente.

***

Serene Falls

Mackenzie Slater caminaba por la acera, con bolsas de compras en ambas manos, sintiendo el peso tanto físico como emocional. Había pasado la tarde en el entrenamiento de Leo, su hijo de seis años, y luego había ido al supermercado. Se había tomado su tiempo para revisar los precios, decidida a conseguir la mayor cantidad de alimentos posible dentro del limitado presupuesto semanal que Leonard destinaba para la comida. Al darse cuenta de lo tarde que se le había hecho, sintió cómo el estrés y la tensión volvían a acumularse en su cuerpo. Sabía que su tardanza significaba una nueva confrontación con Leonard al llegar a casa.

Al menos, se sentía agradecida de que Leo se hubiera quedado a dormir en casa de su amigo Robert esa noche, lo que significaba que no tendría que presenciar la situación en casa.

Al abrir la puerta, el ambiente pesado la envolvió de inmediato. Leonard estaba de pie en medio de la sala, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión sombría en el rostro. Mackenzie tragó saliva, preparándose para lo que vendría a continuación.

—¿Dónde demonios estabas, Mackenzie? —gruñó Leonard, con un tono lleno de reproche—. Te esperaba hace horas.

Mackenzie suspiró, sintiendo la familiar sensación de frustración y miedo que siempre acompañaba esas conversaciones.

—Estaba en el supermercado, comprando lo que necesitamos para la semana —respondió con voz cansada mientras se dirigía a la cocina, seguida por su marido, para dejar las pesadas bolsas sobre la encimera.

—Siempre tienes excusas para todo —expresó Leonard con voz molesta—. Y a saber a qué hora cenaremos hoy —añadió con sarcasmo.

La discusión se intensificó rápidamente, con palabras hirientes y acusaciones volando por la habitación. Mackenzie se sentía atrapada en un ciclo interminable de conflictos, sin esperanza de escapar.

En medio del caos, Jenna, su hija de trece años, entró en la cocina. Sus ojos se llenaron de preocupación al ver la tensión entre sus padres.

—¡Basta ya, papá! —exclamó Jenna, con voz temblorosa pero decidida. No pensaba permitir que su padre volviera a ponerle una mano encima a su madre—. No puedes seguir tratando así a mamá.

El rostro de Leonard se endureció ante las palabras de su hija, y giró el rostro para clavar su fría mirada en ella. Era la primera vez que su hija se interponía entre él y Mackenzie y eso no le gustó ni un pelo.

—¿Quién te crees que eres para meterte donde no te llaman? —bramó furibundo mientras daba un paso hacia la niña.

Mackenzie, consciente del peligro, se acercó a Jenna y se puso delante de ella, protegiéndola con su cuerpo de la mirada furibunda de Leonard.

—¡Aparta! —dijo Leonard con voz fría.

—Ni hablar —replicó Mackenzie mientras daba un paso hacia atrás, luego otro.

Leonard dio un paso adelante, su rostro estaba enrojecido por la furia, pero Mackenzie mantuvo su posición firme, protegiendo a su hija con determinación.

—¡Fuera de mi camino! —gritó Leonard, con los puños apretados.

—No, Leonard. No voy a permitir que abuses de nuestros hijos también —respondió Mackenzie con voz firme, sus ojos reflejaban una mezcla de miedo y decisión.

Por un momento, pareció que Leonard iba a avanzar aún más, pero luego, con un gruñido de frustración, se detuvo. Se giró bruscamente y salió de la casa, dando un portazo que resonó en toda la vivienda.

Mackenzie se dejó caer en una silla cercana, sintiendo cómo la tensión abandonaba su cuerpo. Jenna se acercó a ella y la abrazó con fuerza, compartiendo un momento de alivio y solidaridad.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó Jenna, con voz suave, mientras acariciaba el cabello de su madre.

Mackenzie asintió, notando que las lágrimas empañaban sus ojos. Habían pasado por tantas discusiones y momentos difíciles… pero esta vez, Jenna había intervenido, protegiéndolas a ambas. Se sintió agradecida por el coraje de su hija y determinada a cambiar las cosas para mejor.

—Estoy bien, cariño. Gracias a ti —respondió Mackenzie, devolviéndole el gesto con ternura.

Madre e hija se abrazaron durante un largo rato, compartiendo el calor y la seguridad que solo el amor familiar podía proporcionar.

CAPÍTULO 2

Rancho Moonlight

La noche descendía sobre el rancho, envolviendo la tierra en una manta oscura salpicada de estrellas. Era viernes y Colt se encontraba en el porche, observando el paisaje con una botella de cerveza helada entre sus dedos mientras esperaba la llegada de sus invitados para la partida mensual de póker.

Había preparado todo en el salón, aunque Moira no parecía muy contenta con la situación, por lo que había decidido ir a pasar el fin de semana a casa de su sobrina y así disfrutar de sus sobrinos nietos.

Poco después, los cascos de un caballo resonaron en la distancia, anunciando la llegada de Jared, vecino más próximo del rancho. Colt sonrió al ver a su hermano bajar de la montura a pesar de la tensión que existía entre ellos debido a la contratación de Jt en el rancho unos días antes.

—¡Bienvenido, hermanito! —le saludó animadamente cuando Jared llegó a su altura—. ¿Listo para que te desplume?

Jared le dirigió una mirada sombría, pero luego sonrió y se acercó para darle un golpe amistoso en el hombro.

—Por supuesto, pero el que va a acabar sin un centavo en el bolsillo vas a ser tú —bromeó Jared, aunque su tono llevaba un ligero matiz de tensión.

Colt asintió con una sonrisa, aceptando la broma con deportividad, y luego invitó a entrar a Jared al interior de la vivienda con un gesto de mano.

Jared se acercó a Colt mientras este estaba preparando las bebidas en la cocina, antes de que llegaran los demás invitados para la partida de cartas.

—Oye, Colt, necesitamos hablar un momento —dijo Jared. Su tono de voz era serio pero tranquilo.

Colt asintió y dejó la bolsa de *snacks*, con la que había llenado un bol, sobre la encimera antes de enfrentarse a su hermano.

—Claro, ¿qué pasa? —respondió Colt, poniendo su atención en su hermano.

—Es sobre Jt…No estoy muy contento con tu decisión de contratarlo en el rancho —comenzó Jared, sin rodeos.

Colt suspiró, sabiendo que el tema era inevitable.

—Lo sé, Jared, pero necesitaba ayuda en el rancho y Brianna me lo recomendó —explicó Colt, buscando comprensión por parte de su hermano.

Jared frunció el ceño, claramente frustrado.

—Entiendo eso, pero ¿no podías haberme consultado antes de tomar una decisión así? —preguntó Jared, su tono era un poco más agudo de lo normal.

Colt bajó la mirada por un momento, reflexionando sobre las palabras de Jared.

—Tienes razón, debería haberte consultado. Lo siento si te ha molestado mi decisión— respondió Colt sinceramente.

Jared suspiró, aparentemente aliviado por la disculpa de Colt.

—Está bien, hermano. Solo espero que sepas lo que estás haciendo—dijo Jared, su tono era más suave ahora.

Colt asintió, agradecido por la comprensión de su hermano.

—Lo sé, Jared. Pero confía en mí, creo que esta será una buena decisión para el rancho. Además, parece un buen trabajador —aseguró Colt, deseando que su hermano confiara en su juicio.

Jared asintió, mostrando una pequeña sonrisa.

—Está bien, confío en ti. Quizás el problema es mío, no puedo olvidar que intentó conquistar a Bree —admitió Jared mientras le daba un ligero golpe amistoso en el hombro y se dirigía al salón.

Poco después, todos los invitados, que habían ido llegando poco a poco, se acomodaron alrededor de la mesa de póker. Comenzaron a compartir risas y bromas mientras mezclaban las cartas y distribuían las fichas. El ambiente era relajado y jovial, como siempre lo era cuando estaban juntos.

—Bueno, ¿y cómo lleváis la vida en cautividad? —preguntó de pronto Zachary, el mayor de los hermanos Bale.

—A mí no me mires —dijo Colt, levantando una mano en alto mientras sostenía las cartas con la otra—, yo sigo soltero y disponible —añadió con gracia.

—Yo estoy perfectamente en cautividad —replicó Liam, siguiendo con la broma de Zachary—, y pagaría mi peso en oro por estar eternamente encadenado a Harper y su cama —añadió con humor.

—¡Eh, que es nuestra hermana! —protestó Jared evidentemente incómodo.

—¿Y tú con la veterinaria? —intervino Michael.

—¿Te hace revisiones periódicas? —añadió Zachary.

—Deberíais madurar —intervino Liam, viendo que la situación podía acabar mal. Conocía bien a los Bale, y también a su cuñado Jared, que había mejorado mucho su actitud desde que estaba con Brianna, pero no había que tentar a la suerte.

—Y ¿cómo está Hailey? —preguntó Colt.

Jared sonrió ligeramente al escuchar la pregunta, agradecido a Colt por el cambio de tema.

—Está bien. Ha acabado el curso escolar con buenas notas y ahora planea pasar el verano cuidando de los caballos y ayudando en el criadero —añadió, mostrando una pequeña sonrisa.

—Pues mi hermana Tricia ha decidido pasar el verano en Seattle con ese tipo —intervino Zachary con evidente malestar.

—¡Oh, vamos, Zachary! —exclamó Colt, un tanto molesto—. Lucien parece buena gente —protestó.

—Sí, si tú lo dices —replicó el aludido, visiblemente molesto—. Para mi gusto, es demasiado…

—Pijo, *finolis*… —acabó Michael la frase por él.

La conversación entre los hermanos provocó un coro de risas, que ayudó a relajar nuevamente la tensión. Luego, el grupo compartió noticias sobre sus vidas en las últimas semanas, intercambiando anécdotas y risas mientras jugaban.

Mientras tanto, el sonido de las cartas llenaba la habitación, mezclándose con las risas y las bromas de los jugadores. A medida que avanzaba la noche, la partida se volvía más intensa, con apuestas altas y estrategias cuidadosamente planeadas. Finalmente, después de varias horas

de juego, la partida llegó a su fin. Los hombres se despidieron con palmadas en la espalda y promesas de volver a encontrarse para la próxima.

Colt se quedó en el porche, observando cómo las luces de los vehículos se alejaban en la oscuridad de la noche. Agradeció la amistad y el apoyo de sus amigos, sabiendo que siempre podía contar con ellos, incluso en los momentos más difíciles.

Con un suspiro de satisfacción, se sentó y se recostó en el banco del porche, contemplando el cielo estrellado y sintiendo una profunda gratitud por las personas que llenaban su vida.

***

Serene Falls

Mackenzie estaba sola en la oscuridad de la noche, sintiendo el frescor del césped bajo sus pies descalzos mientras permanecía en el jardín trasero de la casa. El silencio de la noche la envolvía, pero su mente estaba llena de pensamientos tumultuosos que la mantenían despierta. No podía quitarse de la cabeza lo que había sucedido unos días antes. Las discusiones con Leonard no eran nada nuevo, pero sí que Jenna interviniera para protegerla.

Recordaba el brillo de determinación en los ojos de Jenna mientras se interponía, dispuesta a defenderla a cualquier precio. Aquel momento la llenaba de orgullo, pero también de profunda preocupación: había sido testigo de la intención de Leonard de golpear a su propia hija por interponerse en su camino. Sabía que no podía permitir que la situación continuara así, que la seguridad y el bienestar de sus hijos dependía solo de ella y de su valor.

Se pasó una mano por el cabello, sintiendo el nudo en su estómago crecer con cada pensamiento. Tenía que tomar una decisión, enfrentarse a la difícil realidad de su matrimonio con Leonard y el impacto que tenía en sus hijos. No podía seguir ignorando la violencia y el abuso emocional que se escondían detrás de las paredes de su hogar.

Mackenzie respiró hondo, buscando fuerzas en la quietud de la noche. Sabía que no sería fácil, que tomar una decisión implicaba enfrentarse a lo desconocido, pero también sabía que no podía permitir que sus hijos crecieran en un ambiente tóxico e inseguro. Antes de que la valentía la abandonara, sacó su móvil del bolsillo trasero de sus pantalones y buscó un número en la agenda con determinación.

—¿Mackenzie? —una voz soñolienta resonó al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo, Harper. Siento si te he despertado, no me fijé en la hora —confesó Mackenzie, fortalecida por la necesidad de hablar con alguien.

Harper se levantó de la cama, procurando no despertar a Liam, y se dirigió al salón con la mente algo más despejada.

—¿Qué sucede?, ¿estás bien? —preguntó preocupada. Aunque su amiga no le había contado lo que sucedía en su casa, ella no era estúpida. Llevaba años trabajando con mujeres maltratadas y sabía leer entre líneas. Había intentado hablar con ella un tiempo atrás pero no había tenido mucho éxito, de modo que esa llamada la llenaba de esperanza.

—Sí y no. Me gustaría hablar contigo sobre... la posibilidad de divorciarme. No conozco a nadie más a quien acudir —confesó Mackenzie, con la voz entrecortada por el temor a lo desconocido y la angustia.

Harper se sumió en un breve silencio, asimilando la revelación de su amiga.

—Claro, Mackenzie. Estoy aquí para ti, siempre lo he estado. Podemos hablar de todo lo que necesites. Además, ahora soy tu abogada —añadió emocionada.

—Pero no puedo pagarte, no tengo dinero, al menos por el momento —confesó Mackenzie, mortificada por la situación.

—Por eso no te preocupes —afirmó Harper rotunda, consciente de que dejar a las mujeres sin recursos era una táctica común de los abusadores, dejándolas completamente dependientes de ellos—. Ya me lo devolverás cuando puedas. ¿Cuándo podemos quedar para hablar? —añadió, temiendo que Mackenzie perdiera el valor.

Mackenzie se sintió aliviada por la respuesta comprensiva de Harper. Aunque la idea de hablar sobre el divorcio la llenaba de ansiedad, saber que contaba con el apoyo y la asesoría legal de su amiga le brindaba cierto consuelo.

—Gracias, Harper. No sabes cuánto significa para mí tener a alguien en quien confiar en estos momentos —expresó Mackenzie con sinceridad, sintiendo que el peso que cargaba sobre sus hombros se aligeraba un poco.

—Podemos encontrarnos mañana por la mañana, si te parece bien.

—Sí, claro —aceptó, mientras la sensación de vértigo anidaba en su estómago, sabiendo que la decisión que acababa de tomar cambiaría su vida y la de sus hijos para siempre.

—Podemos reunirnos en la cafetería Keller sobre las once —propuso Harper, sabiendo que aquel lugar era como una segunda casa para Mackenzie—. ¿Te parece bien?

Mackenzie negó con la cabeza rápidamente, como si Harper pudiera verla.

—No, allí no —se apresuró a decir, sabiendo que Jerry, el mejor amigo de Leonard, solía pasar por el café y no quería que se enterara de sus asuntos personales y luego fuera con el chisme a su marido.

—De acuerdo, pues ven a mi casa a la misma hora , aquí estaremos más tranquilas.

—Allí estaré —afirmó Mackenzie, sintiendo un pequeño rayo de esperanza en medio de la tormenta emocional que enfrentaba—. Y muchas gracias por todo, Harper. Sé que desde tu regreso he estado algo distante, pero…

—¡Oh, Mackenzie, por favor! —le rogó Harper—. Eso no es nada, lo importante ahora es que tú y los niños estéis bien. Nos vemos mañana, cariño. Lo arreglaremos todo de la mejor manera posible —aseguró Harper, segura de sus palabras.

—Hasta mañana —replicó Mackenzie emocionada.

Tras cortar la llamada, Mackenzie bloqueó y guardó su teléfono móvil en el bolsillo con un sentimiento renovado de esperanza. Sabía que el camino hacia el divorcio sería difícil, pero con la ayuda de Harper y su determinación, estaba lista para enfrentar cualquier desafío que se interpusiera en su camino. No pensaba seguir temiendo a Leonard ni a nadie.Se lo debía a ella y a sus hijos.

CAPÍTULO 3

Serene Falls,
al día siguiente

Mackenzie se acomodó en el sofá de la sala de estar de Harper, sintiendo los nervios atenazar su estómago mientras esperaba la conversación que se avecinaba. Sabía que Harper, con su experiencia como abogada, la guiaría en el proceso de divorcio, pero, aun así, la ansiedad le agitaba los pensamientos mientras su amiga preparaba unas infusiones en la cocina.

Poco después, Harper regresó con una bandeja, dejándola con cuidado sobre la mesa baja antes de servir dos tazas. Su expresión comprensiva tranquilizó a Mackenzie, quien recibió la taza con gratitud.

—Entiendo que esto no es fácil para ti, Mackenzie, pero estoy aquí para ayudarte en lo que necesites. Primero, hablemos de los pasos que debemos seguir para iniciar el proceso de divorcio —dijo Harper con seriedad.

Mackenzie asintió, agradecida por tener a su amiga a su lado. Sabía que, si no fuera por su amistad, no se habría atrevido ni siquiera a dar el primer paso.

—Bien, ¿qué es lo que tengo que hacer? —preguntó con evidente nerviosismo.

Harper tomó aire y comenzó a explicar detalladamente los procedimientos legales que debían seguir, brindándole a Mackenzie una sensación de control en medio del caos emocional que estaba experimentando.

—Y una vez que hayamos iniciado el proceso, ¿dónde me quedaré mientras encuentro otro lugar para vivir? —preguntó Mackenzie, con un destello de preocupación en sus ojos.

Harper le ofreció una sonrisa tranquilizadora.

—Bueno, lo usual es ir a una casa que acoge a mujeres en tu misma situación, pero no hay ninguna por la zona —confesó Harper apesadumbrada—. Pero no te preocupes, mi casa está abierta para ti y los niños. Puedes quedarte conmigo el tiempo que necesites. No te preocupes por eso —dijo con gentileza.

—Pero ¿y Liam? —preguntó, refiriéndose a la pareja de Harper, quien además era el *sheriff* del pueblo.

—Tranquila, hablé con él esta mañana durante el desayuno y le pareció una buena idea —la tranquilizó Harper.

Mackenzie sintió un alivio abrumador y una gratitud indescriptible hacia la pareja. La sola idea de seguir en casa cuando Leonard se enterase de su decisión de separarse la aterraba.

—Harper, no sé cómo agradecerte tu ayuda. Significa mucho para mí tener tu apoyo en estos momentos tan difíciles —expresó con sinceridad, sintiendo cómo las lágrimas amenazaban con asomar a sus ojos.

—Estoy aquí para ti, Mackenzie. Siempre lo estaré. Ahora, hablemos de algo más agradable. ¿Al final le vas a pedir trabajo a Louise? —preguntó Harper, cambiando de tema para aliviar un poco la tensión.

hi—Ya lo he hecho —confesó Mackenzie—. Aunque no me quiero hacer ilusiones, cabe la posibilidad de que se eche atrás.

—Positividad llama a positividad —afirmó Harper con una sonrisa.

***

Rancho Moonlight

El sol se ponía lentamente sobre el horizonte, tiñendo el cielo con tonos dorados y naranjas. Moira buscó a Colt hasta dar con él en uno de los corrales. Estaba ocupado arreglando las pezuñas de uno de los caballos. Moira, al verle, se acercó a él con un aire decidido, pero también melancólico.

Él, al escuchar pasos a su espalda, se giró y levantó la mirada que clavó en ella, sorprendido por su aparición.

—Colt, necesito hablar contigo —dijo Moira con un tono suave pero firme, captando la atención del joven.

Colt dejó lo que estaba haciendo y se acercó a ella, preocupado por la expresión que veía en su rostro.

—¿Qué sucede, Moira?—preguntó, notando que se trataba de algo serio.

Moira respiró profundamente antes de atreverse a hablar.

—He estado reflexionando mucho últimamente y he llegado a una conclusión. He decidido jubilarme —anunció Moira con voz segura.

El ranchero la miró con sorpresa, procesando la noticia mientras intentaba comprender lo que significaba aquella noticia para el futuro del rancho y para él mismo.

—¿Jubilarte? ¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, sintiendo un nudo en la garganta al imaginar el rancho sin ella.

Moira le explicó con calma sus planes, compartiendo su deseo de mudarse a California para estar más cerca de su sobrina y sus hijos, y disfrutar del mar y la familia que tanto había extrañado a lo largo de los años.

A pesar de la tristeza que sentía al pensar en la partida de Moira, Colt sabía que era importante para ella y la quería demasiado como para anteponer su comodidad a la felicidad de esa mujer que era como una madre para él.

—Te voy a extrañar mucho —dijo con sinceridad, sus ojos reflejaban el afecto y la gratitud que sentía hacia ella—. Pero también quiero que seas feliz. Si mudarte a California es lo que necesitas hacer, entonces estoy totalmente a favor de tu decisión.

Moira sonrió con gratitud, sintiéndose reconfortada por esas palabras.

—Gracias, Colt. Significa mucho para mí escuchar eso. Siempre llevaré en mi corazón a la familia Duncan—respondió, con una emoción contenida en su voz.

—Tu familia —replicó Colt con la voz cargada de desasosiego antes de acortar la distancia que los separaba para acoger a la pequeña mujer entre sus brazos.

Con un abrazo cálido y lleno de afecto, Colt y Moira se consolaron mutuamente, sabiendo que siempre tendrían un lugar especial en la vida del otro.

—¿Y cuándo te vas? —preguntó Colt apartándose de la mujer.

—En un par de semanas a lo sumo. Tengo que dejar cerrados todos mis asuntos aquí, y debo decidir qué llevarme —recordó con cierta tristeza. Había pasado la mitad de su vida en aquel rancho.

—Si necesitas ayuda, solo tienes que decirlo —se ofreció Colt.

—No te preocupes, creo que podré apañarme —respondió ella con una media sonrisa—. Será mejor que emplees tus fuerzas en buscarme sustituta —añadió.

—Me temo que eso es una misión imposible —replicó Colt con cierto humor—. Tú eres insustituible en esta casa.

—¡Oh, zalamero! —le reprochó la mujer golpeando suavemente su bíceps con un puño —. Ahora me voy, que tengo que hacer la comida. Tengo un jefe muy gruñón que cuando llega me exige alimento —añadió con humor antes de girarse y caminar hacia la salida del corral.

Tras la marcha de Moira, se sentía incapaz de seguir trabajando. Tenía un nudo en la garganta y no sabía cómo deshacerse de esa opresiva sensación de pérdida. Finalmente, decidió tomar un caballo y dar un paseo por el rancho. El suave trotar del caballo bajo él lo ayudó a despejar la mente mientras se dejaba llevar por el diestro animal. Poco después, sin percatarse, se encontraba en el camino que lo llevó hasta el criadero de caballos Chapman, donde encontró a su hermano Jared ocupado en uno de los cercados, revisando a los potros que habían nacido unos días antes.

—¡Colt! ¡Qué sorpresa verte por aquí! —exclamó Jared, levantando la cabeza al ver a su hermano acercarse.

Él sonrió ante la cálida bienvenida de Jared y descendió del caballo para acercarse hasta su hermano.

—Hola, Jared. Solo necesitaba un poco de aire fresco y pensé en dar un paseo.

—¿Y cómo has acabado aquí? —preguntó Jared, sorprendido. Conocía bien a su hermano y sabía que algo le reconcomía—. Colt, ¿qué te pasa? —preguntó preocupado.

Después de un momento de silencio, decidió compartir la noticia que había recibido poco antes y que le había afectado más de lo que pensaba.

—Se trata de Moira, ha decidido jubilarse —anunció, notando la sorpresa en la cara de su hermano.

—¿Jubilarse? —repitió Jared incrédulo.

—Sí, eso mismo. Y eso significa que me quedaré solo en el rancho. Moira quiere mudarse a California para estar con su sobrina, y cerca del mar—explicó Colt, con un tono de tristeza en su voz.

—Entiendo. Moira se lo merece. Pero la extrañaremos mucho —comentó su hermano, con un tono suave pero sincero.

Él también iba a extrañar mucho a la mujer, que se había convertido en lo más parecido a una madre que habían tenido él y sus hermanos, y su partida dolía, pero a su vez se alegraba por ella. Sabía que adoraba a su sobrina y que sería feliz en California.

CAPÍTULO 4

Serene Falls,
unos días después

Mackenzie avanzó con determinación hacia la tienda de piensos y herramientas agrícolas, preparada para enfrentarse a Leonard. Llevaba varios días pensando en cómo afrontar aquella difícil conversación y ya no podía posponerlo más. Al entrar, su mirada se encontró con la de su marido, que permanecía detrás del mostrador. Su expresión sombría hizo que un sudor frío recorriera su espalda, pero no pensaba dejarse amilanar. Había llegado el momento de no tener miedo.

—Leonard, necesito hablar contigo —dijo Mackenzie, tratando de mantener la calma a pesar del nerviosismo que la invadía.

El hombre pareció sorprendido.

—¿Y para eso has venido? —preguntó con sospecha—. Podíamos haber hablado anoche, o esta mañana.

—No, prefería un lugar público —confesó Mackenzie.

—¿Qué demonios quieres? —preguntó Leonard, sorprendido por sus palabras, con un tono cargado de hostilidad.

Mackenzie tragó saliva, preparándose para lo que vendría a continuación.

—He iniciado los trámites de divorcio —soltó a bocajarro.

—¡¿Qué?! —replicó Leonard, con los ojos centelleantes de ira.

—Me llevaré a los niños esta misma tarde —prosiguió Mackenzie para no perder el valor que tanto le había costado recabar.

Leonard la miró con incredulidad, su rostro estaba enrojecido por la rabia.

—¡No puedes hacer eso! ¡Eres mi esposa, no puedes irte así como así! —gritó, avanzando hacia ella con un gesto amenazador—. Y mucho menos voy a permitir que te lleves a mis hijos.

Antes de que Mackenzie pudiera reaccionar, Leonard le lanzó una bofetada que resonó en toda la tienda. Mackenzie se sintió aturdida por el golpe, pero antes de que pudiera decir algo o moverse, una voz los sobresaltó a ambos.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —preguntó Colt. Su tono era firme y autoritario, mientras sus dedos formaban dos puños a los costados.

Leonard se volvió hacia Colt con virulencia y clavó su mirada furibunda en él. Su expresión estaba cargada de ferocidad.

—Duncan, esto no es asunto tuyo. ¡Esto es algo entre mi mujer y yo! —gritó, señalando a Mackenzie con resentimiento.

Colt apretó fuertemente los dientes y su mandíbula se tensó mientras observaba alternativamente a Leonard y a Mackenzie.

—No me importa cuál sea el problema, eso no te da derecho a golpear a una mujer —reprochó el granjero, con su voz llena de desaprobación.

La inquietud en la tienda aumentó, y Mackenzie temió que la situación pudiera salirse de

control. Sin embargo, antes de que las cosas empeoraran, la puerta de la tienda se abrió de nuevo y dio paso a Zachary Bale.

Zachary Bale entró en el comercio con paso enérgico y una sonrisa en los labios, pero su expresión se tornó seria al notar la tensión palpable en el ambiente. La atmósfera estaba cargada de hostilidad, y Zachary supo de inmediato que algo grave había ocurrido. Sus ojos recorrieron la escena, captando cada detalle: la mejilla enrojecida de la mujer, la figura imponente de su marido a pocos pasos de distancia y la postura tensa y los puños apretados de su amigo Colt Duncan.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Zachary, su voz era tranquila pero firme, mientras observaba la escena con atención.

Mackenzie aprovechó la ocasión para huir de lugar. Se sentía como una cobarde, pero la avergonzaba profundamente que Colt hubiera sido testigo del maltrato.

Colt, con la mandíbula tensa, intercambió una mirada breve con Zachary antes de respirar profundamente y relajar sus puños. Sabía que no debía exponer a Mackenzie a más tensión de la ya existente. Aunque le hubiera encantado estampar su puño contra el rostro de Leonard Slater.

—Nada importante, Zach. Solo un pequeño malentendido —respondió Leonard.

Colt frunció el ceño, claramente molesto por la respuesta de Leonard, pero prefirió girarse, caminar hasta la puerta y salir de aquella tienda que se juró no volver a pisar, aunque para eso tendría que conducir varias millas de más para comprar lo que necesitaba.

Mackenzie llegó a casa con el corazón desbocado, y acabó desplomándose sobre una de las sillas de la cocina. Se sentía abrumada por la vergüenza, con el rostro molesto de Colt grabado en su mente, así como la lástima que había descubierto en sus ojos, lo que la hacía sentir profundamente humillada. Permaneció allí sentada durante varios minutos, con los ojos cerrados y los puños apretados sobre la mesa. Sin embargo, de repente se dio cuenta de que no podía permitirse perder tiempo; Leonard podía regresar en cualquier momento para intentar detenerla y no lo podía permitir.

Con una determinación nacida de la desesperación, se puso en pie y se dirigió al cuarto de lavado, ubicado en el sótano, para sacar las dos maletas que había guardado allí con lo más básico.

Arrastró el pesado equipaje por las escaleras y lo cargó en el maletero del coche. Luego, echó una última mirada a la casa y se metió en el vehículo, dejando atrás el lugar que había compartido con Leonard durante casi catorce largos años, desde que había tenido la desgracia de quedarse embarazada de él.

Puso rumbo a la casa de Harper y, al llegar, sintió alivio al ver el coche de su amiga estacionado frente a la puerta.

Habitualmente, Harper solía estar en su oficina a esas horas, pero sabía que ese día Mackenzie iba a hablar con Leonard y había preferido trabajar desde casa para recibirla. Mackenzie bajó del coche y avanzó con pasos cansados hasta la puerta de la casa, donde llamó al timbre.

Harper abrió la puerta, y al descubrir el rostro demacrado de su amiga, no pudo evitar preocuparse.

—¡Mackenzie, cariño! ¿Estás bien? Entra, por favor —dijo Harper, abrazándola con ternura.

Mackenzie se dejó envolver por el abrazo reconfortante de su amiga antes de entrar en la casa. Se sentía agotada, tanto física como emocionalmente, pero al menos ahora estaba en un lugar seguro.

—Gracias, Harper —murmuró Mackenzie, devolviendo el abrazo con gratitud—. Necesito desesperadamente un hombro en el que apoyarme.

Harper la llevó a la acogedora sala de estar y la hizo sentarse en el sofá.

—¿Quieres hablar de lo que pasó? —la alentó Harper.

Mackenzie asintió con la cabeza, dejando escapar un suspiro pesado.

—Sí, necesito desahogarme. Leonard y yo tuvimos una discusión. Una muy fea.

Harper le dedicó una mirada comprensiva antes de hablar.

—¿Quieres contármelo?

Mackenzie le relató lo sucedido con Leonard, la confrontación de Colt con su marido y su decisión de marcharse. Hablar de ello ayudó a aliviar parte de la carga que llevaba consigo. Harper escuchó atentamente, asintiendo en los momentos adecuados y ofreciendo consuelo cuando era necesario. Cuando Mackenzie terminó de hablar, Harper le ofreció una taza de té caliente y le aseguró que estaría allí para apoyarla en todo momento.

Mackenzie se sintió agradecida por tener a alguien como Harper a su lado en los momentos difíciles. Sabía que no sería fácil, pero con el apoyo de su amiga, y al parecer de los Duncan, estaba lista para enfrentar los desafíos que tenía por delante.

***

Criadero de caballos Chapman

La brisa fresca del campo acariciaba el rostro de Jenna mientras observaba los caballos trotar por el corral. A su lado, Leo, con ojos llenos de asombro, seguía cada movimiento de los majestuosos animales. Su madre los había dejado allí veinte minutos antes, y uno de los empleados les había asegurado que avisarían a los dueños de su presencia en el lugar. Jenna no podía evitar sentirse incómoda e intranquila. Su madre le había dicho que esa mañana pensaba hablar con su padre sobre su inminente divorcio, y Jenna estaba preocupada por ella.

De repente, una voz los sobresaltó, y al girarse descubrieron que se trataba de Jared Duncan, quien ahora vivía allí junto a Brianna y Hailey.

—¡Hola, campeón! —saludó Jared, agachándose frente a Leo, quien lo observaba con los ojos desorbitados—. ¿Te gustan los caballos? —preguntó con una sonrisa.

—Sí, mucho —respondió el pequeño, emocionado.

—¿Y has montado alguna vez? —le preguntó Jared.

—No, nunca. A mamá le da miedo —confesó Leo con cierta tristeza.

—¿Y qué te parecería si yo te enseño a montar? —propuso Jared, con entusiasmo.

—Pero no sé si mamá… —comenzó a decir el niño, preocupado.

—No hay ningún problema por eso. Hablé hace un rato con Bree y me dijo que a tu mamá le parece genial que aprendas a montar a caballo —aseguró Jared, con firmeza, buscando calmar las dudas de Leo.

—¿De verdad? —preguntó el niño, entre incrédulo y emocionado.

—Por supuesto. Ven conmigo, te enseñaré algunos trucos —añadió Jared, extendiendo su mano hacia Leo. Luego, dirigió su mirada hacia Jenna y notó la tristeza de la pequeña—. Hailey está en su habitación, si quieres puedes ir.

—Gracias, señor Duncan —dijo Jenna, algo cohibida.

—Con Jared basta —replicó él con una sonrisa, antes de caminar con el niño de la mano

hacia uno de los establos.

Jenna respiró hondo mientras se dirigía hacia la casa, que conocía bien. Agradeció no encontrarse con nadie mientras subía las escaleras y poco después llegó a la habitación de Hailey. La puerta estaba entreabierta, y al empujarla suavemente, encontró a Hailey sentada sobre la mullida alfombra, con la mirada perdida entre las páginas de un libro. Parecía concentrada en la lectura.

—¿Hailey? —la nombró Jenna para llamar su atención.

La aludida elevó su rostro y sus ojos se encontraron con los de Jenna, en cuya expresión encontró angustia.

—¿Qué sucede, Jenna? —preguntó Hailey mientras dejaba el libro a un lado, se levantaba del suelo y se acercaba a su amiga con evidente preocupación.

Tras unos minutos de duda, Jenna rompió el silencio y confesó lo que la estaba atormentando.

—Hailey, al final va a hacerlo —confesó Jenna, su voz era apenas un susurro.

—¿Quién?, ¿qué? —preguntó Hailey sin comprender.

—Mi madre ha decidido separarse de mi padre —verbalizó Jenna con esfuerzo.

—¿De verdad? —exclamó Hailey, que conocía todo lo que sucedía en la casa de su amiga—. ¿Y por qué no pareces contenta? —cuestionó confusa.

Jenna inhaló profundamente antes de contestar a la pregunta.

—Lo estoy —afirmó Jenna rotunda—, pero también estoy asustada. No sé cómo se lo va a tomar él, ¿y si le hace algo a mi madre? —confesó Jenna sus temores.

Hailey la escuchó en silencio, con su mirada llena de comprensión y empatía. Sabía que Jenna había estado soportando una pesada carga sobre sus hombros y ahora, con la decisión de su madre de separarse, la situación se volvía aún más delicada.

—Entiendo por qué estás preocupada, Jenna. Pero tu madre ha tomado la decisión correcta. No estaréis solos, ¿sabes? Nos tienes a mis hermanos y a mí —dijo Hailey con voz firme, tratando de infundirle algo de esperanza a su amiga.

Jenna asintió, vislumbrando un pequeño rayo de esperanza al escuchar las palabras de Hailey. Sabía que no iba a ser fácil, pero se sentía reconfortada al saber que su madre, su hermano y ella no estarían solos para enfrentar un futuro, que parecía incierto.

—Gracias, Hailey. No sé qué haría sin ti —agradeció Jenna con sinceridad, sintiendo un nudo en la garganta mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Hailey se acercó y envolvió a Jenna en un cálido abrazo, ofreciéndole su consuelo y apoyo incondicional. Juntas, se prometieron estar ahí la una para la otra en los momentos difíciles que estaban por venir.

Brianna, quien había estado observando la escena desde la puerta, no pudo evitar tragar el nudo de emoción que se había formado en su garganta. Luego, se giró y se dirigió a su propio dormitorio. Hacía unos minutos que Harper la había llamado y contado lo que había sucedido con Mackenzie y Leonard. Ambas se habían hecho la firme promesa de proteger a su amiga y a sus hijos a como diera lugar.

CAPÍTULO 5

Serene Falls,
unos días después

Mackenzie se encontraba en la Cafetería Keller, terminando de cerrar el local para dar por concluido el día. El tintineo de la campana sobre la puerta anunció la llegada de un cliente. Al alzar la vista, se encontró con la mirada furiosa de Leonard, que irrumpió en el lugar con paso firme.

No pudo evitar encogerse, a pesar de saber que tarde o temprano ese momento llegaría. Era consciente de que Leonard no se había atrevido a molestarla en casa de Harper porque también era la residencia del *sheriff*.

—Mackenzie —expresó Leonard con voz fría—. ¡Tenemos que hablar ahora mismo! Llevo días enviándote mensajes a los que no te dignas a responder.

Un escalofrío recorrió la espalda de Mackenzie al ver el rostro enfurecido de su esposo. Tragó saliva nerviosamente antes de responder con calma:

—Leonard, la cafetería está cerrando. ¿Puedes esperar a que salga para discutir esto? —contestó, intentando ganar tiempo, aunque por nada del mundo pensaba quedarse a solas con él. Le conocía bien y no estaba dispuesta a arriesgarse a acabar golpeada nuevamente.

Leonard no parecía dispuesto a esperar. Avanzó hacia ella con gesto desafiante, ignorando la súplica en la voz de Mackenzie. Los pocos clientes que aún quedaban en el local observaban la escena con curiosidad y preocupación.

—¡No voy a esperar! —gritó Leonard, cada vez más exaltado—. Esta mañana recibí la maldita notificación, y quiero que tengas bien claro que no pienso concederte el divorcio. ¿Me has oído bien? Te doy veinticuatro horas para que regreses a casa con los niños.

Mackenzie tragó saliva al escuchar el ultimátum, sintiendo el miedo retorcerse en su interior. Intentó mantener la compostura mientras enfrentaba la furia de su marido, pero su corazón latía con fuerza en su pecho.

—Leonard, por favor, no podemos discutir esto aquí —suplicó Mackenzie, buscando una salida a la situación cada vez más tensa.

Pero él no parecía dispuesto a ceder. Su rostro se endureció aún más, y su mirada se clavó en la de Mackenzie con una intensidad que la hizo estremecer.

—No pienso irme de aquí hasta que me des una respuesta, Mackenzie —dijo él con voz firme, sus ojos centelleaban con furia contenida—. Has arruinado nuestra familia con esta locura del divorcio, y no voy a permitir que te lleves a los niños.

El corazón de Mackenzie estaba desbocado, sintiendo el peso abrumador de la situación. Sabía que Leonard era capaz de cualquier cosa cuando se enfurecía, y no quería imaginar lo que podría hacer si ella se negaba a cumplir sus exigencias.

Luchó por mantener la calma mientras buscaba una salida. Sabía que necesitaba tiempo para pensar y planear su próximo movimiento, pero Leonard no parecía dispuesto a dárselo.

—Te prometo que cuando salga de trabajar iré a verte y hablaremos de esto —intentó convencerle.

—No pienso irme de aquí sin una respuesta, Mackenzie —repitió él con determinación —. Y no te atrevas a intentar escapar de mí, porque te aseguro que no habrá lugar donde puedas esconderte.

La amenaza cayó sobre ella como un duro mazazo. De nuevo el silencio se instauró en el local, pero de repente la puerta volvió a abrirse para dar paso a un nuevo cliente que no era otro que el *sheriff* de Serene Falls. Mackenzie se sintió aliviada al ver a Liam, que se aproximó a la barra con paso firme.

—Slater, ¿qué está pasando aquí? —preguntó Liam con voz molesta.

—Nada, solo que quiero hablar con mi mujer —respondió Leonard con evidente calma, aunque sus ojos despedían chispas de ira.

—No creo que sea lo más conveniente —dijo Liam, sin amilanarse ante la mirada torva que Leonard le dedicó—. Sea lo que sea, será mejor que lo hablen vuestros abogados.

—¡Oh, vamos, Mayers! —exclamó Leonard, incapaz de contenerse—. Este asunto es entre mi mujer y yo. ¿Por qué narices te metes donde no te llaman?

—¿Quieres que te recuerde tu historial? —replicó Liam con voz fría.

La tensión se podía cortar con un cuchillo, los cuerpos de ambos hombres estaban tan rígidos como una cuerda a punto de romperse. Durante varios minutos mantuvieron un duelo visual. Finalmente, Leonard dio un paso atrás, abandonando la confrontación y dejando atrás la cafetería con pasos decididos.

Liam se acercó a Mackenzie con una expresión preocupada, y colocó su mano sobre su hombro antes de hablar.

—¿Estás bien, Mackenzie? —preguntó, con su voz cargada de preocupación.

—Sí, gracias—respondió ella, intentando aparentar calma a pesar de la agitación de su interior.

Liam asintió comprensivamente antes de ofrecerle una sonrisa de ánimo.

—Ahora tengo que marcharme, pero si necesitas algo, solo tienes que avisarme. Estaré cerca. Y por favor, prométeme que cuando salgas me llamarás para que te acompañe hasta casa —le pidió Liam.

—Sí, te lo prometo.

—Vale, pues nos vemos dentro de un rato —dijo el *sheriff* antes de salir del establecimiento para seguir con su ronda.

Una hora más tarde, al cerrar la cafetería, Mackenzie decidió caminar hacia la casa de Harper y Liam. A pesar de la promesa que le había hecho a Liam de llamarlo para que la acompañara, decidió que estaba lo suficientemente cerca como para ir sola.

Sin embargo, en la oscuridad de la noche, una sombra emergió de entre la negrura y, antes de que pudiera reaccionar, Leonard se abalanzó sobre ella con una furia descontrolada. Mackenzie apenas tuvo tiempo de levantar los brazos para protegerse cuando los golpes comenzaron a llover sobre ella. Los sonidos de los puños impactando contra su cuerpo llenaron el aire, mientras luchaba por defenderse de su agresor con todas sus fuerzas.

***

Aquella noche de viernes, Colt se encaminó hacia el Bluebonnet, como lo hacía cada semana. Disfrutaba de la rutina de relajarse, tomarse una cerveza y charlar con conocidos en el popular local. Al llegar, escudriñó el ambiente en busca de caras familiares. Al no encontrar a

nadie de su agrado, decidió sentarse en uno de los taburetes altos junto a la barra.

Justo cuando daba el primer sorbo a su cerveza, vio a Oliver Witman salir del almacén. Oliver le dedicó una radiante sonrisa y se acercó para darle un fuerte abrazo, seguido de unos golpes en la espalda.

—Vaya, Oliver, no sabía que habías regresado —expresó Colt con una sonrisa.

—Sí, echaba esto de menos —confesó Oliver con nostalgia, refiriéndose al ambiente del Bluebonnet.

—¿Y cómo te ha ido en Seattle? —preguntó Colt, intrigado.

Sabía que Oliver había viajado hasta allí para pasar unas semanas con su recién descubierto hijo, tratando de recuperar el tiempo perdido.

Oliver se acomodó en el taburete junto a Colt y suspiró antes de responder.

—Ha sido increíble, Colt. Lucien y yo hemos estado pasando mucho tiempo juntos, tratando de conocernos mejor. Es un hombre asombroso, aunque comprendo que lleva cierto tiempo adaptarse a la idea de tener un padre biológico.

Colt asintió con comprensión, imaginando la complejidad de la situación. Sabía que no había sido fácil para Oliver reencontrarse con el hijo que tuvo que abandonar muchos años antes, tras la trágica muerte de su esposa. Pero parecía que la vida les había dado a ambos una segunda oportunidad.

—Bueno, estoy seguro de que lo estás haciendo genial—comentó Colt, brindando su apoyo a su amigo.

—¿Y qué hay de nuevo por aquí? —preguntó Oliver mientras recorría con su mirada el local.

—No mucho, la vida sigue su curso —respondió Colt, con una sonrisa nostálgica—. Bueno, excepto por los problemas habituales, ya sabes, las tensiones entre ranchos, los asuntos familiares…La misma historia de siempre.

Oliver asintió con comprensión, sabiendo que los conflictos en un pueblo pequeño eran el pan de cada día. Luego se centraron en disfrutar de una charla intrascendental, evitando por un momento los problemas.

Después de un rato, Colt decidió retirarse y se despidió de Oliver antes de salir del Bluebonnet. Mientras caminaba hacia su coche aparcado cerca, escuchó un gemido proveniente de un callejón oscuro cercano. Intrigado, se acercó para investigar.

A medida que se aproximaba al lugar, el gemido se volvía más audible y angustioso. Colt apresuró el paso, preocupado por lo que podría encontrar. Pero cuando finalmente llegó y su mirada se encontró con Mackenzie tendida en el suelo, evidentemente herida, sintió que su corazón se detenía en su pecho por un instante que le pareció eterno. Instintivamente, miró a su alrededor y, para su sorpresa, descubrió a Leonard en la calle de enfrente, completamente inmóvil, con una expresión fría y desinteresada. Luego, sin más, el hombre se giró y desapareció en la oscuridad de la noche. Colt habría deseado correr tras él, pero un gemido agonizante le recordó que Mackenzie parecía gravemente herida.

—¡Mackenzie! —exclamó Colt, corriendo hacia ella—. ¿Qué ha pasado? —preguntó con angustia mientras se arrodillaba junto a ella, su corazón latía con fuerza en su pecho. Verla en ese estado, herida y vulnerable, le provocaba una sensación de impotencia y desesperación. Cada gemido que escapaba de sus labios le taladraba el alma, despertando en él un instinto protector desconocido.

Con dedos temblorosos, apartó un mechón de cabello castaño rojizo que se adhería a su

frente sudorosa. La mirada de la mujer, llena de dolor y miedo, se encontró con la suya, y en ese momento, Colt sintió la imperiosa necesidad de saber quién era el responsable de aquello. Aunque no le resultaba difícil adivinarlo.

—Colt… —balbuceó Mackenzie con esfuerzo.

—Tranquila, estoy aquí. Todo va a estar bien —murmuró, tratando de infundirle un poco de calma con su voz, aunque él mismo se sentía profundamente preocupado.

Con movimientos cuidadosos, la cogió entre sus brazos y la sostuvo con firmeza contra su pecho, sintiendo el peso de su fragilidad. Mientras la colocaba en el asiento del copiloto, su mente estaba llena de pensamientos tumultuosos y temores. Poco después arrancó el motor y salió disparado hacia el hospital de San Antonio, notando que los minutos parecían eternos, dominado por la imperiosa necesidad de llegar a su destino lo antes posible.

Durante el trayecto, desvió su mirada de la carretera hacia la mujer en varias ocasiones. La mirada gris de Mackenzie, que luchaba por mantenerse consciente, lo impulsaba a apretar el acelerador aún más, deseando llegar al hospital lo antes posible. Necesitaba que alguien le confirmara que, pese a su rostro ensangrentado y su cuerpo dolorido, Mackenzie no corría peligro.

En el silencio tenso del interior del coche, solo el sonido del motor y el suave murmullo de la respiración de Mackenzie rompían la quietud. Los dedos de Colt se aferraban al volante con fuerza mientras rezaba en silencio, como no hacía desde que era un niño.

Cuarenta y cinco minutos después, Colt llegó al hospital con Mackenzie entre sus brazos, corriendo hacia el área de emergencias. Permaneció junto a ella hasta que unas enfermeras se la llevaron a uno de los boxes, donde el ajetreo del personal médico llenaba el aire con un frenesí de actividad. Cada minuto que pasaba le parecía una eternidad mientras esperaba ansioso noticias sobre su estado.

Finalmente, después de lo que pareció una interminable espera, un médico se acercó a él con una expresión seria en el rostro. Colt contuvo el aliento mientras escuchaba las palabras del facultativo, temiendo lo peor. Por suerte, el doctor le aseguró que Mackenzie estaba fuera de peligro, aunque necesitaría tiempo para recuperarse completamente.

Con un suspiro de alivio, Colt se dejó caer en una silla cercana, notando cómo la tensión de su cuerpo se relajaba. Rápidamente, sacó su teléfono móvil de su bolsillo y marcó el número de su hermana.

—Harper, soy yo, Colt. Ha sucedido algo. Mackenzie está en el hospital —confesó Colt con voz temblorosa, luchando por contener la emoción en sus palabras.

—¿Qué? —boqueó Harper desde el otro lado de la línea, con voz cargada de preocupación—. ¿Qué ha pasado? —preguntó desconcertada.

—La verdad es que no lo sé —confesó Colt mientras se pasaba la mano por el cabello con gestos nerviosos—. Estaba saliendo del Bluebonnet, y cuando me dirigía a mi coche, la encontré. Estaba completamente golpeada.

—¡Maldita sea! —exclamó Harper con furia evidente en su tono—. Leonard Slater —añadió el nombre que cruzó su mente, llena de indignación.

—Sí, creo que ha sido él. Lo vi marcharse de allí—confesó Colt mientras notaba la ira burbujear en su interior.

—Tranquilo, Colt. Voy para allá inmediatamente. ¿Qué hospital es? —preguntó Harper, ajena a los pensamientos de su hermano

—El San Antonio Memorial —contestó Colt, con la mirada perdida en el pasillo del

hospital.

—De acuerdo, estaré allí en una hora. Mantenme informada si sucede algo más —ordenó Harper antes de colgar.

Colt suspiró profundamente y se recostó contra la pared del pasillo. Su mandíbula se tensó con furia contenida mientras miraba al vacío, sumido en sus pensamientos. Anhelaba que Mackenzie estuviera bien, pero más que eso, deseaba con toda su alma que aquel animal pagara por el daño que le había causado. Cada respiración era una lucha interna entre la preocupación por Mackenzie y el deseo de justicia contra el maldito Leonard Slater.

CAPÍTULO 6

Rancho Moonlight,
una semana después

Harper llegó al rancho con una bolsa llena de *tupers* con comida casera que había preparado para Colt. Habían pasado dos semanas desde que Moira se había ido, y sabía que su hermano probablemente estaba viviendo a base de comida rápida poco saludable.

Al entrar en la casa, se quedó sorprendida al ver el estado de desorden en el que se encontraba. La ropa estaba esparcida por el suelo, los platos sucios se acumulaban en el fregadero y había un olor desagradable en el aire. Era evidente que no había estado cuidando mucho de sí mismo desde la partida de Moira.

Colt, que regresaba en ese momento de los pastos del sur, se sorprendió al descubrir el coche de Harper aparcado en la puerta, y temiendo que algo malo hubiera sucedido, no dudó en dejar las riendas de su caballo a uno de sus hombres y caminar hasta la casa con paso enérgico.

Cuando entró en la cocina, descubrió a su hermana metiendo platos y vasos en el lavavajillas, cosa que no le sorprendió.

—¡Hola, Harper! —saludó amistosamente, aunque sabía que ella no debía estar muy contenta—. ¿Qué te trae por aquí?

—He hecho algo de comida casera para ti —confesó Harper antes de cerrar la puerta del electrodoméstico y lavarse las manos en la pila—. No puedes seguir alimentándote así de mal, Colt —dijo Harper mientras se secaba las manos con un trapo marrón.

—Harper, sabes que cocinar no es lo mío —intentó defenderse.

—Ni limpiar —añadió Harper arrugando la nariz.

—Vale, te prometo que buscaré a alguien que me ayude con la casa, pero ahora lo importante es otra cosa —replicó, con la intención de dejar el tema atrás—. ¿Cómo está Mackenzie? —indagó interesado.

—Casi recuperada, creo que le darán el alta en un par de días —contestó Harper a su pregunta.

—¿Y qué pasará con ese hijo de puta? —interrogó Colt con el ceño fruncido. Aún tenía pesadillas desde aquella noche.

—Leonard tiene una orden de alejamiento temporal, no he conseguido mucho más —confesó Harper frustrada—. No puedo evitar preocuparme por Mackenzie y los niños, por lo que pasará cuando regrese del hospital. En mi casa están bien, he instalado un equipo de videovigilancia, pero me preocupa cuando Mackenzie vuelva al trabajo.

Colt asintió, comprendiendo la gravedad de la situación. Entonces, una idea surgió en su mente. Mackenzie necesitaba un lugar seguro, un refugio lejos de Serene Falls y Leonard, y él necesitaba una persona que le ayudara con la casa.

—Harper, se me ha ocurrido una solución para Mackenzie y para mí —dijo Colt en un tono determinado, captando la atención de su hermana.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Harper, confundida por la repentina declaración de Colt.

—Verás, es verdad que desde que Moira se marchó la casa está hecha un desastre. Pero más allá de eso, Mackenzie necesita un lugar seguro donde refugiarse, lejos de Leonard y sus problemas. Y creo que este rancho podría ser ese lugar —explicó Colt, su voz resonando con convicción mientras compartía su idea.

Harper frunció el ceño, procesando las palabras de su hermano. Sabía que la situación de Mackenzie era complicada, y por ese mismo motivo no estaba segura de que vivir en el rancho con Colt fuera la mejor idea.

—No sé… Es una decisión importante. Además, ¿qué pasa si Leonard se entera? No quiero meter a Mackenzie en más problemas de los que ya tiene —respondió Harper, con una expresión preocupada en su rostro.

—Lo comprendo, Harper, pero te aseguro que aquí estará segura. Te prometo que cuidaré de ella y de los niños. Además, en esta época del año tenemos a muchos hombres contratados que pueden encargarse también de la seguridad —añadió, tratando de disipar las vacilaciones de su hermana.

—Sigo teniendo dudas —respondió Harper con sinceridad.

—Háblalo con Mackenzie y que sea ella la que decida —propuso Colt.

Harper reflexionó sobre las palabras de Colt, considerando la propuesta. Sabía que Mackenzie necesitaba desesperadamente un lugar seguro para ella y sus hijos, lejos del alcance de Leonard. Y aunque tenía sus reservas, creía en la preocupación genuina de su hermano por el bienestar de Mackenzie.

—Está bien, hablaré con ella. Pero no quiero que tomes esta decisión a la ligera, Colt. Debes comprometerte en serio con la seguridad de Mackenzie y los niños —advirtió Harper, buscando asegurarse de que su hermano entendiera la gravedad de la situación en la que se encontraba su amiga.

—Lo sé, Harper. Confía en mí, haré todo lo posible para que estén seguros y protegidos el tiempo que permanezcan en el rancho —aseguró Colt, con evidente determinación en su voz.

Harper asintió, aceptando la propuesta de su hermano con la esperanza de que fuera la solución que Mackenzie necesitaba, aunque fuera una solución temporal, hasta que Mackenzie tuviera independencia suficiente para alejarse de Leonard y su maldad, aunque para eso tuviera que dejar atrás a Serene Falls y su gente.

Una vez que Harper se fue, Colt se quedó solo en la cocina, perdido en sus propios pensamientos. La idea de tener a Mackenzie y a sus hijos viviendo en el rancho le causaba una mezcla de emociones. Por un lado, estaba contento de poder ofrecerles un refugio seguro lejos de Leonard. Sin embargo, también se sentía abrumado por la responsabilidad que implicaba cuidar de ellos y asegurarse de que estuvieran bien. En el pasado, cuando su propia familia lo había pasado tan mal, Jared era el que se había hecho cargo de la situación.

A pesar de sus dudas, una sensación de determinación creció en su interior. Estaba decidido a hacer todo lo posible para proteger y cuidar a esa familia. Con ese pensamiento en mente, se dispuso a preparar la casa. No quería dar una mala impresión si Mackenzie llegaba a aceptar su proposición.

***

Aquella noche, Leonard optó por salir a tomar algo. Desde que Mackenzie y los niños se habían ido, la sensación de estar enjaulado y la falta de aire lo asfixiaban en su propio hogar. Al entrar en el local, vaciló unos instantes antes de dirigirse hacia una esquina solitaria de Bluebonnet, buscando refugio lejos de las miradas inquisitivas. Esta era otra de las cosas que le atribuía a Mackenzie, una muestra más de su frustración.

Su rostro reflejaba una sombría expresión mientras daba un prolongado trago a su copa de whisky. En sus ojos se manifestaba la desesperación y el vacío que carcomían su ser. Cada sorbo parecía sumergir temporalmente sus penas, pero también avivaba la hoguera de su amargura y desesperanza.

Inmerso en sus propios pensamientos, Leonard se sobresaltó cuando Jerry, su mejor amigo, se sentó frente a él.

—¡Joder, Jerry, me has asustado! —confesó Leonard.

—¿Pensabas que era el *sheriff* Mayers que venía a buscarte? —respondió Jerry con evidente diversión.

—Eres un idiota —replicó Leonard, claramente molesto con su amigo.

Era patente que Jerry disfrutaba viendo a Leonard en ese estado, y no desperdició la oportunidad de echar más leña al fuego.

—¿No te cansas de autocompadecerte, Leonard? —bromeó Jerry, con una risa cínica—. Parece que ya no eres el hombre que solías ser. ¿Qué ha pasado con el gran Leonard Slater que todos conocíamos? Recuerdo cuando eras el capitán del equipo de fútbol americano del instituto. ¿Qué ha sido de ese tipo?

Leonard apretó los dedos con frustración, sintiendo la ira bullendo en su interior. Sabía que Jerry solo buscaba sacarlo de quicio, pero no pudo evitar caer en su juego.

—Vete al diablo, Jerry —murmuró entre dientes.

Jerry soltó una carcajada, disfrutando del efecto de sus palabras en su amigo.

—Oh, vamos, no te pongas así. Solo estoy bromeando—dijo Jerry, con una sonrisa socarrona.

Leonard se sintió aún más irritado por su actitud. Cada palabra de Jerry parecía un puñal clavado en su orgullo herido.

—¿Bromear? —replicó Leonard, con voz tensa—. No veo nada gracioso en lo que estás diciendo.

Jerry le lanzó una mirada de incredulidad.

—Relájate, Leonard. Solo estoy intentando levantarte el ánimo. Sé que las cosas han sido difíciles desde que Mackenzie se fue, pero no puedes seguir hundiéndote en la autocompasión. Tienes que levantarte y seguir adelante —dijo Jerry, tratando de ser reconfortante.

Las palabras de Jerry resonaron en la mente de Leonard, provocando una mezcla de resentimiento y autorreflexión. Reconocía que su amigo tenía razón, pero era difícil aceptar la verdad cuando se sentía tan perdido y desesperado.

—Tienes razón. No puedo seguir así —admitió Leonard con un suspiro.

—Eso es, amigo. Solo tienes una opción; levantarte y seguir adelante. No estás solo en esto —respondió Jerry, con un tono de solidaridad.

—Gracias, de verdad —expresó Leonard, con gratitud sincera.

Tras tomar varias copas, Leonard optó por regresar a casa un par de horas más tarde. Al salir del bar, agradeció la oportunidad de caminar y así despejar su cabeza de los efluvios del alcohol. Sin embargo, la imagen de Mackenzie se proyectó en su mente con claridad, con su rostro impregnado de determinación cuando lo dejó, sus ojos grises reflejando tristeza y decepción. No podía sacarla de su cabeza, y cada vez que pensaba en ella, sentía un dolor punzante en el pecho que amenazaba con ahogarlo.

***

Jenna estaba recostada sobre la cama con Leo a su lado, sosteniendo el libro de cuentos en sus manos. La luz de la lámpara de noche iluminaba tenuemente la habitación mientras leía en voz baja y monocorde.

—Y así, el valiente caballero derrotó al malvado dragón y salvó a la princesa —concluyó Jenna, cerrando el libro y mirando a Leo con una sonrisa.

El niño, con sus grandes ojos azules llenos de intensidad, miró a Jenna con seriedad antes de hacer las preguntas que quemaban en su lengua.

—Jenna, ¿cuándo volverá mamá? ¿Y dónde está papá? —preguntó, con una expresión de tristeza y angustia reflejada en su rostro.

Jenna sintió un nudo en la garganta, sin estar segura de cómo responder. Antes de que pudiera decir algo, Liam pasó por el pasillo y, al escuchar parte de la conversación, decidió entrar para ofrecer su ayuda a la adolescente.

—Buenas noches, chicos —saludó Liam con una sonrisa cálida, deteniéndose en la puerta —. ¿Qué estabais haciendo? —añadió interesado.

—Estábamos leyendo un cuento, pero Leo ha preguntado por mamá y papá, está preocupado —explicó Jenna, sintiéndose un poco abrumada por la situación.

Liam asintió comprensivamente y se sentó en el borde de la cama, junto a ellos.

—Entiendo que extrañes a tu mamá, Leo —dijo clavando su mirada en el rostro del niño —. Pero ¿sabes?, a veces las cosas cambian y necesitamos adaptarnos a ellas. Tu mamá está ocupada con algunos asuntos en San Antonio, pero eso no significa que no te quiera. Y sobre tu papá... bueno, está pasando por un momento difícil. Simplemente necesita un poco de tiempo para solucionar algunas cosas.

Leo asintió, absorbiendo las palabras reconfortantes que el *sheriff* le dedicaba. Aunque aún se sentía confundido y herido, el consuelo ofrecido por Liam le proporcionaba un destello de esperanza en medio de la oscuridad.

—Gracias, Liam —murmuró Leo con gratitud.

Jenna observaba la interacción entre su hermano y Liam con alivio.

—Ahora, ¿quién está listo para otro cuento? —dijo el *sheriff*, tratando de aligerar el ambiente.

Jenna sonrió, agradecida por la ayuda de Liam, y le tendió el libro. Él lo tomó y lo abrió por una página al azar antes de comenzar a leer con una voz potente que hizo reír al pequeño a carcajadas por lo teatral de la situación.

Harper, que había visto la escena desde el pasillo, pensó con ternura que Liam sería un padre maravilloso algún día.

CAPÍTULO 7

San Antonio, Texas

Harper llegó a primera hora de la mañana. Tras estacionar su coche en el aparcamiento, subió a la tercera planta, donde estaba ingresada su amiga. Al entrar en la habitación, una sonrisa cálida iluminó su rostro al ver a Mackenzie sentada en la cama, disfrutando de un modesto desayuno.

—¡Mackenzie! —exclamó, acercándose a la cama con entusiasmo—. Te veo mucho mejor que ayer.

Mackenzie le devolvió la sonrisa, agradecida de que Harper hubiera ido a visitarla cada día, a pesar de sus probables compromisos laborales.

—Gracias, Harper. Me siento mucho mejor, el médico dijo que me darán el alta mañana —anunció Mackenzie con emoción.

—Eso es una gran noticia. Seguro que estás deseando ver a tus hijos —comentó Harper, consciente del anhelo de Mackenzie por reunirse con sus pequeños.

—Oh, sí. No puedo esperar para abrazarlos y decirles cuánto los he extrañado —respondió Mackenzie, con los ojos brillantes de emoción.

Las dos amigas continuaron charlando animadamente, compartiendo anécdotas y risas. Sin embargo, Harper sabía que tenía que abordar un tema que la había inquietado durante varios días.

—Mackenzie, hay algo que quiero comentarte —dijo Harper con tono serio.

Mackenzie la miró con curiosidad y cierta aprensión. No sabía si tendría fuerzas para afrontar más malas noticias. Ya tenía bastantes dudas que la agobiaban desde que había despertado somnolienta y desorientada en esa misma habitación.

—Dime —respondió finalmente.

—Mi hermano Colt quiere hacerte una propuesta —explicó Harper, observando atentamente la reacción de Mackenzie.

—¿Colt? —repitió Mackenzie algo confundida—. ¿De qué estás hablando?

—Verás, Moira se ha jubilado hace unas semanas, y mi hermano ha dejado la casa en un completo desorden.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —cuestionó Mackenzie.

—Pues resulta que Colt pensó que quizás te interesaría trabajar en el rancho…

—Pero ya trabajo en la cafetería —respondió Mackenzie, sintiéndose algo incómoda.

—Lo sé, pero creo que en el rancho estaríais más seguros. Podría ser el refugio que necesitas, al menos por el momento. Y por favor, no me malinterpretes. No me importa que los niños y tú estéis en mi casa, simplemente pienso que en el rancho tendrían más libertad y estaríais más seguros.

Mackenzie reflexionó durante unos instantes, sopesando cuidadosamente la propuesta de Harper. La posibilidad de trabajar en un rancho, apartada del ajetreo de la cafetería y rodeada de la serenidad de la naturaleza, ejercía un cierto atractivo sobre ella. Y no podía pasar por alto que aquella oportunidad también significaría una medida de protección adicional contra Leonard,

impidiendo que se acercara tan fácilmente a ella y a sus hijos. Sin embargo, se preguntaba cómo afectaría a sus hijos un cambio de tal magnitud.

Mackenzie giró su rostro y dejó su mirada vagar a través de la ventana, contemplando el paisaje que rodeaba el centro hospitalario. Tras unos minutos, volvió su atención hacia su amiga Harper, quien esperaba pacientemente su respuesta.

—Harper, entiendo que el rancho podría ofrecernos seguridad y tranquilidad, pero mis hijos... —Mackenzie suspiró pesadamente antes de continuar—. No sé si están listos para un cambio tan drástico.

Harper asintió comprensivamente, colocando una mano reconfortante sobre el brazo de Mackenzie.

—Lo entiendo. Es una decisión importante y requiere tiempo para meditarla con calma. Pero quiero que sepas que estaré aquí decidas lo que decidas.

Las palabras de Harper resonaron en el corazón de Mackenzie, recordándole el valor y la fuerza que siempre encontraba en la amistad, aunque hacía demasiados años que Leonard le había hecho renunciar a lo que significaba tener una amiga. Con un nudo en la garganta, Mackenzie sintió una determinación renovada crecer en su interior.

—Gracias, Harper. Voy a pensarlo detenidamente. Pero dale las gracias a Colt por pensar en nosotros y por ayudarme aquella noche —dijo Mackenzie con emoción latente en la voz.

Harper sonrió, reconociendo la valentía y determinación de Mackenzie.

—Tómate el tiempo que necesites. Lo más importante para todos es que tú y los niños estéis seguros y felices —aseguró Harper.

Las dos amigas se miraron con complicidad, sabiendo que, pasara lo que pasara, estarían ahí la una para la otra en los momentos difíciles.

Una hora más tarde, tras despedirse de Mackenzie con la promesa de recogerla al día siguiente, Harper salió apresuradamente del hospital. Su mente estaba llena de la multitud de tareas pendientes que aún tenía para ese día. Mientras se metía en el coche, el eco de la conversación con su amiga resonaba en su mente mientras arrancaba el motor y salía del estacionamiento.

Conducía diestramente por las serpenteantes carreteras que la llevaban de vuelta a Serene Falls, cuando el sonido insistente de su teléfono rompió el silencio, sacándola momentáneamente de sus pensamientos. Harper desvió la mirada hacia la pantalla iluminada y reconoció el número de Colt parpadeando en la pantalla. Sin dudarlo, contestó la llamada.

—¡Hola, hermanito! —saludó Harper con alegría.

—Harper, ¿has hablado con Mackenzie? ¿Va a aceptar mi propuesta? —preguntó Colt directamente, con un toque de emoción en su voz.

—Un «buenos días» habría sido agradable —le reprochó Harper, divertida.

—Lo siento —se disculpó Colt, avergonzado.

—No pasa nada —replicó Harper, compadeciéndose de su hermano al percibir la culpa en su tono de voz—. Sí, he hablado con Mackenzie y me ha dicho que necesita tiempo para pensarlo.

—Comprendo —replicó Colt escuetamente, sin poder evitar sentirse algo decepcionado.

—Entiende que es una decisión difícil, supondría un gran cambio para sus hijos —intentó explicarle Harper—. Tenemos que ser pacientes y dejar que sea ella quien decida sobre su futuro. Es la primera vez que tiene esa oportunidad.

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea, mientras Colt procesaba las

palabras de su hermana.

—Lo sé, Harper. Tienes razón —admitió Colt finalmente—. Gracias por mantenerme informado —dijo con gratitud.

—Por supuesto, Colt —respondió Harper antes de despedirse y colgar.

Mientras el coche continuaba su viaje de regreso a Serene Falls, Harper reflexionaba sobre la conversación que había tenido con Colt. Sabía que ambos compartían la misma preocupación por el bienestar de Mackenzie y sus hijos, pero también había detectado algo más en la voz de su hermano que no sabía cómo definir.

***

Rancho Moonlight,
al día siguiente

Colt y su hermano Jared se adentraron entre las sombras del amplio desván, moviéndose con cautela entre las cajas de recuerdos y los muebles cubiertos de polvo. El crujido del suelo de madera bajo sus pasos resonaba en el silencio del lugar, mientras sus manos exploraban cada objeto en busca de las camas que se habían guardado allí muchos años antes.

Los recuerdos de la infancia de Colt se agitaban en su mente mientras curioseaba por el lugar. Recordaba los días en los que él y sus hermanos se colaban allí para registrar las cajas en busca de tesoros. Una pizca de nostalgia se apoderó de él mientras sus dedos tropezaban con una vieja caja de cartón llena de juguetes.

—¡Mira esto, Jared! —exclamó Colt, alzando la caja con cuidado—. Estos eran algunos de mis juguetes favoritos cuando era niño.

—Sí, y muchos de ellos eran míos antes —recordó Jared con la misma nostalgia—. Recuerdo que te gustaba robarlos de mi habitación.

Colt asintió, con una sonrisa traviesa iluminando su rostro mientras observaba los juguetes en la caja.

—Bueno, ¡al menos así se compartían! —respondió con complicidad.

Ambos hermanos compartieron unas risas mientras continuaban explorando el desván en busca de las camas. Mientras rebuscaban, encontraron también algunas fotografías amarillentas de su infancia, capturando momentos felices de la familia en el rancho.

—Recuerdo cuando papá solía llevarnos a pescar al arroyo detrás del rancho —comentó Colt, con la mirada perdida en el pasado—. Eran tiempos más felices.

Jared escuchaba a Colt, notando la misma nostalgia que emanaba de las palabras de su hermano. Los Duncan habían pasado por tantas desventuras y dolor en los últimos tiempos que casi habían olvidado los buenos momentos del pasado.

—Sí, eran tiempos más simples, con una vida más sencilla —replicó Jared finalmente a las palabras de su hermano—. Y ahora es tiempo de crear nuevos recuerdos.

Finalmente, en el rincón más alejado del desván, encontraron las camas que Colt quería colocar en una de las habitaciones para los niños, en caso de que Mackenzie aceptara el trabajo en el rancho. Eran camas robustas, pero con un toque de encanto rústico.

—Pues aquí están —dijo Colt, con voz emocionada, mientras retiraba las sábanas que las cubrían y las miraba con cariño—. Es increíble verlas después de tanto tiempo.

—Sí, esta era la mía —afirmó Jared acariciando la J grabada en uno de los laterales del

cabecero con una sonrisa nostálgica.

—Bueno, pues pongámonos manos a la obra —propuso Colt con energía.

Colt y Jared trabajaron juntos para limpiar las maderas y transportarlas con cuidado hacia la habitación que habían preparado. Cuando acabaron de ensamblar las piezas, observaron satisfechos el resultado de su esfuerzo. Las camas estaban listas. Aunque no sabían qué decidiría Mackenzie, Colt estaba preparado para recibirlos con los brazos abiertos.

De repente, el teléfono de Colt comenzó a sonar insistente. Lo sacó del bolsillo de su camisa vaquera y respondió a la llamada.

—¿Sí? —respondió escuetamente.

—Colt, soy yo —respondió Harper al otro lado de la línea.

—Dime, Harper —replicó Colt escuetamente, aunque notaba el corazón acelerado en su pecho.

—He hablado con Mackenzie y ha tomado una decisión —explicó Harper con emoción contenida.

—¿Y? —exclamó Colt, que empezaba a perder la paciencia.

—Ha aceptado. Mañana, cuando le den el alta, iremos directamente al rancho. ¿Qué te parece? —preguntó Harper emocionada.

—¡Eso es genial! —exclamó Colt, en su voz resonaba la alegría—. Harper, gracias por informarme.

—No hay de qué. Y si necesitas ayuda, cuando salga de la oficina puedo pasarme por el rancho —se ofreció ella.

—Gracias, pero no es necesario. Jared está aquí —respondió Colt agradecido.

—Bien, pues no os entretengo más. Nos vemos mañana —dijo Harper antes de cortar la llamada.

Colt se giró hacia Jared, con una amplia sonrisa dibujada en sus labios.

—¡Mackenzie ha aceptado! Mañana vendrá al rancho con los niños.

Jared sonrió ampliamente, contagiado por la emoción de su hermano. Sin embargo, aún se sentía sorprendido por la decisión de Colt de proponerle a Mackenzie y a sus hijos mudarse al rancho. Y más aún le sorprendía la evidente excitación que mostraba Colt. No recordaba que su hermano apreciara tanto a aquella mujer.

—¿No dices nada? —preguntó Colt, notando el silencio de su hermano.

—Claro, eso es fantástico, Colt —respondió Jared.

Colt asintió, satisfecho de compartir su entusiasmo con Jared.

—Espero que Mackenzie y los niños se sientan como en casa aquí —dijo Colt, con una chispa de emoción en sus ojos.

—Definitivamente. Será un nuevo comienzo para ellos —respondió Jared, con una sonrisa.

CAPÍTULO 8

El sol resplandecía en lo alto del cielo mientras el coche de Harper serpenteaba por los pintorescos caminos que conducían de vuelta a Serene Falls. Mackenzie, con la mirada perdida en el horizonte, observaba el paisaje pasar a través de la ventana. Harper, enfocada en la carretera, percibió el silencio que reinaba en el automóvil y decidió romperlo.

—Mackenzie, ¿cómo te sientes? —preguntó con suavidad, sin apartar la vista de la carretera.

Mackenzie suspiró profundamente antes de responder, sintiendo el peso de las emociones que la asaltaban.

—Aún me siento dolorida y confusa... Pero estoy bien, supongo —respondió con un tono apagado.

Harper asintió con comprensión, recordando los angustiosos días que Mackenzie había pasado en el hospital tras la agresión de Leonard.

—Bueno, lo importante es que ya te dieron el alta y en pocos minutos te vas a reunir con Jenna y Leo —dijo Harper con la intención de animarla. Sabía que su amiga adoraba a sus hijos.

—Sí, estoy deseando, los he echado tanto de menos —confesó con una sonrisa débil—. Gracias, Harper. Por cuidar de mí y de ellos. Te debo tanto —murmuró, con gratitud sincera en su voz.

—Siempre estaré aquí para ti, para vosotros. Lo sabes, ¿verdad? —confesó Harper con genuino cariño.

Mackenzie asintió con un gesto de cabeza, agradecida en silencio. Si no fuera por Harper, Mackenzie no sabía qué habría sido de ella y de los niños. Daba gracias a los cielos por tener a una amiga tan leal a su lado. A pesar de los persistentes intentos de Leonard por aislarla de sus amigas, aún podía contar con ellas.

El resto del viaje transcurrió en un silencio confortable, pero cuando estaban a pocas millas de Serene Falls, Harper decidió romperlo nuevamente.

—Entonces, ¿quieres que paremos en la cafetería Keller? —preguntó Harper con cautela. Sabía que su amiga quería ir allí para dar explicaciones a Louise, pero no estaba segura de que fuera una buena idea.

—Sí, cuanto antes mejor —afirmó Mackenzie con voz rotunda—. Creo que es mi deber decirle que no volveré a la cafetería. Se lo debo a Louise por haberme dado la oportunidad. Además, esa mujer es lo más cercano a una familia que me queda —recordó con nostalgia la amistad de su madre con Louise.

La campana sobre la puerta tintineó suavemente cuando Mackenzie y Harper entraron en la acogedora cafetería Keller. Mackenzie y su amiga se dirigieron a una mesa apartada en un rincón tranquilo del local, y allí esperaron hasta que Louise pudiera atenderlas, ya que estaba sirviendo a dos parroquianos en la barra.

Poco después, la propietaria del local se aproximó a la mesa y se sentó, antes de clavar su mirada preocupada en Mackenzie. Allí descubrió una mancha violácea en su mejilla que aún no había desaparecido, y su labio inferior, que empezaba a cicatrizar. Inconscientemente apretó los puños a los costados y maldijo para sus adentros a Leonard Slater.

—Mackenzie, ¿Cómo te encuentras? Tienes mejor aspecto que cuando te fui a visitar en el hospital —expresó Louise con tono suave.

—Gracias, y sí, físicamente me encuentro mucho mejor —contestó Mackenzie.

—Me alegro —afirmó Louise mientras se sentaba frente a la joven—. No tengo ni que decirte que estoy aquí para lo que necesites, y no es necesario que regreses a tu puesto hasta que no estés completamente recuperada.

Mackenzie se sentía agradecida por su ofrecimiento, que sabía que nacía del corazón, pero las cosas habían cambiado. Durante unos segundos permaneció en silencio, buscando las palabras adecuadas para expresar la noticia que le tenía que dar a la mujer.

—Louise, necesito hablar contigo sobre eso —comenzó con voz insegura—. Después de lo sucedido, no me veo con fuerzas de volver a trabajar aquí. El temor de que Leonard vuelva a… agredirme me paraliza.

—Entiendo, Mackenzie. Sé que has pasado por momentos difíciles y que el miedo es natural en estas circunstancias.—respondió Louise con calma mientras extendía su brazo y cogía su mano con suavidad, intentando transmitirle su apoyo incondicional.

—Mackenzie, quiero que sepas que tu seguridad es una prioridad para mí. Siempre estaré aquí para ayudarte y apoyarte en lo que necesites. Y si sientes que es mejor para ti dejar de trabajar aquí, lo entenderé. Pero quiero que sepas que eres bienvenida aquí siempre que lo desees, sin importar las circunstancias —declaró Louise con determinación y su voz llena de sinceridad.

—Gracias, Louise. Significa mucho para mí tener tu apoyo —dijo Mackenzie con gratitud mientras una leve sonrisa aparecía en su rostro.

Louise le devolvió la sonrisa, sus ojos brillaban con afecto. Conocía a Mackenzie desde su nacimiento y los últimos años habían sido difíciles.Había tenido que ver cómo ese maldito hombre la maltrataba y ella no parecía reaccionar. Durante ese tiempo, en innumerables ocasiones había intentado que la mujer entrara en razón, pero Mackenzie siempre se esforzó en ocultar lo que sucedía. Se alegraba de que se hubiera reencontrado con sus amigas y se hubiera atrevido a romper las cadenas que la ataban a Leonard.

—Siempre estaré aquí para ti, Mackenzie. Eso nunca cambiará —afirmó con determinación, renovando su compromiso con la joven.

La conversación continuó en un tono más ligero mientras las tres mujeres disfrutaban de una taza de café juntas. Mackenzie se sintió reconfortada al saber que tenía a alguien como Louise a su lado, dispuesta a ayudarla en cualquier momento, al igual que Harper.

—Bueno, pues creo que ya es hora de irse —dijo Harper comprobando la hora en su reloj —. Seguro que estás deseando ver a los niños.

—Sí, les he extrañado tanto —confesó Mackenzie notando su corazón bombear fuertemente contra su pecho.

Después de un emotivo adiós a Louise, Mackenzie y Harper dejaron atrás la atmósfera acogedora de la cafetería y se encaminaron hacia el coche. El motor, apenas perceptible, ronroneaba con suavidad mientras Harper manejaba con destreza por las calles de Serene Falls. En el asiento del pasajero, Mackenzie se encontraba absorta en sus pensamientos, sus ojos fijos en el paisaje que se deslizaba ante ella. Cada edificio, cada calle familiar, le recordaba fragmentos de su vida, desencadenando una marea de emociones que luchaban por encontrar su camino hacia la superficie.

Finalmente, el coche se detuvo frente a la casa de Harper y Liam. Con un nudo en la

garganta, Mackenzie inhaló profundamente antes de abrir la puerta y salir. El sonido de sus pasos resonaba en el camino de entrada mientras se acercaba a la puerta principal. Antes de que ella pudiera llamar al timbre, la hoja de madera pintada de blanco se abrió y ante sus ojos aparecieron Jenna y Leo.

—¡Mamá, por fin! —exclamó Jenna aliviada, lanzándose hacia ella para envolverla en un abrazo.

Leo, por su parte, se acercó tímidamente hacia ella y dudó durante unos instantes, pero finalmente se abrazó a la pierna de su madre fuertemente.

Las lágrimas llenaron los ojos de Mackenzie mientras abrazaba a sus hijos con fuerza, sintiendo un alivio abrumador al tenerlos cerca nuevamente.

—¡Os he extrañado tanto!— —confesó con voz entrecortada, sintiendo cómo la tensión de los últimos días comenzaba a disiparse en la calidez del abrazo de sus hijos.

***

Rancho Moonlight

Jt se encontraba de pie en el amplio patio central del rancho, con los nervios bullendo en su interior. Había tenido que llamar a la clínica veterinaria Chapman, aunque la situación le incomodaba. No había vuelto a ver a Brianna desde que dejó su trabajo en el criadero de caballos, y el recuerdo del rechazo de la mujer aún le mordía el corazón.

La espera parecía interminable hasta que finalmente divisó la *pick up* de la clínica veterinaria en el horizonte. Sin embargo, cuando la figura que descendió del vehículo no fue la de Brianna, sino la de Erin Hardy, su ceño se frunció involuntariamente.

Erin salió del vehículo y se aproximó a Jt con paso ligero. Su cabello rubio iba atado en dos trenzas a los lados de su cabeza, otorgándole un aire casi infantil. Por no hablar de su indumentaria, un sencillo peto de tela vaquera y una camiseta de tirantes que se ajustaba a la perfección a su cuerpo delgado.

Al llegar a la altura del capataz, Erin lo miró con curiosidad. Sabía quién era, le había visto en un par de ocasiones, pero Jt nunca había reparado en ella. Siempre estaba demasiado ocupado comiéndose con los ojos a su jefa, Brianna Chapman.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó con voz amable, aunque sus ojos reflejaban una leve cautela ante la mirada torva que él le dedicaba.

Jt frunció el ceño, sintiendo la frustración aumentar dentro de él. Cuando había llamado a la clínica, había explicado brevemente el problema, y había supuesto que sería Brianna la que acudiría, no su ayudante.

—¿Dónde está Brianna? —preguntó directamente, sin andarse con rodeos.

Erin arqueó una ceja, aparentemente sorprendida por la brusquedad de Jt, aunque no era la primera vez que se encontraba con hombres que dudaban de su competencia y sabía cómo manejarlo.

—No está disponible en este momento. ¿Puedo ayudarte yo en su lugar? —respondió con calma, manteniendo su compostura a pesar del tono hosco de Jt.

Jt se cruzó de brazos, con una expresión desafiante en su rostro.

—No, tú no puedes. Preferiría a alguien con un título y más experiencia —contestó sin importarle la posibilidad de herir los sentimientos de Erin, quien para su sorpresa esbozó una

sonrisa antes de ajustar su sombrero y cruzarse de brazos.

—Bueno, sobre mi título, si quieres te puedo mandar una foto cuando llegue a casa, está colgado en el salón de casa de mi madre. Y respecto a la experiencia, siempre tienes la opción de llamar al señor Stanton. Pero ya sabes que tardará dos horas en llegar desde Virgin River.

La sonrisa de Erin, aunque leve, parecía desafiar la actitud despectiva de Jt.

—No sé si me sentiría cómodo dejando el cuidado de los animales en manos de alguien tan... joven —dijo Jt, escudriñando el rostro de Erin en busca de alguna señal de inseguridad.

La tensión entre ellos era palpable, como si estuvieran en medio de un duelo. Parecía que ninguno estaba dispuesto a ceder terreno. Justo en ese momento, apareció Colt, dueño del rancho, caminando hacia ellos con paso seguro y una sonrisa amigable en el rostro.

—Buenos días, Erin, me alegro de que estés aquí.

—Buenos días, Colt. Sí, aquí estoy —respondió ella con cortesía.

—¿Has venido a ver al potro que nació ayer? —preguntó Colt interesado. Estaba preocupado por aquella cuestión—. Creo que tiene un cólico o algo parecido.

—En cuanto lo vea, te diré si tus sospechas son ciertas —dijo Erin, dirigiendo una mirada airada a Jt.

—Jt, ¿la acompañas? —solicitó Colt mientras oteaba el camino zigzagueante, nervioso ante la inminente llegada de Mackenzie y sus hijos.

—Sí, por supuesto —replicó Jt a regañadientes, y más cuando vio la sonrisa socarrona de Erin, que parecía disfrutar con la situación.

Colt asintió con un gesto de cabeza antes de alejarse para ocuparse de otros asuntos en el rancho. Erin y Jt se dirigieron hacia los establos. El ambiente entre ellos estaba cargado de tensión, pero ahora matizado por una chispa de competencia y curiosidad mutua.

Mientras caminaban, Jt no pudo evitar notar la determinación en cada paso de Erin. Aunque seguía sintiendo cierta reticencia hacia ella, también tenía que admitir que su obstinación le resultaba interesante.

—Creo que realmente se trata de un cólico —confesó Jt, tratando de iniciar una conversación más amigable mientras se acercaban al potro enfermo.

—Es una posibilidad. Pero necesito examinarlo para estar segura. Los cólicos pueden ser graves si no se tratan adecuadamente —respondió ella con seriedad.

Poco después, Erin examinaba al potro con cuidado. Jt la observaba en silencio desde su posición, impresionado por la destreza y profesionalidad que demostraba la mujer.

Después de un examen exhaustivo, ella confirmó que el potro estaba sufriendo un cólico leve. Afortunadamente, con el tratamiento adecuado se recuperaría sin problemas en unas horas.

—Gracias, Erin. Y siento haber dudado de tu capacidad —se disculpó Jt, arrepentido por la forma en que había tratado a la joven.

Esta levantó la mirada y su expresión se suavizó ligeramente ante la disculpa sincera. Sin embargo, su semblante aún mostraba cierta reserva.

—No te preocupes. No eres el primero ni serás el último que se comporta como un troglodita —confesó con cierto humor—. Pero entiendo tus reservas.

—Me imagino —replicó Jt, algo confuso y avergonzado.

—Bueno, ahora deberíamos empezar con el tratamiento —dijo Erin resueltamente—. ¿Podrías traer mi maletín? Me lo dejé en el coche —le pidió.

—Por supuesto —replicó Jt mientras hacía un gesto con su sombrero y salía del establo en dirección a la *pick up*.

CAPÍTULO 9

Poco después

El sol se había ocultado tras las colinas, tiñendo el cielo de tonos naranjas y rosados mientras el coche avanzaba por el camino de entrada del rancho Moonlight. Liam estaba al volante, mientras Harper se entretenía charlando con los niños. Mackenzie, por su parte, no podía evitar sentir el nerviosismo vibrar en cada poro de su piel según avanzaban por el camino de tierra.

De pronto, ante sus ojos apareció la imponente casa principal, que recordaba de su adolescencia. Un escalofrío recorrió su espalda al verla, recordando algunas experiencias pasadas. Cuando divisó a Colt Duncan en el porche, no pudo evitar rememorar una de las últimas veces que lo vio, cuando ella le reprendió por inmiscuirse en su vida al contarle a su hermana Harper lo que podía estar pasando con su marido.

—Pues ya hemos llegado —exclamó Liam con alegría, sacando a Mackenzie de sus oscuros pensamientos.

La primera en bajar fue Harper, que se dirigió al encuentro de su hermano, que ya caminaba hacia ellos. Ambos se fundieron en un fuerte abrazo antes de separarse para recibir al resto del grupo.

—Buenas tardes, Colt —saludó Mackenzie con cierta timidez.

—Buenas tardes, Mackenzie —retribuyó Colt el saludo, incapaz de apartar la mirada de su rostro magullado. Si hubiera tenido delante a Leonard Slater en ese momento, habría estampado su puño en su rostro.

—Niños, saludad al señor Duncan —instó Mackenzie al ver a sus hijos indecisos y tímidos.

—Por favor, con Colt basta —replicó el aludido jovialmente.

—¿Qué os parece si os enseño el rancho y los alrededores mientras vuestra madre habla con mi hermano? —propuso Harper, deseosa de que los niños se sintieran cómodos lo antes posible.

—¡Sería genial! —dijo Jenna mientras cogía la mano de su hermano pequeño y lo guiaba hacia la casa, donde Harper ya entraba.

—Yo me ocupo de las maletas —intervino Liam antes de regresar al coche, dejando solos a Mackenzie y Colt, que parecían algo incómodos.

Mackenzie y Colt se quedaron de pie, sumidos en un tenso silencio que pareció prolongarse durante varios minutos, extendiéndose como un velo incierto sobre ellos. Finalmente, fue Colt quien se atrevió a romperlo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó con evidente preocupación.

—Bien, en perfectas condiciones para ponerme a trabajar —respondió Mackenzie con celeridad, elevando su rostro para encontrarse con la mirada azul de él.

—Ya sabes que no me refería a eso —replicó Colt, su tono sonó ligeramente cohibido ante la situación.

A pesar de ser un hombre acostumbrado a tratar con mujeres y de ser considerado el más

mujeriego de los hermanos Duncan, con Mackenzie no podía evitar sentirse torpe y estúpido.

—Si te refieres a mis heridas —replicó Mackenzie, sintiendo cómo un ligero rubor teñía sus mejillas—, ya no me duelen, estoy completamente recuperada. Ahora me gustaría saber cuáles van a ser mis funciones —añadió con voz monocorde, esforzándose por mantener la compostura en medio de la incomodidad del momento.

—Entiendo —aceptó Colt, captando el deseo de Mackenzie de no profundizar en los acontecimientos que la habían llevado hasta allí—. Tus funciones serán principalmente encargarte del cuidado y mantenimiento de la casa. Además, ocasionalmente podrías ayudar en algunas tareas relacionadas con los caballos y el ganado, si así lo deseas —explicó Colt, intentando ser lo más claro posible.

—Claro, con las tareas del hogar no hay problema, pero respecto a los caballos… —dudó unos segundos antes de continuar—. Debo confesar que no sé montar —concluyó atropelladamente.

—¿Qué? —boqueó Colt, sorprendido. No era normal que alguien nacido y criado en Texas no supiera montar a caballo.

—Bueno, no es que no sepa —se apresuró a aclarar Mackenzie—. Lo que pasa es que mi padre me enseñó cuando era pequeña, pero luego tuvo que vender el rancho y… bueno, que no he podido practicar —concluyó atropelladamente.

Mackenzie se reprendió mentalmente, preguntándose por qué estaba compartiendo detalles tan personales con Colt, mientras se colocaba un díscolo mechón de pelo castaño rojizo tras la oreja.

—Entiendo —dijo Colt finalmente, mientras su expresión se suavizaba—. No te preocupes por eso, podemos encontrar una solución. Aprender a montar no es tan difícil, especialmente para alguien como tú.

Mackenzie se sintió aliviada por la respuesta comprensiva de Colt.

—Gracias, eres muy amable —dijo Mackenzie con gratitud.

Colt le dedicó una sonrisa tranquilizadora antes de continuar:

—Bueno pues si quieres podemos entrar —dijo Colt señalando la casa con un gesto de mano—. Os he preparado unas habitaciones, y espero que estéis cómodos, pero tienes completa libertad para cambiar cualquier cosa que creas necesaria. ¿Vamos? —la invitó a seguirle, y ella aceptó con un gesto de cabeza.

Poco después entraron en la casa familiar que había pertenecido a los Duncan durante varias generaciones. Mackenzie cruzó el umbral junto a Colt, y el cálido ambiente del hogar la envolvió. Respiró profundamente, disfrutando del reconfortante aroma a madera.

Colt la guio hasta las escaleras que daban al segundo piso. Caminaron por un largo pasillo hasta una de las puertas, donde Colt se detuvo.

—Esta es tu habitación —dijo Colt con cierto nerviosismo latente en su voz—. Antes era la de Harper, pero le hemos hecho algunas modificaciones —confesó.

Cuando Mackenzie se asomó descubrió que estaba decorada con sencillez, pero con un toque acogedor. Las paredes estaban pintadas en tonos suaves, y había una cama grande con una colcha blanca y almohadas mullidas. Observó la habitación con admiración, agradecida por la consideración de Colt al preparar el espacio.

—Es preciosa —exclamó Mackenzie emocionada.

—Y esta —dijo señalando la puerta situada a la derecha— es para los niños. Pensé que hasta que se adapten al rancho era mejor que durmieran juntos —comentó mientras empujaba

suavemente la puerta.

La habitación estaba decorada con tonos azules, y algunos juguetes antiguos sobre una estantería de pino. Había dos camas con sábanas coloridas y peluches colocados cuidadosamente en cada una.

Mackenzie sintió un nudo en la garganta al ver el gesto tan generoso de Colt. Se esforzó por contener las lágrimas, recordándose a sí misma que debía ser fuerte. No quería que Colt la viera llorar y pensara que era débil. Respiró hondo y forzó una sonrisa, tratando de mantener la compostura.

—Vaya, esto es increíble, Colt. Mis hijos van a amar esta habitación —dijo Mackenzie con voz entrecortada, luchando por controlar sus emociones.

—Me alegro de que te guste. Quiero que te sientas como en casa —respondió Colt con calidez, poniendo una mano reconfortante en su hombro—. Y estoy seguro de que tus hijos se divertirán mucho aquí.

Mackenzie asintió con gratitud, sintiéndose abrumada por la amabilidad y generosidad de Colt. Aunque se esforzaba por no dejar que las lágrimas brotaran, en su corazón estaba lleno de gratitud y emoción.

***

Al día siguiente

Al despertar, Jenna se encontró bajo el cálido sol de la mañana. Siguiendo las indicaciones de Colt, decidió explorar un poco más el lugar. En uno de los cobertizos, encontró una vieja bicicleta y decidió tomarla para dirigirse al criadero de caballos de su amiga Hailey, que se comunicaba con el rancho por un camino interno.

Una hora después, llegó al familiar criadero y se dirigió directamente a uno de los cercados. Como esperaba, avistó a Hailey subida en una valla, observando a Jared domando a un caballo de aspecto imponente.

—Buenos días —saludó Jenna con alegría, acercándose a su amiga.

—¡Jenna! —exclamó Hailey emocionada, bajando ágilmente de la valla para abrazar a su amiga—. ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí? ¿Ya te has mudado? —preguntó Hailey con interés.

—Sí, ha sido una locura total —confesó Jenna, dejando escapar un suspiro pesado mientras jugueteaba nerviosamente con la trenza de su cabello—. Entre todo lo que ha pasado con mamá y la mudanza al rancho Moonlight, me siento como si estuviera viviendo en un torbellino.

Hailey escuchaba atentamente a su amiga mientras caminaban juntas hacia el porche de la casa, buscando la sombra reconfortante.

—Lo entiendo —afirmó Hailey con empatía—. Ha sido un período muy intenso para ti, pero sé que puedes con esto y mucho más.

—Sí, no me queda otra —respondió Jenna con una media sonrisa.

—Pero ¿cómo te sientes en el rancho? ¿Te gusta? —preguntó Hailey con curiosidad.

Jenna hizo una pausa, reflexionando sobre sus sentimientos.

—Es extraño, Hailey. No sé... me siento fuera de lugar. Es como si no encajara del todo en este ambiente —confesó Jenna, frunciendo el ceño con preocupación.

Hailey puso una mano reconfortante en el hombro de Jenna.

—¡Vamos, Jenna! ¡Colt es genial! —exclamó Hailey con entusiasmo—. No se lo digas a Jared, pero creo que es mi hermano favorito —añadió con una sonrisa traviesa, guiñándole un ojo a su amiga.

—Sí, Colt se está portando de maravilla —admitió Jenna.

—Seguro que en poco tiempo te adaptas y te sientes como en casa —aseguró Hailey con optimismo.

—Tienes razón. Quizás solo necesite un poco más de tiempo para acostumbrarme a todo esto —dijo Jenna, sintiendo un destello de esperanza en el horizonte.

Después de una breve conversación sobre el rancho, Jenna y Hailey se acomodaron en el porche, dejándose acariciar por la suave brisa matutina.

—¿Cómo crees que nos irá el próximo curso? —preguntó Hailey de repente, dejando escapar sus preocupaciones sin darse cuenta.

Jenna reflexionó un momento antes de responder.

—Supongo que bien... aunque es un poco aterrador, no lo voy a negar. Será nuestro primer año en la secundaria —dijo Jenna, contemplando los cambios que se avecinaban.

—Sí, seremos estudiantes de octavo grado. ¿Te imaginas? Conoceremos a un montón de gente nueva, ¡y quién sabe qué aventuras nos esperan! —añadió Hailey con emoción, a pesar de las cosquillas que sentía en el estómago.

Las dos chicas rieron ante la perspectiva de lo que el próximo año escolar les deparaba. Pero pronto la conversación tomó un giro más interesante, como solía ocurrir entre chicas de trece años.

—Por cierto, ¿has oído los rumores sobre el nuevo chico que se mudó la semana pasada a Serene Falls y que irá un curso por encima del nuestro? —preguntó Hailey, bajando la voz como si estuviera a punto de revelar un secreto importante.

—¿Qué chico? —preguntó Jenna con curiosidad.

—Dicen que era súper popular en su antigua escuela, ¡y que era uno de los mejores jugadores de fútbol! Además, parece que es súper inteligente. ¿Será guapo? —se preguntó Hailey emocionada.

—¿Y de dónde ha salido? —preguntó Jenna con curiosidad.

—Por lo visto su madre ha heredado el viejo rancho de los Travis, y tras su divorcio parece que ha decidido establecerse en Serene Falls.

—¿Y de dónde es? —indagó Jenna.

—De Wyoming —contestó Hailey.

El comentario de Hailey despertó aún más la curiosidad de Jenna sobre el misterioso chico. Se preguntaba qué historias y secretos podrían esconder su llegada a un pequeño pueblo de Texas como Serene Falls.

—Interesante... —murmuró Jenna, pensativa.

—¡Sí! ¡No puedo esperar para conocerlo! —exclamó Hailey con un brillo travieso en los ojos. Ya podía imaginar todas las aventuras y romances que podrían surgir en la nueva etapa que ambas iban a comenzar en apenas unas semanas, que era lo que faltaba para que acabara el verano.

Jenna sonrió ante la energía contagiosa de Hailey, sintiéndose emocionada por lo que el futuro les depararía en el próximo año escolar, que se presentaba como un lienzo en blanco lleno de infinitas posibilidades.

CAPÍTULO 10

Después de colocar sus escasas pertenencias en su dormitorio, Mackenzie decidió bajar a la cocina para explorar lo que desde ese momento sería su principal zona de trabajo. Mientras inspeccionaba los armarios y los estantes, tratando de familiarizarse con el lugar, aparecieron Jenna y Leo, que habían bajado por las escaleras que daban directamente a la cocina.

—Mamá, ¿puedo llevar a Leo a dar un paseo por los alrededores? Creo que le vendría bien estirar las piernas y conocer un poco más el rancho —propuso Jenna, con la única intención de ayudar a su madre.

Mackenzie sonrió ante la sugerencia de Jenna. Sabía que Leo estaba un poco abrumado por todo el cambio y que un paseo por el rancho podría ayudarle a sentirse más cómodo.

—Claro, Jenna. Sería genial que os divirtierais un rato por ahí. Pero asegúrate de no alejarte demasiado y mantén a Leo a la vista en todo momento, ¿de acuerdo? —respondió Mackenzie con preocupación.

—Sí, mamá. Prometo cuidar de él. ¡Vamos, Leo! —exclamó Jenna, tomando la mano de su hermano y llevándolo consigo mientras salían de la cocina.

Mackenzie los observó alejarse con una sonrisa, sintiéndose agradecida por tener una hija tan responsable y cariñosa. Jenna la estaba ayudando mucho con Leo y se lo agradecería toda la vida.

Cuando volvió a estar sola, comenzó a inspeccionar los armarios que le faltaban, abriendo puertas y cajones para ver qué había en su interior. Para su alivio, encontró que todo estaba limpio y ordenado. Luego se acercó a la nevera y la abrió, examinando el contenido con curiosidad. Encontró leche, huevos, algunas verduras y frutas frescas, y algunos otros alimentos básicos. Había suficiente comida para alimentar a la familia durante unos días. Lo que veía no cuadraba con la advertencia que le había hecho Harper sobre el lugar, y no pudo evitar esbozar una sonrisa al pensar que su amiga era una exagerada.

Mackenzie estaba absorta en la inspección de la despensa cuando unos pasos la hicieron dar un brinco con sobresalto. Se giró bruscamente para encontrarse con Colt, que se había quedado parado en la entrada de la cocina. Su expresión mostraba una mezcla de curiosidad y preocupación cuando descubrió el rostro alarmado de Mackenzie.

—¿Estás bien? —preguntó Colt alarmado.

—¡Oh, Colt! Me has asustado —confesó Mackenzie, llevándose una mano al pecho para calmar su corazón—. No te vi entrar.

—Lo siento, no lo pretendía —se disculpó Colt, sintiéndose culpable—. Solo quería asegurarme de que estabas bien y saber si necesitabas algo.

Mackenzie se sintió reconfortada por la preocupación sincera de Colt. Aunque apenas lo conocía, le agradaba su amabilidad y disposición a ayudar.

—Gracias, Colt. Estoy bien. No necesito nada por ahora, solo estoy tratando de familiarizarme con la casa —respondió Mackenzie.

Colt le dedicó una sonrisa cálida al escuchar sus palabras y no pudo evitar observarla con más atención. Su cabello castaño rojizo caía en suaves ondas sobre sus hombros, y sus ojos grises reflejaban una mezcla de determinación y cautela. Aunque no era muy alta, tenía una

figura con curvas que llamaba la atención. Pero cuando se percató de a donde se dirigían sus pensamientos sacudió levemente la cabeza.

—Me alegro de que estés bien —expresó Colt algo más recuperado—. Y si necesitas cualquier cosa, no dudes en decírmelo. Ayer hice la compra, pero no estoy seguro de si falta algo que consideres necesario. No sé si te lo había dicho, pero además de preparar la comida para nosotros, también hay cinco hombres más en el barracón. Espero que no sea un problema.

Mackenzie asintió con gratitud, apreciando la preocupación de Colt por su bienestar y la información adicional sobre los otros habitantes del rancho.

—Haré todo lo posible para que todos estemos bien alimentados —respondió Mackenzie, rotunda—. Aunque hoy tendré que preparar algo sencillo, no cuento con demasiado tiempo —se excusó.

—No te preocupes, mis hombres llevan semanas malviviendo con comida precocinada —replicó Colt, divertido.

Al escuchar sus palabras, Mackenzie no pudo evitar sonreír.

Colt se sorprendió al ver cómo el rostro femenino se iluminaba gracias a sus labios curvados. Era la primera vez que la veía sonreír, o al menos eso pensaba, porque tenía recuerdos difusos de la amiga de su hermana en el pasado. Finalmente, sintiéndose estúpido, Colt se despidió con un gesto de cabeza salió por la puerta situada a poca distancia y que daba al porche trasero.

Mackenzie no pudo evitar sentirse intrigada por Colt mientras continuaba explorando la cocina. Había algo en su mirada y en su manera de hablar que despertaba su curiosidad. Aunque apenas se conocían, Mackenzie tenía la sensación de que había algo especial y único en Colt, aunque nunca se había percatado, y esos pensamientos la desconcertaron. Ya tenía bastante con sus difíciles circunstancias como para meterse en otro lío, se reprendió mentalmente.

Colt, por su parte, decidió ir a comprobar que sus hombres estaban realizando las tareas que les había encomendado a primera hora de la mañana. Pero cuando estaba llegando a la esquina del establo, descubrió a los hijos de Mackenzie situados junto a uno de los apartados. Ambos parecían embelesados, y cuando se aproximó a ellos descubrió el motivo. En un rincón había una gata dando de mamar a la camada que debía haber dado a luz en los últimos días.

—Vaya sorpresa, Zanahoria —exclamó, y como esperaba, dos pares de ojos se clavaron en su persona.

—¿Es tu gata? —preguntó Leo, con los ojos brillando de emoción al ver a los pequeños gatitos.

—Sí, un día apareció de la nada y se quedó aquí para siempre —respondió Colt con una sonrisa, disfrutando del entusiasmo de los niños.

—¡Son tan adorables! —exclamó Jenna, acariciando con suavidad a uno de los gatitos que se había acercado.

Colt observó la escena con una mezcla de ternura y satisfacción. Ver a los niños tan emocionados con los minúsculos felinos le recordó la importancia de los pequeños momentos de alegría en medio de la rutina diaria.

—Sí que lo son, y Zanahoria necesitará ayuda para cuidarlos —comentó Colt, dirigiendo una mirada amistosa a los niños.

—Podemos encargarnos de ellos, ¿verdad, Jenna? —dijo Leo, clavando una mirada suplicante en su hermana mayor.

—¡Claro! —exclamó la aludida acariciando de nuevo al gatito—. ¡Podemos ayudar a

Zanahoria!

Colt observó la escena con una sonrisa tierna, sintiéndose contento de haber encontrado un pequeño rayo de felicidad para aquellos pequeños que tanto debían haber sufrido en las últimos semanas.

***

Serene Falls

Después de dejar a Mackenzie y a los niños en el rancho, Liam y Harper regresaron a su casa en silencio. Liam notó que Harper parecía distante y un poco triste, así que decidió preguntarle qué le pasaba.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Liam, preocupado.

Harper suspiró pesadamente antes de responder, dejando entrever un atisbo de melancolía en sus ojos.

—Sí, estoy bien. Solo es que... voy a extrañar a los niños —confesó, sintiéndose un poco avergonzada por admitirlo.

—Lo entiendo —dijo Liam comprensivamente—. Han sido unos días muy bonitos. Yo también he disfrutado teniendo a Jenna y a Leo en casa —confesó, sintiendo un nudo en la garganta al pensar en la partida de los niños.

—¿Crees que Mackenzie estará bien en el rancho? —preguntó Harper, desviando la conversación hacia el otro tema que también la inquietaba.

Liam reflexionó unos segundos antes de responder, tratando de ser optimista a pesar de sus propias dudas.

—Espero que sí. Tu hermano Colt es un buen tipo, y parece que el rancho es un lugar tranquilo y acogedor. Además, estará con los niños, lo que seguramente la ayudará a sentirse más fuerte y segura —respondió Liam, tratando de infundir un rayo de esperanza a la difícil situación de la amiga de Harper.

—Sí, seguramente tengas razón —replicó Harper, con la esperanza de que Mackenzie y los niños estuvieran bien.

Después de esas últimas palabras, Harper y Liam volvieron a sumirse en el silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Una vez que aparcaron el coche, entraron en la casa. El ambiente en el interior era sereno, pero una sensación de vacío parecía impregnarlo todo.

—¿Qué te parece ver una película? —preguntó Liam.

—Sí, estaría bien —respondió Harper.

Después de preparar palomitas y servirse algo de beber, se dirigieron al sofá y se sentaron juntos. De repente, Liam notó algo bajo uno de los cojines. Al levantarlo, descubrió el peluche favorito de Leo: un león con orejas de fieltro. Lo sostuvo entre sus dedos y lo miró con una sonrisa tonta en los labios, recordando los momentos felices que había compartido con el niño.

Harper, testigo de la situación, observó la expresión de Liam y no pudo evitar sonreír también.

—Extrañas a Leo, ¿verdad? —preguntó Harper con ternura.

Liam asintió, con el peluche aún entre sus dedos.

—Sí, lo extraño mucho. Y a Jenna también. Han traído mucha alegría a nuestras vidas estos últimos días —confesó, con la mirada perdida en el peluche.

Harper sintió un nudo en la garganta al escuchar las palabras de Liam. También ella extrañaba a los niños más de lo que podía admitir.

—Liam... —comenzó Harper, titubeante—. ¿Alguna vez has considerado la idea de ser padre?

Liam se quedó momentáneamente sin palabras, sorprendido por la inesperada pregunta de Harper. La idea de ser padre había cruzado su mente en ocasiones, pero nunca lo había discutido seriamente con Harper.

—Bueno... —vaciló Liam, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Supongo que sí, en algún momento lo he considerado. Pero es un asunto que deberíamos decidir entre los dos —añadió, dirigiendo una mirada intensa a la mujer a la que amaba—. ¿Tú quieres...?

Harper sintió cómo su corazón comenzaba a latir con fuerza, una mezcla de emoción y nerviosismo se apoderó de ella ante la perspectiva de discutir seriamente sobre la posibilidad de tener un hijo con Liam. Aunque nunca antes lo había considerado de manera concreta, la idea ahora resonaba dentro de ella con una fuerza inesperada.

—Sí, Liam... —susurró Harper, sintiendo un cosquilleo en el estómago mientras se encontraba con la mirada intensa de Liam clavada en su rostro—. Sí, quiero. Quiero tener un hijo contigo.

—Harper... —murmuró Liam con voz cargada de ternura—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —confesó, dejando que la emoción inundara sus palabras—. Y tener un hijo contigo sería culminar mi sueño.

—Entonces, ¿lo hacemos? —preguntó Harper, notando el vértigo tras la decisión que acababan de tomar.

—Claro, ¿qué te parece si dejamos la película para después y nos ponemos inmediatamente a practicar? —sugirió Liam con una sonrisa lobuna dibujada en sus labios, mientras la tomaba entre sus brazos y la tumbaba en el sofá.

Los latidos del corazón de Harper resonaban en sus oídos mientras Liam se acercaba y su aliento cálido rozó su piel. Una mezcla de nerviosismo y anticipación la envolvió cuando sus labios se encontraron en un beso apasionado. El tiempo pareció detenerse mientras se perdían en la intensidad del momento. El deseo ardiente los consumía, fundiéndolos en un abrazo ardiente y entregado que dejaba al descubierto la profunda conexión que compartían.

Los minutos se desvanecieron en un torbellino de pasión y amor desenfrenado, hasta que finalmente se separaron, jadeantes y sonrientes, con los ojos brillando con una luz renovada.

—Te amo, Harper —susurró Liam, con la voz ronca por la emoción—. Y estoy emocionado por todo lo que el futuro nos depara.

Harper sonrió, con los ojos brillando con la misma intensidad que los de Liam.

—Yo también te amo, Liam —respondió ella, con voz suave pero llena de determinación —. Estoy lista para este nuevo capítulo de nuestras vidas juntos.

Se quedaron allí, abrazados en la penumbra, sabiendo que, aunque el camino que tenían por delante no sería fácil, estaban preparados para enfrentarlo juntos, con amor, fortaleza y el deseo inquebrantable de construir un futuro lleno de amor y felicidad.

CAPÍTULO 11

Rancho Moonlight

El reconfortante aroma del estofado de carne llenaba la cocina, envolviendo el ambiente en un abrazo cálido y familiar. Mackenzie, nerviosa pero llena de esperanza, colocaba con esmero los platos sobre la mesa, resultado de horas dedicadas a la preparación de la comida, ansiosa por impresionar a Colt y a los niños en su primera cena juntos en el rancho.

Con un suspiro de alivio, Mackenzie observó cómo Leo, Jenna y Colt se sentaban alrededor de la mesa. Al principio, el único sonido que llenaba la estancia era el suave tintineo de los cubiertos al chocar con los platos. Cada uno parecía sumido en sus propios pensamientos. Sin embargo, fue Leo quien finalmente rompió el silencio, dirigiendo una mirada expectante hacia Colt.

—Oye, Colt —dijo el niño con una sonrisa tímida—, ¿crees que podré montar a caballo mañana?

Colt, sorprendido por la pregunta pero complacido de que el niño mostrara interés en interactuar con él, a pesar de ser un desconocido, le devolvió la sonrisa con complicidad.

—Claro. Pero primero necesito asegurarme de que sabes montar, no quiero que acabes en el suelo.

—No te preocupes, sé montar. Me enseñó Jared el otro día —afirmó el niño con determinación.

—Bueno, si mi hermano te ha enseñado, seguro que lo haces de maravilla —replicó Colt con cierta diversión en su voz—. Aun así, quiero verte en acción antes de dejarte solo.

Leo asintió emocionado, con sus ojos brillando de anticipación.

—¡Sí, claro que sí! ¡Gracias!

—De nada, Leo —replicó el ranchero con una sonrisa.

Mackenzie era testigo de la escena y no pudo evitar sentirse emocionada al ver tan feliz a su hijo. Había temido que el niño sufriera por la separación, pero parecía ajeno a todo lo que había sucedido desde que había decidido separarse de Leonard.

El corazón de Mackenzie se llenó de gratitud al ver la conexión instantánea entre Leo y Colt. Observar cómo su hijo se adaptaba tan fácilmente a su nueva vida en el rancho le brindaba un alivio reconfortante. Aunque el camino hacia la separación de Leonard había sido difícil, ver a Leo florecer en este nuevo entorno le confirmaba que había tomado la decisión correcta.

Después de una cena distendida, Colt se levantó de la mesa para dar una última ronda por el rancho y asegurarse de que todo estaba en orden antes de dar por concluida su jornada laboral. Para su sorpresa, Leo se ofreció a acompañarlo. Colt dudó unos segundos, sorprendido por la petición, pero no vaciló en aceptar la compañía del niño. Juntos salieron por la puerta trasera, dejando solas a Jenna y a su madre.

Mientras observaba cómo ambos se alejaban por el patio iluminado por la luz de la luna, Mackenzie sintió un cálido estremecimiento de gratitud. La imagen de su hijo caminando confiadamente junto a Colt le llenaba el corazón de esperanza.

—¿Crees que Leo estará bien? —preguntó Jenna, rompiendo el silencio mientras recogía los platos de la mesa.

Mackenzie asintió con una sonrisa.

—Sí, cariño. Estará bien.

—¿Te fías de él? —insistió Jenna.

Mackenzie se sorprendió ante la pregunta y no pudo evitar clavar su mirada en el rostro preocupado de su hija. Después de un breve momento, respondió:

—Sí, Jenna. Me fío de él. Le conozco desde que tengo uso de razón y nos ha demostrado ser alguien en quien podemos confiar, que se preocupa por nosotros. Además, Leo parece sentirse muy cómodo a su lado, ¿no crees?

Jenna asintió, parecía más tranquila ante la respuesta de su madre.

—Sí, lo sé. Solo quería asegurarme de que tú también lo sintieras así.

La expresión de Mackenzie se suavizó, sintiendo una profunda gratitud por la preocupación y el cuidado de su hija.

—Gracias por interesarte, cariño. ¿Y tú, cómo estás? ¿Te sientes a gusto en esta casa? —interrogó Mackenzie. Todo había pasado demasiado deprisa y no había tenido en cuenta la opinión de su hija, que, sin que se diera cuenta, había empezado a dejar de ser una niña.

Jenna se detuvo un momento, dejando de secar los platos que su madre le entregaba, y clavó su mirada en el perfil de Mackenzie con una expresión pensativa antes de responder.

—Sí, mamá, estoy bien. Me gusta estar aquí contigo y con Leo, que parece emocionado con la idea de vivir en un rancho. Además, tengo a mi mejor amiga más cerca —añadió con evidente entusiasmo.

La mujer asintió con un gesto de cabeza, notando un gran desahogo al escuchar las palabras reconfortantes de su hija.

—Me alegro de que te sientas así, cariño. Si alguna vez necesitas hablar o si hay algo que te preocupa, no dudes en decírmelo, ¿de acuerdo?

Jenna sonrió débilmente y asintió con la cabeza.

—Lo sé, mamá. Gracias.

Madre e hija continuaron recogiendo la cocina juntas, compartiendo un momento de conexión y complicidad en medio de la emoción ante un nuevo comienzo lleno de promesas de un futuro mejor.

Después de un rato, Colt y Leo regresaron tras su pequeña aventura en el exterior. Jenna, con una sonrisa cariñosa, se ofreció a leerle un cuento a su hermano antes de irse a la cama, dejando así a Colt y Mackenzie a solas en la cocina.

Colt observaba en silencio a Mackenzie mientras ella terminaba de colocar cada cosa en su lugar con meticulosidad, admirando su determinación y la gracia con la que se movía por el espacio. Finalmente, reuniendo el coraje necesario, decidió romper el silencio que los envolvía.

—¿Estás bien, Mackenzie? ¿Los niños están bien? —preguntó Colt con voz suave y llena de preocupación.

Mackenzie levantó la mirada hacia él, sorprendida por la pregunta, y un destello de emoción pasó por sus ojos antes de responder.

—Sí, estamos bien. Gracias por preocuparte y esforzarte tanto en darnos la bienvenida. No tenías por qué —respondió con una sonrisa tímida curvando sus labios.

Colt se quedó hipnotizado cuando descubrió aquella sonrisa, sus ojos se encontraron con los grises de ella y el tiempo pareció quedar suspendido en el aire. Sin embargo, antes de que

pudiera explorar más a fondo lo que estaba sintiendo, Jenna regresó a la cocina, rompiendo el hechizo y devolviéndole a la realidad.

—Mamá, Leo ya se ha quedado dormido —expresó Jenna, ajena a la tensión que había surgido entre los adultos.

Mackenzie sintió un leve alivio ante la interrupción de su hija, aunque una parte de ella lamentaba que el desconcertante momento íntimo que había surgido con Colt se hubiera roto tan abruptamente.

—Gracias por avisar, cariño. ¿Se ha lavado los dientes? —preguntó, tratando de desviar la atención hacia algo más cotidiano.

—Sí, mamá —respondió la niña con una sonrisa—. Luego leímos su libro favorito y se quedó dormido antes de terminar. Estaba muy cansado.

Colt, por su parte, se esforzaba por recuperar la compostura, tratando de ignorar las emociones tumultuosas que lo habían invadido durante el breve instante con Mackenzie. Agradeció internamente la oportuna llegada de Jenna, pues eso había evitado que cometiera una locura, como, por ejemplo, besarla. «¿Pero qué demonios tienes en la cabeza?», se reprendió mentalmente mientras se peinaba el cabello con dedos nerviosos.

—Gracias por cuidar de Leo, cariño. Ya es hora de que nos vayamos a la cama. Ha sido un día muy largo —añadió Mackenzie, con la imperiosa necesidad de huir, de alejarse de lo que Colt había despertado en su cuerpo con una simple mirada.

—Buenas noches, descansad —dijo Colt a modo de despedida, con la misma urgencia por alejarse de ella.

—Buenas noches, Colt —replicó Mackenzie con esfuerzo antes de alejarse en dirección a las escaleras, seguida por su hija.

***

Serene Falls

Leonard se encontraba en el Bluebonnet, sumido en sus pensamientos, observando el líquido ambarino de su copa como hipnotizado. Había llegado temprano esa tarde y se había sentado en una mesa apartada, con la única intención de pasar desapercibido. Desde que perdió los nervios y golpeó a Mackenzie, su vida había dado un giro desastroso.

Con su acción no solo había terminado en la cárcel, sino que también había gastado todos sus ahorros para pagar la fianza. Pero eso no fue todo. Al salir de la comisaría, se enfrentó a las miradas reprobatorias y las murmuraciones de sus vecinos. Era evidente que la noticia se había propagado rápidamente por Serene Falls, convirtiéndolo en el villano de la historia. Habían pasado dos días desde entonces, y aunque abrió la tienda, ningún cliente había entrado. Leonard culpaba a Mackenzie por todas sus desgracias.

El murmullo de las conversaciones a su alrededor se desvanecía mientras se perdía en sus reflexiones. Sin embargo, su ensimismamiento fue abruptamente interrumpido por un comentario que captó por completo su atención.

—¿Has oído eso? —dijo una voz detrás de él, con un tono intrigante—. Dicen que Mackenzie ha salido del hospital y se ha mudado al rancho Moonlight.

La mención del nombre de Mackenzie lo sobresaltó. Leonard se giró con sorpresa para localizar a la persona que había hablado. Un grupo de hombres estaba reunido en una mesa

cercana, intercambiando rumores y chismes mientras bebían cerveza. Parecían ajenos a su presencia.

—Eso he oído —dijo otro de los hombres—. Al parecer, Moira se ha jubilado y Colt necesitaba una cocinera.

La conversación desató una serie de opiniones entre el grupo, cada uno expresaba sin tapujos sus teorías y juicios sobre la situación de la pareja y lo que había sucedido en las últimas semanas.

Leonard frunció el ceño al escuchar la conversación. La noticia de que Mackenzie se había mudado al rancho de los Duncan junto a sus hijos lo llenó de una extraña mezcla de alivio y preocupación. Por un lado, la idea de que se alejara de Serene Falls podría significar un respiro para él, al menos temporalmente. Pero, por otro lado, no podía evitar sentir una punzada de celos al saber que Mackenzie estaba conviviendo con otro hombre que no era él, aunque solo los uniera una relación laboral.

Trató de apartar esos pensamientos y se sumergió nuevamente en su copa de licor, intentando encontrar algo de consuelo en su amargura. Pero la conversación de aquellos tipos continuaba, y por mucho que había intentado ignorarla le era imposible. En un momento dado, uno de aquellos hombres, con una risa burlona que se clavó en su orgullo como un cuchillo, comentó:

—Pues la verdad es que no me sorprende que Mackenzie se haya marchado. Después de todo lo que ha tenido que aguantar con Leonard, seguro que necesitaba un cambio de aires —afirmó con tono comprensivo.

Otro hombre asintió, agregando con un deje de disgusto:

—Sí, tienes razón. Leonard ha resultado ser un verdadero desastre como marido. Siempre metido en problemas y causando molestias a todo el mundo. No me extraña que Mackenzie haya decidido largarse.

—Por no hablar de que se comenta que esta no es la primera paliza que le da a la pobre. Ese tipo no es un hombre, abusar así de una mujer, que además es más buena que un pedazo de pan —dijo otro, y el murmullo de aprobación que siguió a esa afirmación fue como un puñetazo en plena cara.

—Recuerdo cuando íbamos al instituto, y se creía un dios —expresó otro antes de reír efusivamente—. Y ahora solo es un pedazo de mierda.

Leonard se quedó allí, en su rincón oscuro del Bluebonnet, sintiéndose como el hombre más miserable del mundo. No solo había perdido a Mackenzie, sino también el respeto y la consideración de aquellos que lo rodeaban. Con la mirada clavada en el fondo de su vaso, Leonard se preguntó qué había hecho para merecer tanto desprecio y soledad.

CAPÍTULO 12

Rancho Moonlight,
una semana después

La tranquilidad y el silencio reinaban en la casa. Jenna y Leo habían ido al criadero de caballos Chapman para visitar a Hailey, la inseparable amiga de Jenna. A Leo no le entusiasmaba demasiado la idea, pero albergaba la esperanza de encontrarse con algún potrillo al que poder alimentar con biberón, recordando la última vez que había participado en la tarea gracias a Jared.

Mientras tanto, Mackenzie llevaba trabajando desde que se había levantado. A pesar de llevar apenas una semana en el rancho, empezaba a sentirse un poco más cómoda con el paso de los días. Sin embargo, aún se encontraba en proceso de adaptación a su nueva vida después de dejar atrás una relación tóxica.

Se encontraba en la cocina preparando la comida cuando la puerta se abrió de repente, dejando paso a Colt, que para su sorpresa estaba completamente cubierto de barro de pies a cabeza.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Mackenzie, sorprendida por su aspecto.

—Ese maldito caballo —respondió Colt airadamente mientras intentaba sacudir sus ropas embarradas—. Debería devolverlo al criadero —añadió con furia, antes de descubrir el charco que empezaba a formarse bajo sus pies—. Lo siento —se disculpó algo avergonzado.

—No te preocupes, yo me encargaré de limpiarlo —respondió Mackenzie volviendo su atención al guiso que estaba preparando, que burbujeaba en la olla—, además, para eso estoy aquí —añadió con una sonrisa, elevando su rostro para clavar su mirada en él, pero cuando vio lo que Colt hacía, no pudo evitar quedarse quieta como una estatua, con su mirada pegada a su cuerpo.

Colt desabotonó su camisa con dedos hábiles y se la quitó, tirándola al suelo. Su idea era quedarse en ropa interior para evitar ensuciar más. Sin embargo, al elevar su rostro descubrió el azoramiento en el rostro de Mackenzie y su determinación flaqueó. Detuvo sus movimientos y evaluó la situación.

Mackenzie, por su parte, se sintió incómoda al ser descubierta por Colt mirándole descaradamente y apartó la vista. Trató de mantener la compostura, pero su corazón latía con fuerza y su mente se llenaba de pensamientos confusos. No sabía cómo reaccionar ante la posibilidad de que Colt se quedara en ropa interior frente a ella.

—Lo siento, no quiero incomodarte —confesó él mientras recogía su camisa del suelo y se la volvía a colocar.

—¡Oh, por favor! No te preocupes, después de todo, esta es tu casa —respondió Mackenzie tratando de restar importancia al asunto, a pesar de que notaba su corazón acelerado.

—Bueno, pero ahora debemos convivir —replicó Colt con una sonrisa, dirigiéndose al cuarto de lavandería para cambiarse allí, aliviado de encontrar una pila de ropa limpia que ponerse en una estantería.

Mientras tanto, Mackenzie continuó con sus labores en la cocina, tratando de concentrarse en la tarea en lugar de en los pensamientos confusos que revoloteaban en su mente.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Colt, sobresaltándola cuando salió del cuarto completamente limpio, sosteniendo una fregona y dirigiéndose hacia la mancha marrón cerca de la puerta.

—Nada importante, solo estaba recordando aquella vez que vine de visita y terminé cayéndome en un charco de barro —confesó Mackenzie, ruborizada por el recuerdo.

Colt sonrió ampliamente al recordar la anécdota.

—¡Claro que sí! Y recuerdo haber tenido que ayudarte a salir de ahí. Estabas completamente cubierta de barro, ¡parecías un verdadero cerdito! —evocó Colt, riendo entre dientes con nostalgia.

Mackenzie sonrió ampliamente ante el comentario de Colt, disfrutando del recuerdo compartido. La tensión que se había acumulado en la cocina momentos antes pareció disiparse.

—¡Sí, fue un desastre total! —concedió Mackenzie, sacudiendo la cabeza con diversión —. Me tomó días quitarme todo el barro.

Colt asintió, con una chispa de complicidad en sus ojos.

—Tuve que persuadirte para que dejaras que te regara con la manguera. Te aferrabas a la idea de irte a casa tal cual estabas —añadió con una sonrisa.

—¡Sí, definitivamente no quería admitir la derrota! Pero gracias a ti, pude volver a casa sin parecer un espantapájaros —dijo, agradecida por el gesto de Colt entonces.

Ambos se dejaron llevar por la risa mientras evocaban aquel divertido incidente. Aunque habían pasado muchos años desde entonces, aquellos recuerdos compartidos los unían de una manera especial.

Después de unos momentos de risas y nostalgia, un silencio cómodo se apoderó de la cocina. Mackenzie y Colt se miraron por un instante, sus ojos reflejaban la complicidad y el cariño que habían compartido y que parecían haber olvidado con los años.

—Bueno, supongo que eso es lo que hacen los amigos, ¿no? Ayudarse mutuamente en los momentos difíciles —comentó Colt para romper el silencio.

—Sí, eso parece —afirmó Mackenzie, con una expresión de gratitud en sus ojos. Compartir aquellos recuerdos la ayudaba a sentirse más cómoda—. Supongo que algunas cosas nunca cambian, ¿verdad? —comentó con una sonrisa.

—¿A qué te refieres? —preguntó Colt confuso.

—Que parece que siempre estás dispuesto a ayudarme —replicó Mackenzie intentando contener la emoción.

—Bueno, algunos hábitos son difíciles de dejar, ¿no crees? —respondió Colt con una sonrisa cálida—. Y siempre estaré aquí para ti, Mackenzie. Siempre.

Las palabras de Colt resonaron en el aire, cargadas de sinceridad y afecto. Mackenzie se sintió abrumada por la ternura de aquel momento.

—Gracias, Colt —susurró, con la voz apenas audible pero llena de emoción—. Realmente aprecio todo lo que has hecho por mí.

Colt la observó con atención y sus ojos captaron el brillo rojizo de su melena, que caía en ondas suaves alrededor de su rostro. La luz del sol, que entraba por la ventana, se filtraba entre los mechones castaños, revelando destellos cobrizos que resaltaban la intensidad de sus ojos grises y fue como si la viera por primera vez. Confuso ante esa revelación, sacudió su cabeza e intentó disipar la intensidad que lo había atrapado.

Pero antes de que pudieran decir algo más, el sonido de pasos resonó en el porche, y poco después uno de los hombres del rancho entró en la cocina. Al parecer, necesitaban a Colt: una

vaca se había quedado atascada en un agujero que un animal había escarbado en el suelo.

—Bueno, parece que el deber me llama —comentó Colt con humor, sin poder evitar echar una última mirada a Mackenzie.

Finalmente se despidió con un gesto de sombrero y se apresuró a salir de la casa para atender la emergencia. Mackenzie le observó alejarse, sintiendo una mezcla de emociones que no pudo definir del todo.

***

Jenna y Leo regresaban al rancho después de pasar gran parte de la mañana en el criadero de caballos, sumergidos en el tranquilo murmullo de la naturaleza que los rodeaba. El crujir de las hojas bajo sus pies y el suave susurro del viento entre los árboles formaban una sinfonía serena que envolvía sus pensamientos.

Sin embargo, el silencio se rompió cuando Leo decidió hablar, expresando lo que llevaba tiempo revoloteando en su cabeza.

—Jenna, ¿cuándo vamos a volver a casa? —preguntó, con un toque de anhelo y esperanza en su voz.

—No lo sé —respondió Jenna, intentando evitar la cuestión, pero su hermano no parecía dispuesto a conformarse.

—Jenna, no sé qué está pasando —confesó Leo con frustración—. Pero extraño mucho a papá. Quiero volver —añadió con determinación.

Jenna se tensó al escuchar sus palabras, sintiendo un nudo en el estómago. Sabía que era momento de enfrentar la realidad, de decirle a Leo la verdad, aunque le pesara.

—Leo, cariño, no creo que volvamos a casa nunca más —respondió con suavidad, pero con firmeza.

Leo se detuvo y frunció el ceño. Una expresión de confusión y disgusto cruzó por su rostro mientras sus pequeñas manos formaban dos puños.

Jenna, al descubrir que su hermano se paraba en seco, hizo lo mismo, y clavó su mirada gris en él. Nuevamente sintió una opresión en el pecho, y deseó no tener que ser ella quien diera aquella explicación a Leo, pero las cosas habían surgido así.

—Leo, por favor… —intentó hablar, pero fue interrumpida de inmediato por el pequeño, que tenía su mirada clavada en su hermana con intensidad.

—¿Qué quieres decir con que no vamos a volver a casa? —preguntó con voz temblorosa.

Jenna tragó saliva, sintiendo el peso de sus palabras. Sabía que lo que iba a decir iba a dolerle a su hermano, pero era necesario.

—Lo siento, Leo, pero no podemos volver a casa. Papá… papá no es un buen hombre. No podemos seguir viviendo con él —explicó, luchando por mantener la compostura mientras veía la incredulidad en los ojos de Leo.

Una mezcla de emociones se reflejó en el rostro del pequeño: sorpresa, confusión, y finalmente, rabia.

—¡No puedes decir eso! ¡Papá nos quiere! ¡Nos necesita! —gritó Leo fuera de sí. Su voz sonaba temblorosa por la ira y la angustia.

Jenna cerró los ojos por un momento, sintiendo el peso abrumador de la responsabilidad que había recaído sobre sus hombros. Sabía que no podía cambiar la situación, pero eso no hacía que fuera más fácil.

—Lo siento, Leo. Pero es lo mejor para nosotros. Vamos a estar bien, te lo prometo —dijo, poniendo una mano reconfortante sobre el hombro de su hermano, aunque sabía que sus palabras no podían borrar el dolor que el niño sentía en esos momentos, el mismo que ella había tenido que enfrentar unos meses antes.

Leo apartó bruscamente la mano de Jenna y dio unos pasos hacia atrás, como si el simple contacto le quemara la piel. Su mirada, llena de desafío y confusión, se clavó en la de su hermana.

—¡No es verdad, eres una mentirosa! ¡Papá nos quiere! ¡Tú no entiendes nada! —gritó Leo con desesperación, sus palabras resonaron en el aire con una mezcla de inquietud y negación.

Jenna sintió un pinchazo en el corazón al ver la angustia de su hermano. Quería poder consolarlo, borrar sus miedos y calmar su dolor, pero sabía que no podía hacerlo sin enfrentar la realidad.

—Lo siento, Leo, pero necesitas entender que nuestro padre… —intentó explicar Jenna, pero Leo la interrumpió con un gesto brusco de rechazo.

—¡No quiero escucharte! —gritó nuevamente Leo, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas.

Jenna se mordió el labio inferior, sintiendo un nudo en la garganta. Las palabras hirientes de Leo resonaban en su mente, y aunque intentaba empatizar con él, recordaba perfectamente las noches de miedo y los días de sufrimiento que había vivido bajo el mismo techo que su padre cuando agredía a su madre, algo a lo que Leo era completamente ajeno.

—Lo siento, pero no podemos volver. No podemos seguir viviendo con él —repitió Jenna, con la voz quebrada por la emoción.

—Me parece bien que tú no quieras, pero yo sí quiero —afirmó Leo vehemente.

—Él no sabría cuidarte como lo hace mamá —intentó explicar Jenna.

—No lo necesito, yo ya soy mayor —dijo Leo con prepotencia.

—Sí, claro, y por eso tienes que dormircon una luz encendida —rebatió Jenna.

Leo la miró con resentimiento y dolor, pero finalmente asintió con resignación. Sabía que no podía luchar contra las decisiones de los adultos, por más que quisiera.

—Está bien. Pero no pienso quedarme aquí para siempre. Voy a encontrar una manera de volver a casa, con o sin tu ayuda —dijo Leo con determinación, antes de darse la vuelta y continuar caminando en silencio hacia el rancho.

Jenna lo observó alejarse con el corazón encogido, deseando poder proteger a su hermano de todo mal, pero sabiendo que a veces la única forma de hacerlo era dejando que se diera de bruces contra la realidad.

CAPÍTULO 13

Serene Falls,
viernes noche

Erin recogió los platos con delicadeza, preparándose para servir el postre que había preparado con esmero, mientras sus padres, Greta y Rudolf, aguardaban con paciencia, sentados alrededor de la mesa de la cocina. La calidez del hogar se manifestaba en la atmósfera acogedora que envolvía la habitación, impregnada del aroma tentador de la comida casera que había llenado la estancia durante la cena.

Greta y Rudolf charlaban animadamente sobre sus actividades diarias, compartiendo anécdotas y risas como era habitual cada noche. A pesar de haberse jubilado muchos años atrás, seguían siendo una pareja activa y vital que disfrutaba de cada momento juntos como si fuera el primero.

Erin sonrió mientras escuchaba a sus padres, sintiendo un profundo amor y gratitud por ellos. A pesar de ser mayores cuando la tuvieron, siempre la habían cuidado con cariño y dedicación, y ahora era su turno de devolverles tanta bondad. Mientras colocaba los platos de postre sobre la mesa, se sintió agradecida por tener una familia tan maravillosa y unida.

—¿Y qué tienes planeado hacer hoy, cariño? —preguntó Greta, la madre de Erin, con una sonrisa dulce.

Erin devolvió la sonrisa y respondió con entusiasmo:

—Hoy tengo el día libre, así que he quedado con April en el Bluebonnet. Vamos a tomar algo y ponernos al día —confesó mientras servía a sus padres una porción de tarta de queso.

—Dale saludos a April de nuestra parte —dijo Greta afectuosa—. Hace mucho que no la vemos y nos encantaría saber cómo está.

—Erin, asegúrate de tener cuidado —intervino Rudolf con expresión preocupada—, no me gusta la idea de que vayáis solas a un bar. Trata de no quedarte hasta muy tarde y mantén los ojos bien abiertos, hay mucho depravado por ahí suelto.

—Lo prometo, papá. Estaremos atentas y nos mantendremos seguras. Y no te preocupes, April y yo siempre nos cuidamos mutuamente.

Con un suspiro resignado, Rudolf asintió, confiando en las habilidades de Erin para mantenerse a salvo. Aunque aún le preocupaba, sabía que no podía detenerla y confiaba en que tomaría las precauciones necesarias.

Una hora después, Erin se había arreglado con cuidado, optando por un conjunto cómodo para la ocasión. Se puso unos vaqueros ajustados que realzaban su figura con sencillez y comodidad, combinados con una camisa de algodón suave de color azul y una chaqueta de cuero desgastado que le daba un toque de estilo sin esfuerzo.

En lugar de zapatos de tacón, eligió unas botas vaqueras clásicas de color marrón. Por último, un toque ligero de maquillaje realzaba su belleza natural sin sobrecargar su rostro, y su cabello rubio estaba suelto y ligeramente ondulado, creando un aspecto casual pero atractivo.

Con un último vistazo al espejo para asegurarse de que todo estaba en su lugar, Erin salió por la puerta con paso confiado, lista para disfrutar de una noche en el Bluebonnet junto a su

mejor amiga.

El aire fresco de la noche acariciaba su rostro mientras se dirigía hacia su Jeep Wrangler, estacionado en la calle. Con un suspiro de anticipación, Erin abrió la puerta del conductor y se deslizó dentro del automóvil.

Se ajustó el cinturón de seguridad, sintiendo la emoción palpitar en su pecho. Poco después, el ronroneo del motor llenó el aire, y con un suave giro del volante, Erin se alejó de la casa.

Una vez en la carretera, disfrutó de la brisa fresca que entraba por la ventanilla mientras se dirigía hacia el Bluebonnet. Sin embargo, su buen ánimo se vio interrumpido cuando, al detenerse en un semáforo, su pie resbaló del pedal y chocó ligeramente contra el automóvil que tenía delante.

Un suspiro frustrado escapó de los labios de Erin mientras observaba con horror cómo el conductor del otro vehículo se bajaba para inspeccionar los daños. Para su sorpresa, el hombre no era otro que Jt Carpenter.

Erin maldijo en voz baja su mala suerte mientras se preparaba para enfrentarse al tozudo capataz del rancho Moonlight, con el que había tenido que lidiar en un par de ocasiones. Aquel hombre tenía la capacidad de exasperarla con su sola presencia, ya que desde que se habían conocido no había hecho otra cosa que dudar de su profesionalidad como veterinaria.

Con determinación, Erin salió del Jeep y se acercó al hombre que examinaba los daños. Jt levantó la mirada al escuchar sus pasos y sus ojos se encontraron con los de ella en un momento de reconocimiento mutuo.

Jt examinó a Erin con atención, y un fugaz atisbo de admiración cruzó por sus ojos al verla arreglada. Era la primera vez que la joven le mostraba su larga melena suelta y todas sus curvas con aquella ropa ajustada. Sin embargo, en lugar de expresar algún cumplido, adoptó una postura desagradable.

—¿No sabes dónde está el pedal del freno? —expresó ceñudo. —Erin se preparó para responder airadamente a sus palabras, pero fue interrumpida por la voz firme de Jt—. Me has dejado el faro hecho un cromo —continuó con un tono de voz que dejaba entrever su irritación.

Un escalofrío recorrió la espalda de Erin ante el tono brusco del rudo vaquero, y una mirada de indignación cruzó por su rostro. Decidida a no tolerar la actitud despectiva de Jt, Erin respondió con firmeza:

—¿Sabes qué? No necesito tu condescendencia. Fue un accidente, y si tienes algún problema con eso, puedes hablar con mi seguro.

Con esas palabras, Erin se dio la vuelta y comenzó a alejarse, dejando a Jt desconcertado y sin palabras. Su determinación y su negativa a dejarse intimidar por él lo dejaron sorprendido, mientras observaba cómo se marchaba con paso firme.

Erin no miró hacia atrás, decidida a no dejar que la actitud del capataz arruinara su noche. A pesar del encuentro desagradable con aquel hombre, estaba decidida a disfrutar de su tiempo en el Bluebonnet junto a su mejor amiga, dejando a Jt atrás.

Finalmente, tras conducir unos minutos más, llegó al bar, aparcó y entró al local con paso rápido.

—¡April! —exclamó Erin, acercándose con una deslumbrante sonrisa en sus labios—. ¡Ya estoy aquí!

April levantó la vista y al ver a su amiga no dudó en dejar su silla y achucharla en un fuerte abrazo. Hacía semanas que no se veían y la había extrañado. Era complicado coincidir,

entre los horarios de Erin y que April trabajaba en San Antonio y solo se podía escapar a Serene Falls algunos fines de semana.

—¡Qué ganas tenía de verte! —afirmó April emocionada—. Pero llegas tarde.

—Lo siento, es que he tenido un pequeño problema con el coche de camino aquí. ¿Qué tal ha sido tu día?

—¿Es grave? —preguntó April preocupada.

—No, le di un pequeño golpe sin importancia en un semáforo, pero no le hice nada, apenas lo rocé —afirmó Erin segura.

—Bueno, pues si no fue nada, no le demos más vueltas. ¿Quieres una cerveza? —preguntó April mientras hacía un gesto con su mano al camarero.

Las dos amigas comenzaron a charlar animadamente, disfrutando de la atmósfera acogedora del Bluebonnet y dejando atrás los problemas de una larga semana. Sin embargo, en lo más profundo de su mente, Erin seguía lamentando su mala suerte mientras esperaba que la noche mejorara.

Jt Carpenter entró en el Bluebonnet con paso firme y la mandíbula tensa, aún molesto por el incidente con la veterinaria. El recuento era un faro roto y un pequeño abollón que había descubierto en el parachoques de la *pick up* del rancho. Sabía que Colt no le diría nada, pero no le apetecía en absoluto tener que dar explicaciones a su jefe cuando él no había tenido culpa del percance.

Se dirigió directamente a la barra y saludó a Oliver, el dueño del Bluebonnet, con quien ya tenía cierta confianza. Con un gesto de la mano, pidió una cerveza mientras oteaba el local en busca de un sitio tranquilo donde sentarse. Sin embargo, su mirada se detuvo bruscamente cuando divisó a Erin conversando animadamente con otra chica en una mesa cercana. Un destello de molestia cruzó por sus ojos antes de que pudiera ocultarlo.

—¿Qué te sucede? —preguntó Oliver al ver la expresión molesta del hombre.

—Nada —mintió Jt con un tono poco convincente, sintiendo que la tensión se apoderaba de su cuerpo.

—Vamos, Jt, creo que ya nos conocemos —replicó Oliver insistente.

Jt lanzó un suspiro resignado y finalmente confesó.

—He tenido un pequeño percance con el coche cuando venía hacia aquí, pero no es nada grave —respondió, tratando de restar importancia al asunto—. Nada de qué preocuparse.

—Pues más bien parece que una apisonadora pasó por encima de tu coche —dijo Oliver con humor—. Bueno, aquí tienes tu cerveza. Si necesitas algo más, ya sabes dónde encontrarme —ofreció Oliver con una sonrisa.

Jt asintió con un gesto de cabeza y dio el primer sorbo a su cerveza, intentando aclarar su mente. Había ido hasta allí para despejarse y era lo que tenía pensado hacer, y con esa resolución se giró para dar la espalda a Erin, que en ese momento se percataba de su presencia.

Erin apretó los labios con determinación y desvió la mirada cuando descubrió a Jt sentado en uno de los taburetes de la barra. Estaba decidida a ignorar su presencia, cuando April silbó sonoramente a su lado.

—¿Quién es ese vaquero? —preguntó su amiga a nadie en concreto.

—¿En serio, April? —cuestionó Erin molesta—. No podías haberte fijado en nadie más odioso —aseveró rotunda.

—Entonces, ¿le conoces? —preguntó su amiga sorprendida.

—Es el tipo del coche —confesó Erin mientras se cruzaba de brazos.

—¿De verdad? Pues está como un queso —afirmó April mientras se mordía el labio inferior—. ¿Quieres que rellene yo el parte para el seguro? —se ofreció, divertida con la situación.

—¡April! —exclamó Erin molesta con la actitud de su amiga.

Mientras tanto, Jt, ajeno al intercambio entre Erin y April, se concentraba en su cerveza, intentando mantener la mente en blanco. Sabía que no sería fácil, especialmente con Erin a pocos metros de distancia, pero estaba decidido a disfrutar de su noche libre sin dejar que nada lo perturbara. Con un suspiro, se relajó en su asiento y dejó que el murmullo del bar lo envolviera.

***

Rancho Moonlight

En medio de la noche, cuando el silencio envolvía la casa, Jenna yacía despierta en su cama, incapaz de dormir. Las sombras se movían por las paredes, proyectadas por la tenue luz de la luna que se filtraba por la ventana entreabierta. Los pensamientos revoloteaban en su mente, manteniéndola despierta con su persistente zumbido.

Finalmente, incapaz de soportar más la inquietud, Jenna se levantó de la cama con movimientos silenciosos para no despertar a Leo, que dormía en la cama de al lado, y salió del cuarto. Atravesó el pasillo en penumbra hasta llegar a la habitación de su madre, cuya respiración indicaba que estaba dormida.

Mackenzie yacía en la cama, con una expresión serena en el rostro. Sin querer perturbar su sueño, Jenna se deslizó con cuidado bajo las sábanas y se acurrucó junto a ella, buscando consuelo en el calor de su cuerpo, como cuando era más pequeña y tenía una pesadilla.

Mackenzie se despertó al sentir que invadían su cama, pero cuando el olor del cabello de Jenna llegó a sus fosas nasales, una sonrisa se formó en sus labios y no pudo evitar posar sus labios sobre la coronilla de la niña en un gesto tierno.

—Jenna, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó Mackenzie adormilada.

—No puedo dormir, mamá —susurró Jenna contra la almohada.

—Oh, cariño, ¿qué te preocupa? —interrogó Mackenzie poniéndose en alerta.

Jenna vaciló por un momento, sintiendo el peso de lo que estaba a punto de confesar. Pero finalmente reunió el coraje para hacerlo.

—Se trata de Leo —confesó Jenna finalmente.

—¿Qué pasa con Leo? —dijo Mackenzie con preocupación.

Jenna sollozó en silencio por un momento antes de encontrar la voz para confesarle a su madre la conversación que había mantenido con su hermano aquella misma mañana.

Mackenzie sintió un nudo en la garganta al escuchar las palabras de su hija. Lo único que pudo hacer fue envolver a Jenna en un abrazo reconfortante. Se culpaba a sí misma por haber permitido que Jenna cargara con esa responsabilidad, cuando aún era solo una niña. No había encontrado el momento ni el valor para hablar con Leo sobre ese asunto, y ahora lamentaba profundamente su indecisión.

—Cielo, lo siento tanto —susurró Mackenzie con la voz entrecortada, luchando por contener sus propias emociones mientras acunaba a Jenna entre sus brazos.

Jenna se aferró al abrazo reconfortante de su madre, encontrando algo de consuelo en su calidez y ternura. Sabía que había puesto una nueva carga sobre sus hombros, pero no le había

quedado más remedio.

—No es tu culpa, mamá —murmuró, tratando de calmar los demonios que seguro ya acechaban a su madre.

Mackenzie apartó suavemente el cabello del rostro de Jenna y la miró con ojos llenos de compasión y amor maternal.

—Ni tuya, la situación es así—dijo Mackenzie con voz suave—. Pero vamos a encontrar la manera de ayudarlo. No lo hemos abandonado, solo estamos tratando de protegerlo —aseguró Mackenzie con determinación.

CAPÍTULO 14

Rancho Moonlight,
al día siguiente

Mackenzie buscó a Leo por todo el rancho, con la idea de hablar con él de lo que parecía angustiarle. Finalmente, lo encontró en el granero, rodeado de los gatitos que habían nacido unos días antes. Leo estaba sentado en un montón de paja, con los brazos cruzados y una expresión de enfado en el rostro.

—Hola, Leo —saludó Mackenzie con suavidad, acercándose con cautela al niño.
Leo levantó la mirada al escuchar la voz de su madre, pero no dijo nada. Su ceño fruncido y su postura tensa dejaban en claro que estaba molesto—. ¿Qué estás haciendo aquí, cariño? —preguntó Mackenzie mientras se sentaba a su lado, con cuidado de no asustar a los gatitos.

Leo suspiró, pero no respondió de inmediato. Mackenzie esperó pacientemente, dándole espacio para expresarse cuando estuviera listo.

Finalmente, Leo habló con voz apagada, sin mirar a su madre.

—Solo necesitaba tiempo a solas. No quiero hablar con nadie.

Mackenzie asintió con comprensión, respetando el deseo de Leo de estar solo por un momento. Sin embargo, sabía que no podía dejar las cosas así.

—Lo entiendo, Leo, pero quiero hablar contigo sobre algo importante —dijo Mackenzie con suavidad, poniendo una mano reconfortante sobre el hombro de su hijo.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó con curiosidad, aunque su tono seguía siendo un poco hosco.

Mackenzie inhaló profundamente, preparándose para abordar el difícil asunto.

—Quiero hablar contigo sobre papá y yo —comenzó, eligiendo sus palabras con cuidado —. Ya sabes que las cosas entre nosotros no han estado bien últimamente, y… bueno, hemos decidido tomar caminos separados.

Leo levantó la mirada, sorprendido por la revelación de su madre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con incredulidad.

Mackenzie se esforzó por explicar la situación de una manera que Leo pudiera entender sin sentirse culpable o presionado.

—Significa que papá y yo ya no nos queremos de la misma manera que solíamos hacerlo —explicó Mackenzie con ternura—. A veces, las personas cambian y los sentimientos también. No es culpa de nadie, simplemente… el amor se ha terminado.

Leo asintió lentamente, procesando la información en silencio. Mackenzie le dio tiempo para reflexionar, sabiendo que estas conversaciones no eran fáciles para un niño de su edad.

—¿Es como cuando me enfado con Luke y ya no quiero ser su amigo? —preguntó Leo finalmente, buscando un símil para entender la situación.

Mackenzie asintió, aliviada de que Leo pudiera entenderlo de esa manera.

—Exactamente, cariño. A veces, las relaciones cambian, y es importante aceptarlo para poder seguir adelante —respondió Mackenzie con una sonrisa reconfortante.

Leo asintió, parecía más tranquilo ahora que entendía un poco mejor lo que estaba

sucediendo a su alrededor. Mackenzie le dio un abrazo cálido, haciéndole saber que siempre estaría allí para él, pasara lo que pasara.

—Gracias, mamá, te quiero ——confesó en un suave murmullo.

—Y yo a ti, mi vida —replicó ella, besando el suave pelo del niño.

Colt, testigo involuntario de la situación, se había quedado parado en el umbral del granero, observando en silencio la escena con una mezcla de emociones. La suavidad en la voz de Mackenzie y la angustia en los ojos de Leo resonaban en su corazón de una manera que lo conmovía profundamente.

Una sensación de profundo respeto lo invadió mientras observaba desde la distancia. Admiraba la fuerza y el amor de Mackenzie, su capacidad para mantener la calma y ofrecer consuelo en medio de la adversidad. Era evidente que cada palabra que pronunciaba estaba impregnada de un amor inquebrantable por su hijo, y eso tocaba una fibra sensible en el corazón de Colt.

Con pasos suaves, se retiró lentamente, sin querer interrumpir el momento de conexión entre madre e hijo. Cada paso que daba hacia atrás estaba impregnado de admiración por aquella mujer. A pesar de los golpes que le había dado la vida, ella se había convertido en una roca en la que sus hijos podían aferrarse y eso le demostraba su coraje y valor.

***

Serene Falls

Tricia y Lucien se encontraban en su apartamento encima del Bar Bluebonnet, preparándose para asistir a la barbacoa en el rancho Bale. Apenas llevaban unos días en el pueblo, y aunque Tricia hubiera preferido retrasar un poco más el encuentro con su familia, su madre había insistido y no había podido decirle que no.

A diferencia de Tricia, Lucien estaba emocionado por la perspectiva de pasar tiempo con la familia de su pareja, aunque ella no compartía su emoción.

Mientras se arreglaban, Tricia no pudo evitar expresar sus preocupaciones.

—¿Estás seguro de que quieres ir? Mis hermanos pueden ser bastante... intensos —dijo con tono de duda en su voz.

Lucien sonrió divertido y le dio un beso en la frente.

—No te preocupes, cariño. Estoy seguro de que nos llevaremos bien. Además, quiero conocerte mejor, y eso incluye a tu familia, por muy intensa que sea —respondió con seguridad.

Tricia devolvió la sonrisa, agradecida por la comprensión que mostraba Lucien. A pesar de las dudas que la asaltaban, se sentía reconfortada por la confianza que él depositaba en ella.

Después de arreglarse, salieron juntos hacia el rancho Bale, donde la barbacoa estaba en pleno apogeo. Al llegar, fueron recibidos por el bullicio de la familia y el delicioso aroma de la carne asada a la parrilla.

Tricia se encaminó hacia la cocina para echar una mano a su madre y poco después regresó con unas ensaladas frescas que dispuso sobre la mesa. Al levantar la vista, descubrió a sus hermanos rodeando a Lucien, lo que la instó a acercarse sin titubear.

—¿Qué ocurre aquí? —inquirió Tricia, lanzando una mirada inquisitiva a sus hermanos, preocupada de que hubieran hecho alguna de las suyas.

—Nada en absoluto —respondió Michael, alzando las manos en señal de inocencia—.

Solo estábamos charlando —añadió con una sonrisa traviesa.

—Le estábamos comentando a tu novio lo valiente que ha sido al adentrarse en el territorio de los Bale. ¿Tiene eso algo de malo? —preguntó Zachary, arqueando su espesa ceja derecha.

Tricia frunció ligeramente el ceño, aunque en realidad no tenía nada que reprochar a sus hermanos. Al menos por el momento no habían molestado a Lucien. Sin embargo, también era consciente de que ella ya no era una adolescente, ni su pareja un jovencito inexperto. El tiempo había pasado y esperaba que sus hermanos, mayores que ella, hubieran madurado y dejado atrás las bromas pesadas que habían hecho en el pasado a sus escasas parejas.

—No, no tiene nada de malo —respondió a la pregunta de Zachary.

—¿Y tú qué piensas, Lucien? —intervino Michael— ¿Te sientes valiente o temerario por venir aquí y enfrentarte a la familia Bale al completo? —preguntó con una chispa vivaracha en los ojos.

Lucien rio suavemente antes de responder:

—Diría que un poco de ambos. Pero definitivamente vale la pena estar aquí, especialmente si significa estar con Tricia y conocer a su familia.

Tricia sintió un cálido cosquilleo en el pecho al escuchar las palabras de Lucien. Luego clavó su mirada en sus hermanos, quienes parecían satisfechos con la respuesta de su invitado.

—¡Todo el mundo a la mesa! —resonó la voz de la madre de Tricia, anunciando la llegada de la cena. Con destreza, su marido había preparado una bandeja repleta de jugosas costillas que despedían un tentador aroma a parrilla.

Los miembros de la extensa familia Bale, incluidos tíos, tías y primos, se acomodaron alrededor de la espaciosa mesa en el porche trasero, dispuestos a deleitarse con el festín. El ambiente rebosaba de alegría y camaradería mientras todos compartían anécdotas y risas, sumergidos en la completa armonía que caracterizaba a los encuentros familiares.

Con el trasfondo de conversaciones amenas, el aire se llenaba de la deliciosa fragancia de la comida y la calidez de las relaciones familiares. Tricia, poco a poco, se dejó llevar por la serenidad del momento, sintiendo cómo la tensión se disipaba con cada bocado compartido.

La noche avanzaba entre charlas animadas y risas contagiosas, y Tricia se encontraba cada vez más agradecida por el apoyo y la aceptación que su familia brindaba a Lucien. En medio de la cena, encontró un refugio de calma y seguridad, donde los lazos familiares se fortalecían y las preocupaciones se desvanecían.

A medida que la noche avanzaba, las estrellas comenzaron a brillar en el cielo oscuro, creando un telón de fondo mágico para la velada. Tricia se recostó en su silla, sintiendo una profunda sensación de felicidad y gratitud por el momento presente.

Mientras compartían el postre y las últimas risas, se dio cuenta de que aquellos momentos de conexión y amor eran los que realmente importaban en la vida. Y con Lucien a su lado, sabía que tenía todo lo que necesitaba para ser feliz.

CAPÍTULO 15

Serene Falls

Brianna y Erin estaban sentadas en la sala de espera de la clínica, disfrutando de una taza de café mientras charlaban animadamente. El ambiente era sereno, interrumpido solo por el sonido ocasional de voces distantes en el exterior y el suave murmullo de la música que sonaba de fondo.

Brianna sonrió con melancolía mientras llevaba la taza a sus labios y tomaba un sorbo del líquido caliente.

—No puedo creer que finalmente hayamos encontrado tiempo para tomarnos un café juntas. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez, lo echaba de menos —confesó Brianna con un tono nostálgico en su voz.

Erin asintió, compartiendo el sentimiento.

—Sí, yo también lo he echado de menos. Pero con todas las responsabilidades que tienes, no es de extrañar que apenas puedas encontrar un momento libre.

—Es verdad, aunque no tengo excusa. Desde que Jared está en el criadero de caballos, tengo más tiempo para mí misma. ¿Y tú, cómo has estado? ¿Qué ha pasado con ese tal Steven? ¿O era Kevin? —preguntó Brianna intrigada.

Erin suspiró, encogiéndose de hombros ligeramente.

—Se llamaba Kevin —replicó Erin con humor—. Y la verdad que es que decidimos dejar de vernos. Vivimos muy lejos el uno del otro y ambos estamos demasiado ocupados con nuestras vidas y responsabilidades —explicó Erin, desviando la mirada hacia su café con gesto pensativo.

—Lo entiendo —dijo Brianna comprensiva—, pero deberías permitir que el amor entre en tu vida y te sorprenda. Te lo digo por experiencia propia. —Brianna percibió la mirada inquisitiva de Erin y le devolvió una sonrisa, consciente de que su comentario había despertado el interés de la joven—. Lo que quiero decir es que, a veces, el amor puede aparecer en los momentos más inesperados. Yo misma pensé que estaba demasiado ocupada con la clínica y mis responsabilidades para preocuparme por el amor, pero Jared me hizo cambiar de opinión —confesó Brianna, con un brillo de emoción en sus ojos.

Justo en ese momento, la puerta de la clínica se abrió y Jt Carpenter entró con paso firme. Brianna y Erin lo observaron con cierta curiosidad cuando el hombre se detuvo frente a ellas.

—Jt, ¿qué sucede? ¿Has venido a hablar conmigo? —preguntó Brianna, sorprendida, pensando que podría tratarse de algún asunto relacionado con su trabajo en el rancho Moonlight. Esperaba que no hubiera surgido algún problema entre él y Jared.

—No, Brianna, gracias. La verdad es que vengo a hablar con Erin —confesó Jt, clavando su mirada en la joven, quien levantó la vista para encontrarse con sus ojos.

Erin se quedó atónita cuando escuchó las palabras de Jt. Había sido testigo de los intentos de Jt por conquistar a Brianna en el pasado, lo que hacía que la idea de que quisiera hablar con ella fuera aún más desconcertante. Las posibilidades giraban en su cabeza mientras observaba la expresión decidida en el rostro de Jt, sintiendo una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—Claro, por supuesto —replicó Brianna algo confusa—. Pues os dejo, voy a mi

despacho para hacer unas llamadas —añadió antes de levantarse de su asiento y encaminarse hacia el pasillo.

—¿Qué quieres? —preguntó Erin mientras abandonaba la silla que había ocupado hasta el momento para enfrentarse a él en igualdad de condiciones.

—He venido a hablar sobre lo que sucedió el otro día en el semáforo. Necesito que me des tus datos —respondió Jt con voz molesta.

Erin arqueó una ceja, evaluando la situación, y decidió cambiar el tono de la conversación:

—¿Es esta una estratagema para conseguir mi número? —preguntó en tono ligero, con un dejo de sarcasmo en su voz. Observó cómo el ceño de Jt se fruncía ante su comentario.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad? —replicó Jt, cruzando los brazos sobre su pecho con evidente molestia.

—Eso depende de cómo lo veas —respondió Erin con una sonrisa juguetona, desafiando la seriedad de Jt.

La expresión de Jt se suavizó ligeramente ante el destello travieso en los ojos de Erin. A su pesar, no pudo evitar notar que era una joven realmente bonita cuando se relajaba y se mostraba divertida.

—Bien, entonces, ¿me vas a dar tus datos o no? —preguntó Jt, intentando mantener su compostura.

—Depende —replicó Erin, que parecía estar disfrutando con la situación.

—¿De qué? —preguntó Jt, perdiendo la escasa paciencia que le quedaba.

—De que me prometas que vas a empezar a ser más amable conmigo.

—¡¿Qué?! —boqueó Jt incrédulo.

—Bueno, tienes que reconocer que desde que nos conocemos no has sido precisamente un caballero.

Jt frunció el ceño, sintiendo un leve golpe a su orgullo. No había considerado que su comportamiento pudiera ser interpretado de esa manera. Respiró profundamente, tratando de mantener la compostura antes de hablar.

—Está bien, Erin, lo siento —se disculpó con evidente esfuerzo—. Te prometo que intentaré ser más amable a partir de ahora —añadió.

Erin le observó durante un momento, evaluando su sinceridad, antes de asentir con una pequeña sonrisa.

—Bueno, en ese caso, supongo que puedo darte mis datos —dijo Erin con calma, mientras sacaba una pequeña libreta y un bolígrafo del bolsillo de la bata blanca que cubría su uniforme rosado. Garabateó unas letras antes de arrancar el papel y tendérselo a él con un gesto deliberado—. Pero espero que cumplas tu promesa —añadió con firmeza, con su mirada fija en la de Jt, buscando asegurarse de que entendía la importancia de su compromiso.

Jt aceptó el papel con una ligera inclinación de cabeza y luego lo guardó en el bolsillo de su camisa mientras asentía con solemnidad.

—Lo prometo —respondió Jt, con una determinación renovada en su voz.

La atmósfera entre ellos se suavizó, y por un momento, parecieron encontrar un equilibrio. Después de intercambiar unas palabras más, se despidieron con un gesto de cabeza y Erin regresó a su asiento, mientras Jt salía de la clínica con un nuevo propósito en mente: ser más amable con Erin en el futuro.

***

Serene Falls

Harper terminó de colocar los últimos detalles en la mesa y revisó las pizzas caseras que había metido en el horno apenas unos momentos antes. Aquella noche prometía ser especial; había organizado una cena de chicas para dar la bienvenida a Tricia, quien había regresado unos días antes de su viaje a Seattle y estaba ansiosa por someterla a un interrogatorio de tercer grado.

Mientras abría la botella de vino blanco que había estado enfriando, el sonido del timbre la sobresaltó, y se dirigió rápidamente hacia la entrada. Al abrir la puerta, se encontró con Tricia, Brianna y Mackenzie.

—¿Hemos llegado demasiado pronto? —preguntó Tricia, con una sonrisa.

—No, ni pronto ni tarde, justo a tiempo —respondió Harper, apartándose para dejar entrar a sus amigas, quienes la siguieron hacia el salón—. ¡Qué alegría teneros aquí! —exclamó emocionada—. No recuerdo cuándo fue la última vez que tuvimos una noche de chicas. ¿Qué os parece un poco de vino para empezar?

—¡Por supuesto! —respondió Tricia animada—. ¡El vino siempre es una buena idea! ¿Te ayudo? —se ofreció.

—Sí, o de lo contrario seguro que rompo una copa —bromeó Harper antes de salir del salón junto a Tricia para buscar las bebidas.

Brianna notó la preocupación evidente reflejada en el rostro de Mackenzie, así que no dudó en acercarse a ella y colocar el brazo sobre sus hombros antes de abrazarla contra su costado.

—¿Estás bien, Mackenzie? —preguntó con dulzura.

—Sí, sí, estoy bien —respondió Mackenzie con una sonrisa forzada—. Solo me siento un poco culpable por dejar a los niños con Jared esta noche. No debería haber aceptado su oferta tan fácilmente.

—Oh, no te preocupes por eso—afirmó Brianna con firmeza—. Jared adora a los niños y está más que feliz de cuidarlos. Además, todos necesitamos un descanso de vez en cuando.

—¿De verdad? —dudó Mackenzie, mostrando la inseguridad en su voz.

—Por supuesto, además, por Jenna y Hailey no tienes que preocuparte; ya sabes que esas dos se apañan muy bien solas —añadió Brianna con humor, guiñándole un ojo cómplice.

En ese momento, Harper y Tricia regresaron con una botella de vino y unas copas, y las amigas se acomodaron en los sofás, listas para disfrutar de una charla informal acompañada de un vino bien frío.

—Bueno, cuéntanos cómo te fue en Seattle —preguntó Harper directa—. ¿Cómo es la familia de Lucien? —agregó.

—Vaya interrogatorio, Harper —respondió Tricia con una sonrisa juguetona—. Pero bueno, en realidad lo pasé genial en Seattle. Lucien me llevó a lugares fuera de los circuitos turísticos, lo que hizo que la experiencia fuera aún más especial. Y sobre su familia, solo puedo decir que me recibieron con calidez y hospitalidad. Mark y Evelyn, los padres de Lucien, fueron increíblemente acogedores desde el momento en que crucé su puerta.

—¿Y qué me dices de su hermana? —preguntó Brianna, con interés genuino.

—Victoria fue toda una sorpresa. Aunque al principio su apariencia podría ser intimidante por su belleza y sofisticación, resultó ser una persona muy amable y divertida. Nos

llevamos muy bien y compartimos risas y confidencias. Pero basta de mí, hablemos de Liam y Jared —dijo Tricia, cambiando de tema con una mirada traviesa hacia Brianna y Harper.

La conversación siguió fluyendo entre las amigas, compartiendo anécdotas y risas mientras saboreaban el vino y disfrutaban de la compañía mutua. Sin embargo, Tricia no pudo evitar notar la sombra que oscurecía el semblante de Mackenzie. La preocupación por su amiga creció dentro de ella como una flor en primavera, y finalmente, decidió abordar el tema con delicadeza.

—Mackenzie, querida, ¿estás bien? —preguntó Tricia con un tono suave y compasivo, su mano reposando con ternura sobre el brazo de su amiga.

La mujer se estremeció ligeramente ante el contacto, pero luego suspiró con una mezcla de alivio y resignación.

—Sí, claro —replicó Mackenzie escuetamente.

—Vamos, cielo, somos tus amigas —insistió Harper con la misma preocupación que mostró Tricia.

—Lo siento, pero no quiero estropear la noche con mis problemas —murmuró, desviando la mirada hacia el suelo.

—Tú nunca estropearías nada—afirmó Brianna rotunda—. Y si algo te está afectando, quiero que sepas que siempre puedes compartirlo con nosotras. Somos tu familia también —respondió con sinceridad.

Mackenzie se mordió el labio inferior, luchando contra la marea de emociones que amenazaban desbordarse.

—Es solo que... antes de tomar la decisión de separarme, me sentía como una prisionera. No solo de Leonard, sino de mí misma. Estaba tan atrapada en mis propias dudas y miedos que no podía ver una salida. Pero ahora... ahora me siento viva de nuevo, como si finalmente estuviera despertando de un largo sueño. Y quiero explorar lo que significa vivir de verdad —confesó Mackenzie en voz baja, sus palabras resonaron con una mezcla de vulnerabilidad y determinación.

Tricia la miró con admiración y cariño, su corazón lleno de comprensión y apoyo incondicional.

—Mackenzie, eres valiente y fuerte. Y estaremos aquí para ti en cada paso del camino, mientras descubres todo lo que la vida tiene para ofrecerte —aseguró Tricia con ternura, renovando el compromiso de amistad que las unía.

Mackenzie asintió con gratitud, sintiendo el peso de sus preocupaciones disiparse en el cálido abrazo de la amistad. Juntas, las amigas continuaron compartiendo risas y conversaciones, fortalecidas por el lazo indestructible que siempre las había unido.

CAPÍTULO 16

Rancho Moonlight,
unos días después

Aquel sábado, el día despertó con una energía diferente. Jared y Brianna llegaron temprano junto a Hailey, con una propuesta emocionante en mente: llevar a los niños a un centro comercial en San Antonio para pasar el día de compras y luego disfrutar de una tarde de cine. Leo y Jenna, con los ojos brillantes de anticipación, esperaban impacientes la respuesta de su madre.

—Oh, vamos, Mackenzie —intervino Brianna, con una sonrisa animada—. Creo que a los niños les vendría bien distraerse un poco y pasar tiempo juntos fuera de casa.

Mackenzie dudaba, indecisa sobre si era oportuno aceptar la invitación dadas las circunstancias. Sin embargo, al ver la emoción reflejada en los rostros de los niños, y tras un breve momento de reflexión, decidió unirse al entusiasmo generalizado y aceptar.

—Creo que tienes razón —dijo con una sonrisa—. Será bueno para ellos salir un poco y disfrutar de un día diferente.

—Genial, entonces estamos todos de acuerdo —dijo Jared con una sonrisa—. Hailey, ¿puedes encargarte de hacer las reservas para el cine?

Hailey asintió emocionada, sintiéndose importante por ser parte del plan.

—¡Por supuesto! ¡Lo haré enseguida! —exclamó mientras aceptaba el teléfono que su hermana le entregaba.

—¿Por qué no te vienes tú también? —ofreció Brianna, pensando que a su amiga no le vendría mal un poco de aire fresco.

—No puedo, tengo muchas cosas que hacer —se disculpó Mackenzie, recordando sus responsabilidades laborales—. Otro día —añadió al ver la decepción en el rostro de su amiga.

—Está bien, pero la próxima vez no te escapas —le advirtió Brianna.

Poco después, Mackenzie observaba cómo todos salían de la casa con una mezcla de emociones. Por un lado, se sentía aliviada de que los niños pudieran disfrutar de un día de diversión y distracción. Por otro, el hecho de quedarse sola la hacía sentir vulnerable. Molesta consigo misma, sacudió la cabeza, dispuesta a deshacerse de esos pensamientos, y se dirigió a la cocina para comenzar a preparar la comida. Sin embargo, a medida que cortaba los ingredientes y encendía los fogones, no podía evitar sentir un nerviosismo creciente al darse cuenta de que tendría que comer a solas con su jefe.

Unas horas después, Colt entró en la acogedora cocina con paso enérgico, interrumpiendo los pensamientos de Mackenzie. Su presencia llenó la habitación con un aura de tensión palpable. Mackenzie apretó los labios, tratando de ocultar su incomodidad mientras continuaba con sus tareas culinarias.

Colt se sentó en un banco situado junto a la puerta y se deshizo de las botas sucias, que dejó en el exterior. Luego se aproximó a la pila y comenzó a lavarse las manos. Mientras lo hacía, su mirada se fijó en la mesa, donde descubrió que solo había puestos dos platos para la

comida.

—Huele bien por aquí. ¿Qué estás preparando? —preguntó con curiosidad.

—Estoy haciendo un estofado de carne, pero si quieres algo más aún estás a tiempo —comentó Mackenzie, intentando ser servicial.

—No, no es necesario —replicó Colt—. ¿Y por qué solo hay dos platos? —preguntó finalmente.

—Los niños se fueron con Jared y Brianna para pasar el día en San Antonio. Espero que no te moleste —explicó Mackenzie.

La sorpresa cruzó el rostro de Colt por un instante antes de que su expresión se suavizara con una leve sonrisa.

—Por supuesto que no, les vendrá bien —afirmó Colt antes de sentarse en su lugar habitual y desdoblar la servilleta.

Durante varios minutos, permanecieron en silencio. Mackenzie estaba ocupada ultimando los detalles de la comida mientras Colt la observaba furtivamente. Cada vez que la tenía cerca, era incapaz de apartar la mirada de ella, y cada detalle de su presencia parecía capturar su atención de manera involuntaria.

—¿Cómo fue tu mañana? —preguntó Mackenzie, tratando de iniciar una conversación para romper el silencio que los rodeaba, solo interrumpido por el sonido de los utensilios de cocina.

Colt se sobresaltó al escuchar su pregunta, y la miró por un momento antes de responder.

—Teníamos mucho trabajo pendiente en el vallado de los pastos del sur, pero logramos hacer avances significativos —contestó, su tono de voz revelaba el cansancio acumulado.

—El trabajo de un ranchero es duro —comentó Mackenzie.

—Sí, pero me gustan el ganado y la tierra —confesó Colt—. El rancho pertenece a mi familia desde hace varias generaciones —añadió con orgullo y emoción latente en su voz.

Las palabras de Colt hicieron que Mackenzie recordara que ella no tenía familia aparte de sus hijos. Su padre vendió el rancho cuando ella apenas era una niña y luego desapareció y nunca más volvió. En cuanto a su madre, había muerto unos años atrás de una dura enfermedad. No tenía hermanos, tíos ni primos.

—¿Estás bien? —preguntó Colt, al ver el velo de tristeza que invadió el rostro de Mackenzie cuando esta se sentó frente a él después de servir los platos.

La pregunta la tomó por sorpresa. Vaciló por un momento antes de responder.

—Sí, estoy bien, solo estaba recordando a mi madre —confesó, forzando una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Yo también perdí a mis padres demasiado pronto —dijo Colt en voz baja y suave—. Entiendo cómo te sientes.

Mackenzie elevó su rostro y su mirada se encontró con la de él. Por un instante, sintió una conexión inesperada, una comprensión mutua que les unía en su pérdida compartida.

—Gracias,eres muy amable—respondió Mackenzie con una leve sonrisa adornando sus labios.

Colt asintió con comprensión, y en ese momento, una chispa de complicidad pareció surgir entre ellos, como si compartieran un vínculo especial que solo ellos podían entender.

La conversación durante la comida transcurrió fluidamente, y en un momento incluso Colt logró arrancar una risa a Mackenzie. Sin embargo, cuando ella sirvió el postre, Colt sintió un destello de decepción al darse cuenta de que la comida estaba a punto de concluir. Estaba

disfrutando tanto de su compañía que no quería que el tiempo que estaban compartiendo terminara.

—Estaba pensando que hoy sería el día perfecto para que tuvieras tu primera clase de equitación —propuso Colt alegremente, animado por la idea—. Tengo un rato libre esta tarde, ¿qué te parece?

Mackenzie frunció ligeramente el ceño, sintiéndose un tanto indecisa ante la inesperada propuesta de Colt.

—No lo sé, tengo cosas que hacer… —intentó evadir la situación.

—Ya las harás otro día —intervino Colt con determinación—. Lo tienes todo perfecto.

—Pero no tengo experiencia con los caballos y me da miedo hacer el ridículo —confesó Mackenzie con sinceridad, jugueteando nerviosamente con la servilleta entre sus dedos.

—No te preocupes, estaré contigo en todo momento y te guiaré paso a paso. Además, estoy seguro de que lo harás genial —aseguró Colt con una sonrisa alentadora.

Mackenzie consideró las palabras de Colt por un momento, sintiendo una mezcla de emoción y nerviosismo en su interior. Aunque la idea la asustaba un poco, también percibía una chispa de emoción en su estómago ante la posibilidad de probar algo nuevo y desafiante.

—Está bien, acepto tu oferta. Será divertido intentarlo —declaró finalmente, con determinación en su voz.

Colt sonrió ampliamente, irradiando alegría ante la aceptación de Mackenzie.

—¡Genial! ¡Entonces vamos a prepararlo todo! —exclamó, lleno de entusiasmo.

***

San Antonio, Texas.

Era media mañana cuando Jenna y Hailey se encontraban sentadas en un banco del centro comercial, disfrutando de sus helados mientras observaban a la multitud pasar. Habían logrado escapar por unos minutos de la responsabilidad de cuidar a Leo, gracias a la generosidad de Jared y Brianna, quienes se habían ofrecido a quedarse en la tienda de juguetes con el pequeño.

Hailey tomó un bocado de su helado de chocolate y nata, luego clavó su mirada en Jenna con curiosidad antes de hablar.

—¿Cómo te estás adaptando a vivir en el rancho Moonlight? —preguntó interesada.

—¿A qué viene esa pregunta? —replicó Jenna sorprendida.

—Bueno, quería saber cómo es Colt. Recuerda que acabo de descubrir que es mi hermano —respondió Hailey con sinceridad.

Jenna sonrió, recordando que los últimos meses tampoco habían sido fáciles para su amiga. Primero la trágica muerte de Morgan Chapman, luego descubrir que el hombre que había creído que era su padre no lo era y que tenía tres hermanos mayores. Tras unos minutos de reflexión, decidió responder a la pregunta de Hailey.

—Bueno, ha sido un cambio bastante grande para mí —confesó con una media sonrisa—. Al principio fue un poco abrumador, pero Colt ha sido muy amable y paciente. El rancho es un lugar tranquilo y hermoso, y Leo se está adaptando genial.

—Además, así estamos más cerca la una de la otra —añadió Hailey con una mirada llena de complicidad.

Las dos amigas continuaron charlando animadamente mientras disfrutaban de su helado.

Entre risas y conversaciones animadas, Hailey dejó escapar un grito ahogado al divisar a lo lejos a un chico que le resultaba familiar.

—¡Es él! —susurró Hailey emocionada, señalando discretamente hacia el joven que caminaba solo entre la multitud.

Jenna frunció el ceño, tratando de localizar a la persona a la que hacía referencia su amiga, pero antes de que pudiera hacerlo, Hailey ya estaba en pie, tirando de su brazo con entusiasmo.

—¡Vamos, tenemos que acercarnos, quiero saludarle! —dijo Hailey, casi arrastrando a Jenna al lugar donde se encontraba el desconocido.

Con curiosidad y un poco de nerviosismo, Jenna siguió a Hailey hasta llegar junto al chico, quien parecía concentrado en su teléfono.

Era alto y delgado, y su cabello castaño claro le caía desordenadamente sobre la frente. Sus ojos color avellana brillaban con curiosidad y sorpresa cuando levantó la vista del teléfono para encontrarse con las dos amigas. Una sonrisa encantadora se dibujó en sus labios, iluminando su rostro.

Hailey, con una sonrisa radiante, se adelantó y lo saludó con entusiasmo.

—¡Hola! ¿Te acuerdas de mí? Soy Hailey Chapman, del criadero de caballos.

—Sí, me acuerdo, aunque no sabía tu nombre —confesó él con una sonrisa divertida—. Yo soy Ethan Williams —añadió revelando su nombre.

—¿Y al final tu madre va a comprar el semental? —preguntó Hailey curiosa.

—Pues no lo sé, la verdad —contestó él mientras se rascaba la cabeza.

—¿Y qué te trae por aquí? —inquirió Hailey, deseando alargar la conversación todo lo posible.

—¿Esto es un interrogatorio? —respondió el chico con una sonrisa juguetona, lo que provocó que un hoyuelo se formara en su mejilla derecha.

Hailey soltó una risa nerviosa y notó como sus mejillas se coloreaban ligeramente.

—Ups, lo siento si te he soltado muchas preguntas de golpe. Pero es lo que pasa cuando llega alguien nuevo a Serene Falls —se justificó.

—No te preocupes —respondió Ethan con una sonrisa divertida—, llevo varias semanas en el pueblo y ya me he dado cuenta de eso.

La conversación fluyó entre ellos, compartiendo anécdotas y risas mientras seguían paseando por el centro comercial. Hailey estaba encantada de reencontrarse con Ethan, y Jenna se unía a la charla de vez en cuando, disfrutando del ambiente relajado. La tarde prometía ser emocionante, llena de risas y quizás nuevas amistades.

CAPÍTULO 17

Una hora después, los rayos dorados del sol se filtraban por la entrada de los establos, creando un ambiente cálido y acogedor mientras Colt se ocupaba de preparar a la yegua que había escogido especialmente para Mackenzie. El animal, tranquilo y dócil, parecía emanar una serenidad reconfortante.

Por su parte, Mackenzie avanzaba desde la casa hacia el edificio de los establos, con los nervios burbujeando en su interior. Había optado por unos jeans gastados y una sencilla camiseta blanca de manga corta. Ya lamentaba haber aceptado la propuesta de Colt, pues ese hombre tenía el don de hacerla sentir viva con tan solo su presencia, algo que, dadas sus circunstancias, no era lo más conveniente. Sin embargo, ya no había vuelta atrás.

Al llegar al apartado donde Colt preparaba al animal, Mackenzie se detuvo en el umbral de la puerta, observando con cautela al majestuoso ejemplar, sintiendo una mezcla de emoción y nerviosismo. En ese preciso instante, Colt pareció percatarse de su presencia y se giró hacia ella, clavando en su rostro sus ojos azules y dedicándole una sonrisa que iluminó su rostro.

—¿Ya estás aquí? ¿Estás lista? —inquirió mientras se acercaba, apartando su sombrero hacia atrás.

A pesar de su aparente serenidad, el corazón de Mackenzie latía con fuerza en su pecho.

—Sí, estoy lista, creo —respondió finalmente, con una sonrisa temblorosa en los labios.

—Perfecto, entonces comencemos antes de que anochezca —replicó Colt, instándola a entrar en el estrecho apartado.

Mackenzie asintió con determinación y siguió a Colt al interior del box, envuelta por la familiar fragancia del heno y el cuero. La atmósfera era tranquila, solo interrumpida por el suave murmullo de los caballos y el crujido de la paja bajo sus pies.

Colt la condujo hacia la yegua que había seleccionado para ella, una hermosa alazana de mirada dócil. Luego, con habilidad y paciencia, comenzó a explicarle los conceptos básicos de la equitación.

Mientras Colt hablaba, Mackenzie percibió su aroma masculino, sutil y atrayente, que flotaba en el aire y la envolvía como una suave caricia. A su vez, el calor del cuerpo de Colt, cercano al suyo gracias a la estrechez del lugar, generaba una sensación excitante que la desconcertó.

Colt, por su parte, era completamente consciente de las curvas del cuerpo femenino, y el suave aroma floral de Mackenzie llegó a sus fosas nasales. Por un instante, se sintió tentado de hundir la nariz en su pelo, pero se contuvo, sabiendo que era una completa locura. «Por Dios, céntrate de una maldita vez», se reprendió mentalmente.

—Bien, Mackenzie, lo primero que debes hacer es acercarte a la yegua con calma —expresó Colt, algo más centrado en su labor—. Deja que te huela para que se familiarice contigo.

Mackenzie siguió las indicaciones de Colt, dando un paso para acercarse a la yegua. Extendió la mano con cuidado, permitiendo que el animal la oliera, y pronto sintió cómo la tensión en su cuerpo comenzaba a disminuir.

—Muy bien, ahora vamos a colocar el estribo y ajustar la cincha —continuó Colt, guiándola en cada paso del proceso.

Con paciencia y atención, Colt enseñó a Mackenzie cómo colocar el estribo y ajustar la cincha correctamente. A medida que avanzaban, Mackenzie comenzaba a sentirse más cómoda en presencia del animal, dejando de lado parte de su nerviosismo inicial.

Una vez que todo estuvo listo, le indicó que subiera al caballo con cuidado, explicándole cómo colocar el pie en el estribo y montar con suavidad. Mackenzie siguió las instrucciones de Colt, sintiendo el corazón latirle con fuerza en el pecho mientras se preparaba para montar por primera vez. Con determinación, colocó el pie en el estribo y se elevó con cuidado, sintiendo que su cuerpo temblaba ligeramente de nerviosismo mientras notaba las fuertes manos de Colt ayudándola a colocarse correctamente.

Una vez que estuvo en la silla de montar, Mackenzie se aferró con firmeza a las riendas, sintiendo la tensión en los músculos de su cuerpo mientras intentaba mantener el equilibrio. Colt se acercó a ella con una sonrisa tranquilizadora, ofreciéndole palabras de aliento.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo él con tono alentador—. Solo relájate y deja que el caballo te lleve.

Mackenzie asintió con un gesto de cabeza, tratando de calmarse mientras se concentraba en la sensación del animal moviéndose debajo de ella. Poco a poco, permitió que la confianza reemplazara al miedo inicial.

El ranchero la guio suavemente al exterior del establo, explicándole cómo utilizar las riendas para dirigir al caballo y cómo mantener el equilibrio. Con cada paso, Mackenzie se sentía más segura y conectada con el caballo, disfrutando de la sensación de libertad que la envolvía.

A medida que avanzaban, el sol comenzaba a ponerse en el horizonte, bañando el paisaje en tonos dorados y creando una atmósfera mágica a su alrededor. Mackenzie se sintió imbuida de una profunda sensación de paz y serenidad, y agradeció la oportunidad de vivir algo tan hermoso y especial.

Cuando el sol comenzaba a sumergirse en el horizonte, Colt decidió que era hora de concluir la lección. Retiró la silla de montar y cepilló a la yegua, mientras instruía a Mackenzie en los pasos necesarios a seguir. Juntos, regresaron a la casa, envueltos en un silencio que pesaba como una losa.

Mackenzie sentía cómo el corazón le latía desbocado en el pecho mientras caminaba junto a Colt. Una mezcla de emoción y nerviosismo la invadía, y aunque luchaba por mantener la compostura, la cercanía de Colt la perturbaba de una manera que no podía explicar y que la asustaba. Aquella sensación la transportaba de vuelta a su adolescencia, cuando había cometido el error de enamorarse del capitán del equipo de fútbol. En aquel entonces era apenas una niña que no sabía nada de la vida. Así fue como se encontró repentinamente embarazada, y todo su mundo se derrumbó.

Al entrar en la cocina, Mackenzie se dirigió hacia la nevera, tratando de mantener la compostura mientras decidía qué preparar para la cena de forma rápida, ya que había perdido parte de la tarde con las clases. Al menos, la comida para los trabajadores estaba lista desde el mediodía y guardada en el barracón para que la disfrutaran cuando quisieran.

Colt permaneció en el umbral de la puerta, observándola en silencio. Sabía que lo más sensato era marcharse, pero no podía evitar sentirse hipnotizado por sus movimientos. El silencio persistió entre ellos, solo interrumpido por el suave tintineo de los utensilios de cocina.

Mackenzie podía sentir la mirada de Colt sobre ella como una caricia eléctrica que le erizaba la piel. Trató de concentrarse en la tarea, pero la cercanía de Colt la distraía abrumadoramente. Mientras intentaba cortar las verduras con destreza, la hoja del cuchillo

resbaló repentinamente, haciéndole un corte en el dedo. Un gesto involuntario de dolor escapó de sus labios, y antes de que pudiera reaccionar, Colt estaba a su lado.

—¡Oh, Mackenzie, estás sangrando! —exclamó Colt, tomando su mano con delicadeza para examinar la herida.

Ella sintió un cosquilleo en el estómago al sentir el roce de las manos de Colt sobre las suyas. Sus miradas se encontraron y el mundo pareció detenerse a su alrededor. En ese instante, todo lo demás pareció desvanecerse, y se vio atrapada en el abismo azul de los ojos de Colt.

—Lo siento, fue un accidente —murmuró Mackenzie azorada.

—Por supuesto, pero deja que vea esa herida —replicó Colt, examinando el corte con cuidado.

La mujer se quedó inmóvil, sintiendo el calor de la mano de él sobre la suya y cómo su corazón se aceleraba.

Colt levantó la vista y se encontró con los ojos grises de Mackenzie. No hacían falta palabras, sus miradas hablaban por sí solas, transmitiendo un torrente de emociones que ninguno de los dos podía ignorar.

Sin previo aviso, se inclinó hacia adelante y capturó los labios de Mackenzie en un suave beso. Fue un beso tierno pero cargado de una innegable pasión que los traspasó a ambos.

Ella cerró los ojos, entregándose al beso con todo su ser. Se aferró a Colt como si fuera su ancla en medio de un mar de emociones turbulentas, dejando que el calor de su abrazo la envolviera por completo.

El beso pareció durar una eternidad, pero cuando finalmente se separaron, Mackenzie se encontró sin aliento, con el corazón galopando desbocado en el pecho y la respiración entrecortada.

—Lo siento, no sé qué me pasó —balbuceó Colt, con los ojos aún fijos en sus pupilas.

—No te disculpes —respondió ella, con una sonrisa temblorosa en los labios y la mirada iluminada por las llamas de la pasión—. Fue…

Mackenzie fue incapaz de acabar la frase que acababa de empezar porque en ese momento la puerta se abrió de golpe y Leo irrumpió en la cocina como un vendaval, sosteniendo en sus manos un pequeño helicóptero con luces parpadeantes y hélices brillantes.

—¡Mamá, mira lo que me ha comprado Jared! —exclamó Leo, ajeno a la atmósfera cargada que se respiraba en la cocina.

Mackenzie y Colt se separaron abruptamente, sorprendidos por la interrupción. Intentaron recuperar la compostura mientras Leo les mostraba con entusiasmo el helicóptero, explicando cómo funcionaba y todas las cosas geniales que podía hacer. Aunque se esforzaban por mostrar interés y entusiasmo, la tensión seguía presente, latente bajo la superficie. Finalmente, Colt fue el primero en reaccionar.

—¡Guau, es increíble, Leo! —afirmó Colt, tratando de ocultar su desconcierto detrás de una sonrisa.

Mackenzie enfocó su atención en el entusiasmo de su hijo y el helicóptero que le mostraba con tanta emoción mientas cogía una servilleta que colocó en la herida de su dedo para que su hijo no viera la sangre.

—Es precioso, cariño —dijo Mackenzie con esfuerzo.

—Y vuela muy alto —expresó el niño con excitación—. Deberías verlo en acción en un día soleado, parece que toca las nubes —comentó emocionado.

Colt asintió con un gesto de cabeza y continuó preguntando a Leo sobre cómo funcionaba

el aparato y mostrando interés en sus explicaciones. Aunque trataba de mantener una conversación animada, aún se sentía afectado por lo sucedido minutos antes con la madre del niño.

Mackenzie intentó ignorar el zumbido persistente en su mente, ese eco del beso que seguía resonando en sus labios. Por otro lado, Colt luchaba por mantener la calma, tratando de despejar su mente de pensamientos tumultuosos sobre lo que podía haber sucedido si no hubiera llegado Leo.

Minutos después, el resto del grupo llegó a la casa. Todos hablaban sobre el emocionante día que habían pasado en San Antonio. Jenna se acercó a su madre y la abrazó con cariño, compartiendo detalles animados sobre su día en la ciudad. Brianna, Jared y Hailey se unieron a la conversación, llenando la cocina con risas y alboroto mientras compartían anécdotas del día compartido.

Mackenzie sentía cómo el corazón le martilleaba en el pecho mientras permanecía cerca de Colt en medio de la charla animada. Una mezcla de emociones la invadía, y aunque luchaba por mantener la compostura, la cercanía de Colt la perturbaba. Sabía que no debía permitir que su corazón se involucrara demasiado, especialmente considerando las dificultades de su situación actual.

Colt, por su parte, experimentaba una atracción poderosa hacia Mackenzie, una conexión que lo dejaba sin aliento. Sin embargo, también era consciente de las complicaciones que traería consigo involucrarse con ella. Como un hombre que valoraba su libertad, la idea de verse atado a alguien, especialmente a alguien con responsabilidades como Mackenzie, lo inquietaba profundamente. A pesar de ello, no podía evitar sentirse atraído por ella, y la lucha interna que enfrentaba se reflejaba en sus ojos mientras conversaba con los demás en la cocina.

CAPÍTULO 18

Al día siguiente

Mackenzie apenas había pegado ojo en toda la noche, su mente había estado ocupada reviviendo una y otra vez el momento compartido con Colt. Aquel beso parecía haber despertado algo en su interior que no sabía definir y eso la estaba volviendo loca. Resignada a no poder dormir más, apartó las sábanas y se levantó de la cama.

Con pasos aún adormilados, se dirigió hacia la cocina, buscando algo que la ayudara a despertarse por completo. Al entrar en la estancia, su cuerpo chocó contra algo sólido y cálido, haciéndola retroceder un paso. Levantó la mirada y se encontró repentinamente con los profundos ojos azules de Colt, que la observaban con una mezcla de sorpresa y desconcierto.

Ambos se separaron de inmediato, como si hubieran sido sorprendidos en algo prohibido. Mackenzie intentaba encontrar las palabras adecuadas, pero su mente parecía estar en blanco. Finalmente, con un suspiro nervioso, rompió el silencio.

—Lo siento, no quería… quiero decir, no esperaba… —sus palabras se perdieron en el aire, y se mordió el labio inferior, sintiéndose torpe e insegura.

Colt asintió lentamente, buscando también sus propias palabras, y a su vez era incapaz de apartar la mirada de los sugerentes labios de ella.

—No te preocupes, ha sido algo… fortuito —murmuró al fin, su voz apenas era un susurro.

La tensión persistía en el aire mientras ambos intentaban recuperar la compostura perdida. Mackenzie se preguntaba si podrían seguir como si nada hubiera pasado o si el beso que habían compartido la tarde anterior marcaría un cambio irrevocable en su relación.

Colt, por su parte, se pasó una mano por el cabello con evidente nerviosismo. Cuando había bajado a la cocina no había pensado encontrarse con ella. Había tenido la esperanza de retrasar aquel encuentro todo lo posible, pero parecía que el destino estaba en su contra. Por no hablar de que era una actitud del todo infantil y cobarde que no le llevaría a ninguna parte.

—¿Podemos hablar sobre lo que sucedió ayer? —preguntó con evidente esfuerzo.

—Sí —replicó Mackenzie escuetamente.

—No fue correcto por mi parte besarte. No quiero que pienses que estoy aprovechándome de ti o de tu vulnerabilidad.

Sus palabras flotaron en el aire, cargadas de sinceridad y una genuina preocupación por el bienestar de Mackenzie. Colt sabía que ella estaba atravesando un período complicado, y la última cosa que quería era añadir más confusión o conflicto a su vida.

Mackenzie lo miró con atención, captando la honestidad en sus ojos y la preocupación en su tono de voz. Apreciaba su consideración, aunque ella también había participado activamente en aquel beso, por lo que no le parecía bien que Colt cargara con toda la responsabilidad en el asunto.

—No tienes que disculparte, Colt —respondió Mackenzie finalmente, buscando tranquilizarlo—. Simplemente nos dejamos llevar.

Colt asintió, agradecido por las palabras comprensivas de ella, pero aun sintiéndose

incómodo por la situación.

—De todas formas, deberíamos… quizás hablar sobre esto más tarde, cuando estés lista —sugirió con cautela, consciente de la delicadeza del tema.

Mackenzie asintió con un gesto de cabeza, reconociendo la necesidad de abordar el asunto en algún momento, pero al mismo tiempo, agradecida por la oportunidad de procesar sus propios sentimientos primero.

—Bueno, pues debería irme, Jt me espera —dijo Colt antes de ponerse el sombrero con el que había estado jugueteando. La verdad era que ni siquiera se había tomado un triste café, pero sentía la imperiosa necesidad de salir de aquella cocina cuanto antes.

Cuando Mackenzie se quedó sola, no dudó en acercarse hasta la encimera, donde estaba la cafetera, y se sorprendió al descubrir que estaba encendida y que en la jarra había café recién hecho. Cogió una taza de la alacena y se sirvió una generosa cantidad antes de acercarse a la mesa redonda y sentarse.

Durante varios minutos permaneció con la taza entre sus manos, con la mirada perdida en la ventana. Aunque había aceptado las disculpas de Colt, en lo más profundo de su ser, un tumulto de emociones la abrumaba. Aquel beso, inesperado pero lleno de intensidad, había despertado sensaciones en su interior que creía dormidas para siempre. Cada vez que Colt estaba cerca, su estómago se revolvía con una mezcla de nerviosismo y emoción, y la mera idea de su presencia le hacía sentir viva de una manera que nunca antes había experimentado.

El beso había abierto una puerta a un mundo de posibilidades que Mackenzie apenas había considerado antes, y la idea de explorar esos sentimientos la llenaba de esperanza y anticipación. Sin embargo, la reacción de Colt, marcada por una precaución y una especie de distancia, la dejaba con una sensación de decepción y confusión.

Al salir de la casa, Colt se sintió agradecido cuando el aire frío del amanecer acarició su rostro. Trato de despejar su mente y concentrarse en las tareas que tenía por delante. Sin embargo, a pesar de sus mejores esfuerzos, su mente volvía una y otra vez a Mackenzie. La imagen de ella, con el cabello revuelto por el viento matutino, los ojos aún somnolientos y llevando un delicado camisón gris de algodón, lo perseguía como un suave eco en sus pensamientos.

Una oleada de frustración lo invadió mientras luchaba por reprimir los deseos que burbujeaban en su interior. Aunque se había comprometido a respetar los límites y las circunstancias de Mackenzie, no podía evitar la intensidad de sus propios sentimientos. La atracción que sentía hacia ella era palpable, casi tangible en el aire, y cada fibra de su ser anhelaba estar cerca de ella.

Aquella misma mañana, la necesidad de llevarla a su dormitorio, envolverla en sus brazos y perderse en su calidez, lo consumió con una fuerza abrumadora. Pero sabía que ceder a esos impulsos sería imprudente e irrespetuoso, especialmente dado el momento delicado por el que estaba pasando Mackenzie.

Con un suspiro pesado, Colt sacudió la cabeza, intentando despejar su mente. Sabía que debía mantenerse firme en su decisión. Pero en lo más profundo de su corazón, la tentación de ceder a lo que realmente deseaba era casi irresistible.

***

El día había despertado con una brisa fresca, aunque el sol brillaba con fuerza sobre los campos abiertos del rancho. Harper había tomado la decisión de ir hasta allí esa mañana porque creía que era importante comunicarle personalmente a Mackenzie la noticia que tenía que darle.

Cuando llegó al rancho y estacionó su vehículo frente a la casa, fue recibida por su hermano Colt, quien salía justo en ese momento por la puerta principal. Le dio la bienvenida con una sonrisa amistosa.

—Harper, qué sorpresa. ¿Qué te trae por aquí? —inquirió Colt, mostrando curiosidad.

—He recibido la citación para el juicio del divorcio de Mackenzie. Pensé que sería mejor decírselo en persona —confesó Harper.

Colt asintió comprensivamente, pero no pudo evitar que su gesto se torciera al recordar lo que aquel hombre había hecho a Mackenzie. En los días que la mujer había estado en el rancho, había descubierto su belleza tanto exterior como interior, así como su sentido del humor, que solo asomaba en los momentos de relajación. Imaginaba que la tensión perpetua que parecía envolver su cuerpo estaba relacionada con lo que había sufrido a manos de su futuro exmarido.

Mientras Colt reflexionaba sobre la situación de Mackenzie, Harper se quedó allí, observándolo en silencio por un momento. Podía percibir la tormenta de emociones que se agitaba dentro de su hermano y, aunque entendía su preocupación por Mackenzie, percibía que había algo más que no sabía cómo calificar.

—Colt, sé que esto es difícil para ti también —dijo Harper con un tono suave, rompiendo el silencio que los había envuelto—. Pero recuerda que Mackenzie es una mujer fuerte y valiente. Está encontrando su camino, y tenemos que estar ahí para apoyarla en el proceso.

—Lo sé. Solo quiero asegurarme de que estén bien. De alguna manera, en estos días les he cogido cariño —confesó Colt—. Y si algo les sucediera, no podría evitar sentirme culpable —añadió con un deje de pesar en su voz.

La conversación entre los hermanos fue interrumpida por el sonido de pasos que se acercaban. Ambos se giraron para descubrir a Mackenzie en el quicio de la puerta, observándolos con una expresión preocupada.

—¿Va todo bien? —preguntó Mackenzie al descubrir la presencia de Harper.

Los dos hermanos intercambiaron una mirada significativa antes de que Colt se adelantara para hablar.

—Sí, todo está bien. Harper ha venido a hablar contigo —explicó Colt, tratando de mantener un tono calmado—. Os dejaré solas —añadió—. Yo tengo que irme a trabajar —concluyó antes de despedirse con una leve inclinación de cabeza y avanzar con paso firme hacia el establo.

Mackenzie asintió con un gesto comprensivo hacia Colt mientras este se alejaba. Inconscientemente, observó cómo su figura se perdía entre los edificios del rancho antes de volver su atención a Harper, quien la miraba con preocupación.

—¿Qué pasa, Harper? —preguntó finalmente, notando la seriedad en los ojos de su amiga.

Ella dudó durante unos instantes, pero finalmente decidió lanzar la noticia sin paños calientes. No tenía sentido retrasar lo inevitable.

—Ayer recibí la citación para el juicio del divorcio. Pensé que sería mejor decírtelo en persona —confesó Harper con cierta aprensión.

Mackenzie sintió cómo un nudo se formaba en su estómago al escuchar esas palabras.

Sabía que el proceso del divorcio era inevitable, pero el saber que tendría que encontrarse nuevamente cara a cara con Leonard hizo que un escalofrío recorriera su cuerpo. Sin embargo, trató de mantener la compostura.

—No te preocupes, estoy bien —mintió—. ¿Y cuándo será? —preguntó mientras, inconscientemente, se frotaba las manos con nerviosismo.

Harper exhaló un suspiro antes de responder a la pregunta de Mackenzie.

—El juicio está programado para dentro de una semana.

Mackenzie asintió, tratando de asimilar la noticia mientras sentía cómo la ansiedad se apoderaba de su pecho.

—Gracias por decírmelo, Harper. Sabía que tenía que enfrentarlo en algún momento, pero no esperaba que fuera tan pronto —confesó Mackenzie con sinceridad.

—Cielo, ya sabes que estoy aquí para lo que necesites. Siempre puedes contar conmigo —respondió Harper con emoción antes de abrazar a su amiga.

Mackenzie le devolvió el abrazo agradecida, sintiendo el calor y el apoyo de Harper en ese momento difícil. Sabía que, a pesar de todo, tenía gente que la quería a su lado, y eso le daba fuerzas para seguir adelante.

Mientras tanto, Colt se encontraba en el establo, ensillando a su caballo. Aunque intentaba mantener la mente ocupada con sus responsabilidades, no podía evitar que sus pensamientos regresaran una y otra vez a Mackenzie. Se sentía atraído por ella de una manera que no lograba entender del todo, y eso lo desconcertaba.

—¿Todo bien, jefe? —le sobresaltó una voz, y al girarse descubrió que se trataba de Jt, el capataz, que se había situado a su lado.

Colt asintió, tratando de ocultar sus pensamientos turbulentos detrás de una expresión serena.

—Sí, todo en orden, Jt. Por cierto, ¿has mandado revisar el estado de las vallas del perímetro sur? —preguntó Colt, enfocándose en las labores del rancho.

—Sí, jefe. Las revisé yo mismo ayer y todo parece estar en orden. No hay signos de daños ni puntos débiles que puedan necesitar reparación —informó Jt con seguridad.

Colt asintió satisfecho, agradecido por la diligencia de Jt en su trabajo.

—Perfecto. Gracias por ocuparte de eso. También necesitaré que eches un vistazo al inventario de alimentos para el ganado. Vamos a necesitar más heno para la próxima semana —indicó Colt, cambiando de tema hacia otro aspecto de la gestión del rancho.

—Entendido, jefe. Lo revisaré de inmediato y me aseguraré de que estemos bien abastecidos —aseguró Jt con determinación.

Con la conversación centrada en las labores del rancho, Colt pudo apartar temporalmente sus preocupaciones personales y enfocarse en las responsabilidades que requerían su atención inmediata.

CAPÍTULO 19

Rancho Moonlight,
al día siguiente

El aire estaba impregnado con el aroma del campo y la tierra mojada cuando Jt se acercó al corral donde Erin estaba examinando a uno de los caballos. La joven estaba concentrada, revisando al animal con meticulosidad.

Jt se detuvo a cierta distancia, observándola con una mezcla de curiosidad y admiración. No podía negar que, en las últimas semanas, cada vez que se había encontrado con Erin, esta había demostrado ser sumamente profesional y competente a pesar de su evidente juventud. Jt se había tomado la molestia de indagar sobre ella, aunque trató de convencerse de que era solo por razones laborales.

Según había averiguado, Erin había completado la carrera el año anterior, lo que hablaba de su capacidad y dedicación. Además, estaba claro que contaba con amplia experiencia gracias a su trabajo junto a Brianna.

Jt no había profundizado en su vida privada, aunque sabía que vivía con sus padres en una casita a las afueras del pueblo. Trataba de convencerse de que eso no era de su incumbencia ni tenía por qué importarle lo que hacía Erin en su tiempo libre. En el fondo, no podía negar que sentía una atracción creciente hacia ella, pero se esforzaba por mantener esa idea alejada de su mente.

Erin levantó la cabeza en ese momento y sus ojos se encontraron con los de Jt. Durante un instante cargado de tensión, mantuvieron un duelo visual, pero finalmente Erin rompió el silencio.

—Buenos días, Jt —saludó Erin, tratando de mantener un tono neutral.

—Buenos días, Erin —replicó Jt, acercándose lentamente al corral—. ¿Cómo va la cosa? —preguntó en alusión al caballo que había estado tratando la joven.

Erin se encogió de hombros, desviando la mirada hacia el caballo en cuestión, que se movía nervioso.

—Bien, dentro de lo que cabe. Este chico tiene un ligero problema en la pata trasera, pero nada grave. Solo necesita reposo y un poco de medicación —explicó Erin.

—Me alegra escuchar eso —afirmó Jt.

—¿Hay algo más de lo que deba ocuparme? —preguntó Erin, aunque en su interior estaba deseando regresar a la clínica, y así alejarse de aquel hombre que con su simple presencia alteraba sus sentidos. Jt parecía tener la capacidad de ponerla de mal humor, aunque a su vez hacía a su corazón galopar en su pecho.

—No, que yo sepa. Ni siquiera sabía que estabas aquí —replicó Jt.

—Entonces le daré la medicación a Trueno y me iré. Tengo trabajo pendiente en la clínica —comentó Erin agachándose junto a su maletín, que estaba en el suelo en una esquina del cercado.

De repente, un relincho agudo rompió el tranquilo ambiente. Uno de los caballos se había espantado y comenzó a correr descontrolado por el corral. Erin intentó incorporarse con

celeridad, pero el animal, asustado, casi la embistió.

Sin pensarlo dos veces, Jt se lanzó hacia Erin y la empujó fuera del alcance del caballo en el último segundo. Ambos cayeron al suelo, sintiendo el corazón latir con fuerza en sus pechos. Erin estaba debajo de Jt, sus rostros a escasos centímetros de distancia, con sus respiraciones entrecortadas mezclándose en el aire.

Por un instante, ninguno de los dos pareció capaz de moverse, cautivados por la intensidad del momento. La tensión creciente entre ellos parecía palpable.

—Estás bien, ¿verdad? —preguntó Jt finalmente con voz rasgada.

—Creo que sí —confesó Erin, incapaz de apartar la mirada de los labios de Jt, tentadores y cercanos.

En ese momento, el mundo pareció detenerse, y sus rostros se acercaron peligrosamente. Sus labios estaban a punto de encontrarse en un beso cargado de deseo y tensión acumulada cuando unos pasos acelerados sonaron a poca distancia.

Fue en ese último segundo cuando la realidad los alcanzó y se apartaron bruscamente, respirando con dificultad mientras se miraban el uno al otro, con el pulso acelerado y la conciencia de lo que acababan de evitar flotando entre ellos.

La tensión sexual flotaba en el aire, y aunque no se atrevieron a decir nada más en ese momento, ambos sabían que algo había cambiado entre ellos para siempre.

—¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien? —preguntó la voz preocupada de Colt, que había llegado hasta ellos en ese momento.

—Sí, estamos bien —respondió Jt mientras se apartaba de Erin y se levantaba, extendiéndole su mano para ayudarla a ponerse de pie.

Colt frunció el ceño, observando la escena con curiosidad. Jt parecía nervioso y Erin tenía las mejillas ruborizadas.

—Erin, ¿seguro que te encuentras bien? —preguntó preocupado por la joven.

Sintiendo la incomodidad del momento, Erin respondió a su pregunta.

—Sí, perfectamente. Un caballo se desbocó y Jt evitó que acabara aplastada — relató brevemente lo sucedido—. Pero bueno, ya he terminado mi trabajo aquí, así que creo que es hora de irme. Hasta otro día —añadió, recogiendo su maletín del suelo y alejándose del corral con paso decidido.

Colt observó cómo la joven caminaba con aire resuelto hasta su vehículo, como si estuviera huyendo de un incendio, y luego desvió su mirada hacia Jt, quien parecía incapaz de apartar la vista de la espalda de la joven.

Jt solo volvió en sí cuando la *pick up* salió dando botes por el camino de tierra. Solo entonces se giró y prestó atención a Colt, quien parecía esperar su reacción.

—Creo que yo también debería irme, tengo que ir a revisar unos vallados — murmuró Jt, desviando la atención del incómodo momento.

Colt se quedó observando a Jt alejarse, sintiendo la tensión que aún flotaba en el aire. No pudo evitar preguntarse qué había sucedido entre Jt y la joven, pero decidió no indagar más por el momento. En su lugar, se centró en sus propias tareas pendientes y se dispuso a retomar su trabajo en el corral.

Finalmente, Jt llegó a su vehículo y se subió, tratando de sacudirse la sensación de incomodidad que lo había invadido. Arrancó el motor con un suspiro y se encaminó hacia su próxima tarea, tratando de dejar atrás el encuentro con Erin y concentrarse en lo que estaba por venir. Sin embargo, una parte de él seguía atormentado por la sensación de que algo había

cambiado entre ellos, y no sabía qué hacer al respecto.

***

Una semana después

Mackenzie se hallaba en un estado de nerviosismo palpable, aguardando con impaciencia la llegada de Harper para ir juntas al juicio. Se había enfundado en su mejor vestido negro y se había recogido el cabello en un pulcro moño. Mientras repasaba el contenido de su bolso, sus pensamientos giraban en un remolino de preocupaciones y temores, al tiempo que su corazón martilleaba con fuerza en su pecho.

En ese preciso instante, un leve golpeteo en la puerta de su habitación la sobresaltó, y al girarse, descubrió que era Colt quien había llamado.

—¿Puedo pasar? —inquirió el ranchero, percibiendo la incomodidad de Mackenzie. En retrospectiva, se arrepentía de no haber esperado a que ella bajara al piso inferior para abordar el tema, pero la ansiedad lo había dominado y no pudo resistirse.

—Sí, claro —respondió ella, aunque se sintió algo turbada por la presencia de Colt en la privacidad de su dormitorio.

—Hoy será un día difícil. ¿Estás lista? —preguntó Colt con voz suave, acercándose con cautela.

Mackenzie intentó esbozar una sonrisa, pero sus labios apenas lograron curvarse.

—La verdad es que no lo sé. Estoy muy nerviosa —confesó finalmente, jugueteando con la correa de su bolso, que sostenía entre sus manos.

—Tranquila, todo saldrá bien —intentó animarla Colt.

—Es solo que… no sé si estoy preparada para enfrentarme a Leonard después de la última vez —mencionó, aludiendo al día en que la golpeó hasta enviarla al hospital—. Tengo miedo —confesó con voz temblorosa.

Colt percibió la tensión en su cuerpo y decidió acortar la distancia que los separaba, abrazándola y acunándola como si fuera una niña.

—Shhh, tranquila, cielo. Leonard no volverá a tocarte, te lo prometo —afirmó con voz profunda—. Y en cuanto al juicio, no debes preocuparte. Tienes a una de las mejores abogadas del estado, y no es porque sea mi hermana.

Mackenzie escuchaba las palabras reconfortantes de Colt, pero lo que verdaderamente disipó sus dudas y miedos fue su abrazo, un refugio cálido y reconfortante en medio de la tormenta emocional que la envolvía. Su aroma a campo y frescura llenó sus fosas nasales, mientras el palpitar acelerado de su corazón resonaba en sus oídos, sincronizándose con el propio.

Con delicadeza, Colt acarició los cabellos castaños de Mackenzie con los labios, percibiendo la fragilidad de ella bajo su contacto. Sin embargo, al notar una respuesta no deseada en su propio cuerpo, decidió apartarse y dar un paso atrás, manteniendo una distancia prudente entre los dos. Forzó una sonrisa antes de hablar, tratando de disimular cualquier incomodidad.

—Bueno, será mejor que bajemos. Harper debe de estar a punto de llegar.

Mackenzie asintió con un gesto de cabeza, luchando por recomponerse mientras una pizca de decepción se filtraba en su interior. Anhelaba secretamente que Colt volviera a besarla y la hiciera olvidar la angustia del momento, pero rápidamente se reprendió mentalmente por tales

pensamientos.

Finalmente, se enderezó, ajustando su vestido nerviosamente antes de dirigirse hacia la puerta, seguida de cerca por Colt.

En la cocina, Mackenzie decidió distraerse preparando café mientras Colt se sentaba a la mesa. Unos momentos después, Harper entró en la cocina, y Mackenzie dejó la taza que había estado sosteniendo, levantándose de la silla con un gesto de determinación. Colt la siguió poco después.

—Buenos días —saludó Harper con cordialidad mientras se acercaba a Mackenzie, estudiándola con atención—. ¿Estás lista para esto? —preguntó con interés.

—Sí, estoy lista —respondió Mackenzie, intentando calmar los nervios que la asaltaban.

—Bien, entonces vamos. No quiero llegar tarde —dijo Harper, consultando la hora en su reloj de muñeca.

—Mackenzie —pronunció Colt con una emoción especial latente en su voz—, mucha suerte. Verás cómo todo sale bien —afirmó con convicción.

—Gracias, Colt —replicó Mackenzie con gratitud, agradecida por sus palabras de ánimo. Tras dirigirle una última mirada, inspiró profundamente y siguió a Harper al exterior, preparándose mentalmente para el desafío que tenía por delante.

A medida que se dirigían hacia el coche, el aire frío de la mañana golpeó su rostro, haciendo que el calor que había provocado la última mirada que había compartido con Colt desapareciera.

CAPÍTULO 20

Durante el viaje, Mackenzie permaneció perdida en sus pensamientos y Harper concentrada en la carretera. Finalmente, llegaron al Tribunal del Distrito Judicial del condado de Bexar en San Antonio, Texas. Cuando se situaron frente al imponente edificio, Mackenzie se aferró a la mano de Harper, buscando su apoyo mientras avanzaban hacia la puerta.

Se encontró rodeada de una atmósfera solemne y majestuosa. La gigantesca construcción de piedra se alzaba ante ellas con sus columnas corintias adornadas con detalles tallados. Las puertas de madera maciza, pulidas hasta el brillo, estaban abiertas para recibirlas.

Al adentrarse en el interior, Mackenzie se vio envuelta en la grandeza de la arquitectura, con altos techos abovedados que resonaban con ecos de pasos y conversaciones susurradas. Los murales que adornaban las paredes contaban historias de ley y justicia.

Mackenzie sintió el peso de la responsabilidad que recaía sobre sus hombros mientras avanzaba por los pasillos de mármol pulido. Cada paso la acercaba a Leonard, pero también a la oportunidad de poner fin al tormento que había sufrido junto a él durante demasiados años. Con audacia en su corazón, se dispuso a enfrentar el desafío que tenía por delante.

La atmósfera en la sala estaba cargada de tensión mientras Harper, como abogada de Mackenzie, se preparaba para representar los intereses de su amiga. El juez Travis, un hombre de aspecto serio y autoritario, presidía la sala.

—Su señoría, estamos aquí hoy para solicitar el divorcio de mi cliente, Mackenzie Slater. El matrimonio ha llegado a un punto insostenible, y es en el mejor interés de ambas partes poner fin a esta unión —expuso Harper con firmeza.

El abogado de Leonard, por su parte, intentaba defender sus intereses.

—Respetuosamente, su señoría, mi cliente está dispuesto a hacer lo que sea necesario para salvar este matrimonio. No creo que las diferencias sean insalvables —respondió.

Mientras tanto, el juez Travis escuchaba atentamente los argumentos, tomando notas ocasionalmente. A través de sus gafas, que parecían suspendidas sobre su nariz aguileña, observaba a los abogados con detenimiento, evaluando cada palabra y gesto.

—Su señoría —intervino Harper en esta ocasión—, permítame presentar como evidencia el historial de abuso físico y emocional por parte del Sr. Slater hacia mi cliente. Este expediente muestra una serie de incidentes preocupantes que demuestran la necesidad de poner fin a esta relación —añadió Harper, entregando la documentación indicada.

El juez Travis asintió con seriedad mientras revisaba los documentos que Harper le acababa de facilitar.

—Entiendo. ¿Tiene algo más que añadir, señorita Duncan? —inquirió con voz grave unos minutos después.

—Sí, su señoría. También solicitamos que se otorgue la custodia exclusiva de los hijos a mi cliente, dadas las circunstancias —respondió Harper con determinación.

—Muy bien, entonces daremos paso a un receso. Nos reuniremos de nuevo en media hora para dictar veredicto —declaró el juez Travis.

Transcurrida media hora, todas las partes volvieron a reunirse en la sala. El juez Travis observó solemnemente a los presentes antes de continuar.

—Tras revisar la evidencia y considerar los argumentos presentados, concedo el divorcio a la Sra. Slater y otorgo la custodia exclusiva de los hijos a ella. Además, ordeno que se lleve a cabo un juicio separado para determinar las consecuencias legales del abuso doméstico —dictaminó con firmeza.

Harper sintió un alivio momentáneo al escuchar la decisión, sabiendo que había logrado obtener justicia para su amiga. Mackenzie se sintió abrumada por la emoción, pero esperanzada al poder dejar atrás ese capítulo oscuro de su vida y comenzar de nuevo.

Sin embargo, cuando Leonard escuchó el veredicto, no pudo contener su ira y se levantó de su asiento con virulencia.

—¡No, esto no puede estar pasando! —gritó Leonard fuera de sí —. ¡No me quitarán a mis hijos! ¡No lo permitiré!

El juez llamó al orden mientras los guardias de seguridad se acercaban para calmar a Leonard y llevarlo fuera de la sala.

Mackenzie observó la escena con tristeza y temor, sabiendo que el camino hacia la libertad no sería fácil a pesar de que la justicia parecía estar de su parte.Pero estaba decidida a seguir adelante por el bien de ella y de sus hijos.

Después de la tumultuosa escena en el juzgado, Harper y Mackenzie salieron juntas del edificio. El sol del atardecer teñía el cielo con tonos cálidos mientras se dirigían hacia el estacionamiento, donde el coche de Harper las esperaba.

—¿Estás bien, Mackenzie? —preguntó Harper con preocupación mientras desbloqueaba las puertas con el mando a distancia.

Mackenzie asintió con una sonrisa forzada, tratando de aparentar calma a pesar de la tormenta de emociones que la embargaba.

—Sí, estoy bien. Es solo que… no esperaba que fuera tan difícil —confesó, luchando por contener las lágrimas.

Harper le ofreció una mirada comprensiva mientras arrancaba el motor y comenzaban el viaje de regreso a Serene Falls.

—¿Sabes, Mackenzie?, has demostrado una fortaleza increíble hoy en el juzgado. No puedo imaginar lo difícil que debe ser todo esto, pero quiero que sepas que estoy muy orgullosa de ti —aseguró Harper con sinceridad.

Mackenzie asintió, agradecida por sus palabras reconfortantes. Estaba segura de que sin el apoyo de su amiga nunca habría llegado tan lejos.

—Gracias, Harper —respondió con voz temblorosa y emocionada.

—No, nada de esto habría sido posible si no hubieras sido tan valiente —replicó Harper con orgullo.

Una hora después, llegaron al rancho. Mackenzie y Harper fueron recibidas por Colt, quien las esperaba en el porche. Su rostro reflejaba una mezcla de preocupación y angustia mientras observaba a la mujer acercarse.

Mackenzie se detuvo frente a él, notando de inmediato la expresión preocupada de Colt y no pudo evitar sentir un cosquilleo en el estómago. Se sentía abrumada por las emociones del día, pero se esforzó por mantener la compostura.

—¿Qué tal ha ido la cosa?, ¿cómo te sientes? —preguntó preocupado.

Mackenzie respiró hondo antes de responder.

—Ha sido difícil —confesó, sintiendo el peso de la jornada sobre sus hombros—, pero… conseguí el divorcio. Además, el juez me otorgó la custodia exclusiva de los niños —explicó,

tratando de mantener la calma a pesar de la avalancha de emociones que la invadía.

—¿Y Leonard? —preguntó Colt, esta vez fijando su mirada en su hermana.

—Bueno, la verdad es que no pareció muy conforme con el veredicto —afirmó Harper—, y se puso algo violento, pero no pasó a mayores —añadió para tranquilizar a su hermano, cuya expresión se volvió fría.

—Lo siento mucho, debería haber estado allí —dijo Colt con pesar, lamentando no haber podido acompañarlas.

—No te preocupes, Colt —dijo Mackenzie agradecida—. Sé que estabas ocupado, es una época difícil en el rancho. Lo importante es que ahora puedo empezar de nuevo y centrarme en cuidar de mis hijos —añadió con resolución.

Colt contempló a Mackenzie con admiración, impresionado por la fortaleza y la entereza que demostraba en medio de la adversidad. La luz del sol del atardecer bañaba sutilmente su rostro, resaltando su expresión decidida mientras hablaba. Por un momento, Colt se sintió hipnotizado por su presencia, como si el mundo entero se detuviera ante la fuerza que emanaba de ella.

***

Criadero de caballos Chapman,
unos días después.

Brianna disfrutaba de su café mientras sus ojos se perdían en los vastos pastizales que se extendían más allá de su vista, ofreciendo un espectáculo de serenidad y belleza. Había reservado aquella mañana para ir a Serene Falls con Hailey, Jenna y Leo, con el propósito de recoger libros y comprar material escolar antes del inicio del nuevo curso. Los últimos tres meses habían sido un torbellino de emociones para ella. Aún le costaba asimilar que cada noche y cada mañana podía despertar con la calidez reconfortante de Jared a su lado.

—¿En qué estabas pensando? —Una voz la sacó de sus pensamientos, y al girarse, se encontró con Jared, el dueño de sus pensamientos, apoyado despreocupadamente en el umbral de la puerta. Sus intensos ojos verdes estaban fijos en ella mientras una sonrisa juguetona curvaba sus labios.

—En ti —confesó Brianna, devolviéndole la sonrisa—. Esta mañana no te escuché salir. ¿No deberías estar ahora mismo en los previos del sur? —preguntó, sorprendida. Jared era un hombre entregado por completo a su trabajo, y lo amaba por ello.

—Sí, debería estar allí —admitió Jared, alejándose de la puerta y acercándose a ella con una sonrisa traviesa—, pero no podía resistir más tiempo sin besarte. Han sido demasiadas horas —añadió, rodeando su cintura con una mano y atrayéndola hacia sí con ternura.

—¿Y a qué esperas? —replicó Brianna retadora.

El desafío en la voz de Brianna encendió una chispa en los ojos de Jared. Sin dudarlo, se inclinó hacia adelante, sus labios buscando los suyos con determinación. El beso comenzó con una suavidad que apenas rozaba la piel, pero pronto se intensificó, llenándolos de una pasión desbordante. Brianna se aferró a los hombros de Jared, sintiendo el latido acelerado de su corazón resonar en el suyo. Los labios de Jared se movían con una destreza cautivadora, explorando cada rincón con fervor mientras el mundo a su alrededor se desvanecía. Para Brianna, no había nada más que la sensación embriagadora de estar perdida en el abrazo ardiente de Jared,

entregándose por completo al momento presente. Y en ese instante, en medio del beso apasionado, todo lo demás desapareció, dejando solo el eco de sus latidos entrelazados en el aire.

Hailey entró en ese momento con la mochila colgada al hombro. Su expresión inicial fue de sorpresa, pero rápidamente se transformó en una sonrisa traviesa cuando descubrió a Brianna y Jared besándose apasionadamente.

—¡Ups! —exclamó Hailey para hacerse notar—. ¿Interrumpo algo? —preguntó con una sonrisa traviesa.

Brianna y Jared se separaron rápidamente, sorprendidos por la interrupción, pero una sonrisa cómplice se dibujó en sus rostros mientras se miraban el uno al otro.

—Oh, Hailey, lo siento —se disculpó sonrojada.

Jared, por su parte, se pasó una mano por el cabello, intentando disimular su ligera incomodidad.

—¡Oh, Bree!, no te preocupes por mí. No es la primera vez que veo a dos tortolitos besándose —replicó Hailey divertida mientras le guiñaba un ojo a su hermana.

—Hailey, eres tremenda —replicó Jared, sin saber si debía enfadarse o reírse a carcajadas tras la respuesta de Hailey.

Brianna soltó una risita nerviosa mientras se ajustaba el cabello, tratando de recuperar la compostura después de haber sido sorprendida por su hermana pequeña en medio de un momento tan íntimo.

—Bueno, será mejor que nos marchemos. Jenna y Leo ya deben estar esperándonos. ¿Estás lista? —preguntó Brianna, cambiando de tema.

Hailey asintió entusiasta, lista para la aventura.

—¡Sí! —exclamó emocionada.

—Entonces, ¿nos vamos? —propuso Brianna, antes de aproximarse a Jared para darle un ligero beso en los labios a modo de despedida.

Hailey, testigo del gesto, no pudo evitar volver a sonreír al ver que las dos personas más importantes de su vida eran tan felices.

Una hora después, el tintineo constante de la campanilla sobre la puerta de la única papelería de Serene Falls anunciaba la entrada y salida continua de clientes. Brianna, con una lista en la mano, recorría los estantes repletos de material escolar junto a Hailey, Jenna y Leo. Mientras Hailey y Jenna discutían animadamente sobre qué cuadernos escoger, Leo parecía aburrido.

En un descuido de Brianna, Leo se escabulló hacia la puerta, atraído por la curiosidad de lo que había más allá. Afuera, el sol de la mañana iluminaba la calle, y entre la multitud de transeúntes, Leo distinguió una figura familiar: su padre.

—¡Papá! —exclamó Leo, corriendo hacia él con una sonrisa radiante.

Leonard se sorprendió al ver a su hijo, pero se agachó para recibirlo con los brazos abiertos.

—¡Hola, campeón! ¿Qué haces por aquí? —preguntó, acariciando la cabeza de Leo con mano torpe.

Leo, emocionado por ver a su padre después de tanto tiempo, comenzó a contarle por qué estaba en Serene Falls, sin darse cuenta de la mirada calculadora de su padre.

—¿Y cómo está mamá? —inquirió Leonard, con un deje de interés fingido.

Leo, sin sospechar las intenciones detrás de la pregunta, respondió con entusiasmo, compartiendo detalles sobre la vida cotidiana en el rancho.

Leonard tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no estallar cuando descubrió la admiración que su hijo sentía por Colt Duncan, el dueño del rancho Moonlight. Pero lo que le inquietaba más era la creciente complicidad entre su exesposa y Colt, que había descubierto al leer entre líneas en el relato de su hijo.

—¿Y tú cómo estás, papá? —preguntó Leo preocupado.

—Pues no muy bien, hijo —comenzó Leonard con voz triste, aunque era todo fingido—. Os echo mucho de menos a ti y a tu hermana. Pero sobre todo a mamá. La extraño mucho.

—¿Por eso no vienes a vernos? —preguntó el niño inocentemente.

—Hijo, no digas eso, a mí me encantaría ir a veros a ti y a tu hermana. Pero tu madre no quiere, y creo que todo es culpa de su jefe.

Con sutileza, Leonard insinuó que Colt tenía la culpa de todo, que era quien le estaba robando el cariño de Mackenzie, que había convencido a su madre para que él no pudiera visitarlos. Leo, confundido y vulnerable, absorbió las palabras de su padre como una esponja.

Mientras tanto, Brianna, preocupada por la ausencia repentina de Leo, salió de la papelería y lo encontró conversando con su padre. Una mezcla de emociones la invadió al verlos juntos, pero sobre todas ellas resaltaba la culpa por no haber estado más pendiente del pequeño.

—¿Está todo bien, Leo? —preguntó, acercándose con cautela.

—Sí—contestó Leo, aunque su mirada reflejaba una tormenta interna de dudas y confusión.

—Bien, pues vamos —replicó Brianna mientras cogía la mano del niño. Solo quería separarlo de Leonard a toda costa.

—¿Qué pasa? —exclamó Leonard con evidente malestar—. ¿Acaso no tengo derecho a hablar unos minutos con mi hijo? —le reclamó a Brianna.

—Esa decisión no la tomé yo, sino el juez —respondió Brianna, decidida a no amilanarse a pesar de la mirada torva que Leonard le dedicó.

Ante la respuesta firme de Brianna, Leonard frunció el ceño, visiblemente molesto, pero no insistió más. Sabía que no podía forzar la situación en ese momento.

—Está bien, pero hijo —añadió clavando su mirada en el rostro del niño—, no olvides que soy tu padre y te quiero —dijo con tono lastimero antes de alejarse por la calle comercial.

Brianna observó a Leonard con una mezcla de resentimiento y preocupación.

—¿Estás bien, Leo? —preguntó, volviendo su atención al niño.

Leo asintió débilmente, pero su expresión seguía siendo sombría. La influencia de su padre en él era evidente, y Brianna se sentía culpable e impotente ante la situación.

CAPÍTULO 21

Rancho Moonlight

El sol se estaba poniendo sobre el horizonte, tiñendo el cielo de tonos dorados y rosados mientras Erin revisaba la pata de Trueno. Había decidido ir al rancho Moonlight con la única intención de comprobar si el tratamiento que le había aplicado al animal una semana antes había surtido efecto. Estaba concentrada en la tarea cuando escuchó unos pasos a su espalda. Al girarse, descubrió que se trataba del hombre que llevaba una semana apareciendo en sus sueños.

Jt acababa de llegar de los pastos del norte. Había decidido concluir su jornada laboral y por eso se había dirigido al establo para dejar a su caballo después de un largo y agotador día.

Cuando sus miradas se encontraron, ambos sintieron una chispa de incomodidad en el aire. Erin fue repentinamente consciente de la presencia de Jt, y una oleada de nervios recorrió su cuerpo. Él, por su parte, se encontró incapaz de apartar la mirada de la joven, sintiéndose cautivado por su belleza sencilla y natural.

—Hola, Erin —saludó, intentando disimular la ligera tensión en su voz.

—Hola, Jt —devolvió ella el saludo con una sonrisa forzada.

Un embarazoso silencio se instaló entre ellos, interrumpido solo por el sonido suave de los caballos masticando su heno. Jt buscó desesperadamente algo que decir para romper el hielo, pero las palabras parecían haberse quedado atrapadas en su garganta.

Finalmente, después de unos segundos que parecieron una eternidad, dio un paso adelante, acercándose tímidamente a Erin.

—¿Cómo está Trueno? ¿Encontraste algo que explique su cojera? —indagó, esperando que la pregunta pudiera aliviar un poco la tensión.

Erin se relajó un poco ante la pregunta impersonal de Jt y comenzaron a hablar sobre el estado del corcel y las posibles causas de su dolencia. A medida que la conversación fluía, la tensión inicial comenzó a disiparse.

—Bueno, pues ya he acabado aquí —dijo Erin tras cerrar su maletín, situado sobre una mesa cercana—. Si notas cualquier cambio en Trueno, solo tienes que avisarme —añadió mientras aferraba el asa de cuero y cargaba con ella en la mano.

—Claro, lo haré. Tengo tu número —replicó Jt, aunque se sintió algo estúpido al pronunciar esas palabras.

Jt estaba situado en medio de la puerta del box donde Erin había estado trabajando, y cuando ella se aproximó hasta él, no fue capaz de moverse. Sus miradas se unieron, y un impulso irresistible los llevó a acercarse. Sus labios se encontraron en un beso suave pero lleno de pasión. En ese instante, el mundo entero pareció detenerse mientras se perdían el uno en el otro, dejando atrás cualquier atisbo de duda.

Cuando finalmente se separaron, sus respiraciones entrecortadas resonaron en el aire fresco de la tarde. Sus miradas seguían fijas la una en la otra, cargadas de emoción y complicidad, mientras una sonrisa tímida se dibujaba en los labios de ambos.

—Lo siento, no sé qué ha pasado —murmuró Erin, sintiéndose un poco avergonzada por

lo que acababa de suceder. No era nada profesional por su parte acabar besándose con el capataz de un rancho.

—No te disculpes. Fue… increíble —respondió Jt, su voz llena de sinceridad y admiración.

—¿Y ahora qué? —cuestionó Erin, confusa con la situación.

Jt se quedó en silencio por un momento, contemplando a la joven con una mezcla de sorpresa y decisión en sus ojos.

—No lo sé con certeza —admitió finalmente—. Pero estoy dispuesto a averiguarlo si tú lo estás.

Erin sintió un torbellino de emociones al escuchar su respuesta. Por un lado, la idea de explorar lo que había surgido entre ellos la emocionaba, pero por otro, sentía el peso de las expectativas y las complicaciones que podrían surgir debido a su profesión. Con lo que le había costado ganarse una reputación, no quería quedar relegada a ser la última conquista de Jt.

—Es solo que… no sé si es lo correcto —murmuró Erin, buscando las palabras adecuadas para expresar sus preocupaciones.

—Entiendo tus reservas —afirmó él comprensivo—. Pero no podemos ignorar lo que ha pasado entre nosotros —añadió—. Si quieres, podemos tomar las cosas con calma, conocernos, y cuando estemos seguros, dar el siguiente paso. Te prometo que esto no tiene por qué enturbiar nuestra relación laboral. Al fin y al cabo, solo somos dos personas que se sienten atraídas y que quieren conocerse, y eso lo podemos hacer fuera del trabajo, ¿no crees?

Erin asintió con una sonrisa suave, sintiendo un destello de emoción ante la idea de conocer mejor a Jt. A fin de cuentas, y aunque intentara negarlo, se sentía irresistiblemente atraída por él.

—Me parece bien —aceptó finalmente.

Jt sonrió complacido al escuchar sus palabras. Con un sentimiento de anticipación en el aire, se despidieron con una promesa que presagiaba el comienzo de algo nuevo y emocionante.

***

Rancho Moonlight,
unos días después

La cocina estaba impregnada con el aroma reconfortante de la comida que Mackenzie había preparado con esmero. Aquel día se había esforzado un poco más porque tenían invitados. El centro de la mesa estaba ocupado por un guiso de carne tierna y aromática, acompañado de una generosa porción de puré de patatas cremoso. A un lado había una ensalada fresca y colorida, adornada con vegetales crujientes, y al otro, reposaba una cesta de pan recién horneado.

Mientras Mackenzie servía los platos, Brianna, Hailey y Jenna charlaban animadamente, disfrutando del ambiente acogedor de la cocina. El repiqueteo de los cubiertos y el suave murmullo de las conversaciones llenaban el espacio creando una atmósfera cálida y familiar.

En un momento dado, Colt decidió elogiar el trabajo de Mackenzie.

—No he comido nunca una carne tan sabrosa y blanda en toda mi vida. Y la salsa… mmm —exclamó mientras cogía un trozo de pan y lo mojaba en la salsa. El gesto de Colt hizo sonreír a gran parte de la mesa, que comenzó igualmente a elogiar las habilidades culinarias de Mackenzie, quien sintió sus mejillas arder de gratitud y modestia.

Sin embargo, de repente, Leo, con una expresión de enfado en su rostro, lanzó una mirada de ira hacia ella.

—¡Mamá! ¿Cómo has sido capaz de hacer el plato favorito de papá para él? ¡Le has traicionado!

—Leo, yo… —intentó rebatir Mackenzie cuando se hubo recuperado de la sorpresa inicial.

—¡Eres una mala persona! —explotó el niño, dando la vuelta al plato, que acabó esparcido por la mesa—. ¡Una bruja!

—¡Leo! —exclamó Colt sin poder contenerse—. ¿Cómo te atreves a tratar así a tu madre? —preguntó con voz molesta, su rostro reflejaba una mezcla de sorpresa y enfado ante el súbito arrebato del niño.

—Tú no te metas, sé que quieres ligar con mi madre —replicó Leo, dirigiendo su mirada furiosa hacia él, acusándolo con un gesto tembloroso.

El silencio se apoderó de la cocina, roto solo por el sonido de la silla de Leo al ser empujada hacia atrás mientras se levantaba de la mesa. Con pasos pesados y ojos llenos de lágrimas de rabia, salió corriendo de la casa, dejando a los demás atónitos y preocupados por su reacción.

Colt se levantó, dispuesto a ir tras él, pero su hermano Jared le detuvo colocando una mano sobre su hombro.

—Será mejor que vaya yo —aconsejó antes de abandonar su asiento y seguir al pequeño al exterior de la casa.

Mientras tanto, Brianna, visiblemente preocupada, se dirigió a Mackenzie, que en ese momento era consolada por Jenna.

—Lo siento, Mackenzie —dijo con voz triste, mostrando su empatía por la difícil situación.

—Tú no tienes culpa de nada —replicó Mackenzie, sorprendida por la actitud de su amiga y agradecida por su apoyo.

—Quizás sí —confesó la aludida—. La verdad es que me despisté un segundo y Leo salió de la papelería. Y cuando fui a buscarlo, lo encontré con su padre —declaró pesarosa.

—¿Su padre…? —boqueó Mackenzie, impactada por la revelación que le acababa de hacer su amiga.

La idea de que Leonard se hubiera atrevido a envenenar a su hijo en su contra fue como si un cuchillo se clavara en su corazón. Había luchado mucho para que Leo no se enterara de nada, con la única intención de que siguiera siendo un niño inocente y bondadoso. Pero en un instante, Leonard había echado por tierra todo su esfuerzo, sin importarle dañar la mente de su propio hijo.

—Sí, solo estuvo unos minutos con él, pero debió ser suficiente para meterle ideas absurdas en la cabeza —replicó Brianna con tristeza y culpabilidad.

Colt escuchaba la conversación en completo silencio, meditando pausadamente sobre lo sucedido. Estaba claro que Leonard Slater no iba a dejar en paz a Mackenzie y a sus hijos, y comenzaba a sentirse cansado de la situación. Si nadie parecía capaz de detenerlo, él mismo se encargaría de hacerlo.

Mientras tanto, fuera de la casa, Jared encontró a Leo sentado en un banco situado junto al establo. Su mirada estaba perdida en la oscuridad de la noche. Se acercó con cuidado y se sentó a su lado, para que el niño no se sintiera intimidado. Tras varios minutos en silencio,

finalmente se atrevió a conversar con él.

—Leo, ¿quieres hablar de lo que ha pasado? —preguntó Jared con suavidad, esperando a que el niño estuviera listo para abrirse.

Leo se quedó en silencio por un momento, luchando contra las emociones que lo abrumaban mientras jugueteaba nerviosamente con la peonza que siempre llevaba en el bolsillo y que le había regalado el propio Jared. Finalmente, con la voz entrecortada por el llanto, comenzó a relatar lo que le ocurría.

—Yo no quería portarme mal con mamá —confesó arrepentido de la forma en que la había tratado—, pero papá me dijo que es ella quien no nos deja que le veamos. Y también dijo que Colt tiene la culpa de todo lo que está pasando, que él quiere ocupar su lugar en nuestra familia.

—¿Y tú crees eso realmente? —preguntó Jared con voz pausada.

Leo se quedó pensativo por un momento, sus ojos reflejaban la confusión y la angustia que sentía en su interior.

—No lo sé —confesó finalmente—. Papá me contó cosas malas de mamá, pero sé que ella siempre ha hecho lo posible por cuidarnos y darnos lo mejor. Y Colt… él ha sido amable con nosotros. No entiendo por qué papá me dijo esas cosas —confesó algo más calmado.

Jared asintió comprensivamente, dejando que las palabras del niño se asentaran.

—A veces, las personas dicen cosas para lastimar a los demás, pero no siempre lo que dicen es cierto. Recuerda que tu papá está enfadado con tu mamá, y quizás por eso dice esas cosas feas de ella. Lo importante es que sepas que puedes confiar en tu mamá, que os adora ti y a tu hermana y haría cualquier cosa por vosotros. Lo sabes, ¿verdad?

Leo asintió, mientras una sombra de alivio cruzaba su rostro.

—Gracias, Jared —expresó agradecido.

—Es un placer, colega. Somos amigos, ¿no? —replicó Jared con una sonrisa cómplice. Después de un breve silencio, Jared decidió cambiar de tema para aligerar el ambiente—. Oye, ¿has visto el nuevo potrillo que ha llegado al criadero? Es realmente impresionante. ¿Te gustaría echarle un vistazo mañana?

—¡Claro! Me encantaría verlo —replicó Leo con entusiasmo.

La sonrisa volvió al rostro del niño, y pronto los dos estaban inmersos en una animada conversación sobre los caballos y las aventuras que podrían tener juntos en el rancho.

CAPÍTULO 22

Serene Falls,
al día siguiente

Colt empujó con ímpetu la puerta de la tienda de productos agrícolas de Leonard. Como esperaba, el lugar estaba desierto a esa hora tan temprana, lo cual había planeado deliberadamente. Leonard, detrás del mostrador, alzó la vista del periódico que hojeaba con una expresión que oscilaba entre la sorpresa y la hostilidad al reconocer al dueño del rancho donde ahora vivían Mackenzie y sus hijos.

—¿Qué se te ofrece, Duncan? —dijo con frialdad, sus ojos brillaban con una mezcla de desafío y desdén.

—Leonard, no voy a perder el tiempo yéndome por las ramas. Tenemos que hablar sobre las mentiras que le contaste el otro día a Leo —respondió Colt. Su voz resonó con firmeza mientras se acercaba al mostrador.

La mandíbula de Leonard se tensó.

—Eso no es asunto tuyo, Duncan. Soy su padre y puedo contarle a mi hijo lo que me plazca —respondió con arrogancia y un punto de desprecio, abandonando el mostrador para plantarse frente a Colt, dejándole claro que no le tenía miedo.

—Lo que haces es perjudicial para ellos. Si no paras, habrá consecuencias —advirtió Colt con evidente tono amenazante.

La tensión en la tienda era palpable mientras los dos hombres se enfrentaban con miradas desafiantes. Ninguno de los dos parecía dispuesto a ceder ni un ápice en su postura. Pero justo cuando todo parecía a punto de estallar, la puerta se abrió para dar paso a Liam, el *sheriff* del pueblo.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió, su mirada clavándose en los dos hombres que parecían a punto de enzarzarse en una pelea.

—No es asunto tuyo, Liam. Estábamos teniendo una conversación privada —respondió Colt, su tono era tenso.

El *sheriff* frunció el ceño, claramente preocupado por la situación.

—Lo siento, Colt, pero tengo la impresión de que esto no es una simple conversación, y, como comprenderás, no voy a permitir que vaya a más —insistió Liam, firme pero tranquilo.

Leonard aprovechó la oportunidad, buscando apoyo en la autoridad.

—*Sheriff* Mayers, este hombre está tratando de interferir en mi relación con mi mujer y mis hijos —acusó Leonard, con su voz cargada de resentimiento.

—Mackenzie ya no es tu mujer —replicó Colt con desprecio—. Y solo estoy tratando de proteger a tu hijo de tus mentiras y manipulaciones.

Liam observó la situación con seriedad. Era evidente que la tensión entre los dos hombres estaba en su punto más álgido, y tenía la responsabilidad de evitar cualquier altercado.

—Está bien, vamos a calmarnos todos. Colt, entiendo tu preocupación, pero la situación no se arreglará con una pelea. Y tú, Leonard, también necesitas mostrar un poco de calma —dijo Liam con autoridad, dirigiéndose a ambos hombres.

Colt asintió, aunque su mandíbula seguía tensa por la ira contenida. Sabía que su cuñado tenía razón, pero era difícil mantener la calma cuando se trataba de proteger a Mackenzie y a los niños de las artimañas de aquel maltratador.

—Está bien —aceptó a regañadientes—. Me marcho, pero esto no ha acabado —añadió clavando su mirada con intensidad en Leonard antes de salir por la puerta con paso airado.

—Leonard, te recuerdo que tienes una orden de alejamiento de Mackenzie —le recordó Liam, que estaba al tanto de todo—. Por favor, hazte un favor y deja en paz a tu exmujer y a los niños o me veré en la obligación de detenerte —le advirtió con firmeza.

—Entendido, *sheriff* —respondió Leonard con un tono más calmado, aunque la frustración seguía latente en sus ojos.

Liam asintió y salió de la tienda, dejando a Leonard sumido en sus oscuros pensamientos. Poco después alcanzó a Colt, que estaba a punto de llegar a su coche, y lo detuvo, colocando su mano sobre su hombro.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación.

Colt respiró profundamente, tratando de calmarse antes de responder.

—Lo siento. No debería haberme dejado llevar así. Pero ese tipo… me saca de quicio —confesó, con su voz llena de amargura mientras le relataba lo sucedido el día anterior.

—Entiendo tu malestar, pero tienes que controlarte. No creo que más violencia ayude en nada a Mackenzie y a sus hijos. Lo entiendes, ¿verdad?

Colt asintió, pero su semblante seguía sombrío.

—Lo sé. Lo intentaré. Es que no puedo soportar ver cómo trata Leonard a Mackenzie y a los niños. Me hiere saber que ella ha tenido que pasar por tanto dolor por culpa de ese hombre —confesó con angustia.

Liam colocó una mano reconfortante en su hombro, mostrando así su solidaridad.

—Lo entiendo, de verdad. Pero no puedes dejarte llevar por la ira. ¿Qué podemos hacer para ayudar a Mackenzie y a los niños en esta situación? —preguntó, buscando una solución práctica.

Colt suspiró, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, y sin saber ni cómo ni porqué decidió contarle al *sheriff* lo que llevaba semanas atormentándole.

—No lo sé, Liam. La verdad es que estoy empezando a sentir algo por Mackenzie. Algo más que simple preocupación o amistad. Y, si te soy sincero, me siento perdido. A lo largo de mi vida he tenido bastantes relaciones con mujeres, aventuras pasajeras y alguna relación algo más duradera, pero esto es distinto, Mackenzie es distinta, y no sé cómo tratarla —confesó Colt en un tono apenas audible, como si temiera incluso pronunciar esas palabras en voz alta.

Liam lo miró con sorpresa al principio. Luego asintió, serio.

—Entiendo. Si te soy sincero, no sé qué decirte —confesó Liam—. Solo puedo aconsejarte que vayas despacio, Mackenzie ha debido sufrir mucho a lo largo de estos años y seguramente sienta rechazo por el género masculino —vaticinó.

***

Serene Falls,
esa misma noche

Erin se encontraba recostada detrás del mostrador de la clínica veterinaria, luchando

contra el letargo que la envolvía. Un bostezo tras otro se escapaba de sus labios mientras la tenue luz de la sala de espera apenas conseguía iluminar el lugar. El silencio solo era interrumpido por el ocasional tictac de un reloj de pared y el zumbido constante de la luz fluorescente. Los pacientes habituales ya habían sido atendidos y los casos de emergencia parecían haberse calmado por el momento, pero el cansancio pesaba sobre los hombros de Erin y sus párpados se sentían cada vez más pesados. Aunque se estiraba en su silla intentando mantenerse despierta, la comodidad del asiento y el ambiente tranquilo conspiraban en su contra.

De pronto, un sonido insistente rompió la monotonía. Alguien llamaba con urgencia a la puerta de la clínica. Erin se enderezó de inmediato, luchando contra el sueño mientras se preparaba para atender a quien necesitara sus servicios.

Al abrir la puerta, se sorprendió al encontrarse con Jt al otro lado. Su corazón comenzó a latir con fuerza en su pecho y una extraña sensación de vértigo la invadió cuando sus ojos castaños se encontraron con los suyos. Por un instante, deseó poder cerrar la puerta y alejarse, negándose a enfrentar lo que sentía por él. Sin embargo, Jt no estaba solo; lo acompañaba la señora Everest, sosteniendo entre sus brazos al pequeño perro de la adorable anciana, Peluchín, a quien Erin conocía bien.

—¿Qué le ha sucedido a Peluchín? —inquirió Erin, apartándose para dar paso a la extraña pareja. Luego extendió sus manos hacia Jt y tomó con cuidado al pequeño perro entre sus brazos, evaluando rápidamente su estado. La respiración del animal era rápida y superficial, y podía notar signos evidentes de lesiones.

Con urgencia palpable, se apresuró a llevar al perro a una de las salas de examen, mientras Jt y la señora Everest la seguían con gestos de preocupación. Una vez dentro, colocó al pequeño paciente en la mesa metálica y comenzó a revisarlo meticulosamente, buscando cualquier indicio de lesiones o traumatismos.

Mientras tanto, la señora Everest se dispuso a contarle a Erin lo sucedido.

—Estábamos regresando a casa después de hacer unos recados cuando Peluchín salió corriendo tras una ardilla, ya le conoces. Y de pronto apareció un coche de la nada y desapareció igual de rápido, el muy sinvergüenza. Yo llegué hasta Peluchín, estaba muy nerviosa y no sabía qué hacer. Entonces este joven detuvo su coche, porque estábamos en medio de la carretera, y se ofreció a ayudarme —concluyó la anciana con lágrimas en los ojos, visiblemente afectada.

Con cuidado, Erin palpó las áreas sensibles en el cuerpo de Peluchín, verificando la gravedad de sus lesiones y buscando cualquier signo de trauma interno. Mientras tanto, Jt permanecía al lado de la anciana, intentando brindarle consuelo.

Finalmente, Erin terminó su examen y se volvió hacia Jt y la señora Everest con una expresión seria pero tranquilizadora.

—Peluchín tiene algunas lesiones, pero parece que ninguna de ellas es grave —anunció —. Voy a comenzar el tratamiento para aliviar su dolor y asegurarnos de que esté lo más cómodo posible mientras se recupera.

La señora Everest dejó escapar un suspiro de alivio y agradecimiento.

—Gracias, Erin, por todo lo que estás haciendo por Peluchín —dijo mientras se enjugaba las lágrimas con un pañuelo de tela blanco.

—Deberíamos dejarlo ingresado, pero usted puede regresar a casa. Estoy segura de que Ronald estará muy preocupado —sugirió Erin, dirigiéndose a la señora Everest.

La mujer la miró con cierta duda, y echó una mirada más al perro antes de responder. Parecía reacia a dejar solo a su amado Peluchín.

—Yo me quedaré con él —se ofreció Jt.

—¿De verdad harías eso por mí? —preguntó la mujer sorprendida.

—Por supuesto, y de paso haré compañía a Erin —expresó Jt—. Pero antes la llevaré a casa.

—Gracias, mi niño —respondió la mujer mientras se agarraba al brazo que él le tendía—. Dios te pague tu bondad —añadió mientras se dirigían al exterior después de que la mujer le diera un beso en la cabeza a su compañero peludo.

Erin observó con una sonrisa el gesto de la mujer y vio cómo la extraña pareja salía de la clínica antes de regresar a la sala de curas para comenzar con el tratamiento. Media hora después, la puerta volvió a sonar y Erin se apresuró a abrir. Para su sorpresa, descubrió que se trataba de Jt.

—¿Qué haces aquí otra vez? —preguntó Erin notando un cosquilleo en el estómago.

—Le hice una promesa a la señora Everest —replicó Jt, guiñándole un ojo divertido por la expresión azorada de ella—. Además, me dio algo para que lo compartiéramos —añadió mientras elevaba una bolsa de papel marrón. Erin dudó unos segundos, pero finalmente decidió dejarlo entrar—. ¿Cómo está nuestro pequeño amiguito? —preguntó Jt, siguiendo a Erin por el pasillo apenas iluminado.

—Dormido. Le acabo de dar un calmante —respondió ella. Entró en la sala de descanso y encendió la luz.

Jt se aproximó a la mesa y dejó la bolsa sobre la superficie. Husmeó en su interior y sacó un termo y una caja de cartón que, al abrir, reveló dos grandes porciones de tarta de chocolate que hicieron salivar a Erin.

—¿Y esto? —preguntó ella, confundida.

—La hizo la señora Everest esta tarde. Pensó que nos vendría bien para sobrellevar la noche —explicó Jt, con una sonrisa pícara en los labios.

Erin aceptó la tarta con una sonrisa de agradecimiento y se sentó frente a Jt. Mientras saboreaban cada bocado, la joven compartió con su acompañante graciosas anécdotas sobre Peluchín.

Entre risas y conversaciones varias, el ambiente tenso pareció disiparse, dando paso a un espacio cómodo y distendido.

—Por cierto, ¿recuerdas que acordamos quedar un día para aclarar lo que ha surgido entre nosotros? —soltó él de improvisto, aunque prefirió no recordarle que no se había dignado a contestar a sus mensajes. Estaba seguro de que no era porque no estuviera interesado en él, sino porque tenía miedo, y eso le enterneció.

Erin notó que su cuerpo se tensaba y su corazón se aceleraba en su pecho. Por supuesto que recordaba aquel «casi beso», pero prefirió hacerse la tonta.

—No, la verdad es que no —respondió, desviando la mirada de él.

—Bueno, como quieras —replicó Jt limpiándose los dedos en la servilleta de papel y poniéndose en pie para acercarse a la silla que ocupaba Erin.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella desconcertada.

—Es simple, pretendo refrescarte la memoria —dijo el capataz con una sonrisa divertida mientras tomaba su mano y la obligaba a levantarse hasta que quedaron frente a frente.

Entonces, sin esperar más, tomó suavemente el rostro de Erin entre sus manos y se inclinó hacia ella, sellando sus labios en un beso suave pero lleno de pasión. Erin se sintió abrumada por la intensidad del momento, pero se dejó llevar por la magia del momento que

estaban compartiendo.

Los labios de ella sabían a chocolate, un dulce recuerdo del postre que habían compartido momentos antes. Sus corazones latían al unísono mientras sus cuerpos se acercaban aún más, buscando una conexión más profunda. Las manos de Jt acariciaban con ternura la suave piel de Erin, y sus lenguas se encontraban en un baile ardiente y apasionado.

Se perdieron en el momento, olvidando el mundo exterior y entregándose por completo al torbellino de emociones que los envolvía. Era como si el tiempo se hubiera detenido, dejándolos atrapados en un universo paralelo donde solo existían ellos dos y la intensidad de la pasión.

CAPÍTULO 23

Rancho Moonlight,
unos días después

Mackenzie se encontraba en su habitación, rodeada de prendas de ropa esparcidas desordenadamente sobre la cama. Jenna estaba sentada en la esquina, observando con interés mientras su madre intentaba decidir qué ponerse.

—¿Qué te parece este? —preguntó Mackenzie, sosteniendo el vestido negro que había utilizado para asistir al juicio, y que era el mejor que tenía.

La chica frunció el ceño, estudiando el vestido con atención. Para su gusto era demasiado formal, por no hablar que era serio y aburrido.

—Es bonito, pero creo que el azul, el que te compraste para la boda de la prima Leslie, te queda mejor —respondió con una sonrisa.

Mackenzie asintió, se levantó y fue hacia el armario, buscando el vestido que su hija había mencionado. Después de unos momentos de rebuscar entre las prendas, lo encontró y lo sostuvo frente a ella.

El vestido era de un azul profundo que resaltaba sus ojos.Tenía un corte elegante pero no demasiado formal. Era perfecto para la ocasión, una reunión casual con amigas, pero también le daba un toque de sofisticación. Mackenzie sonrió, agradeciendo la ayuda de su hija.

—Tienes razón, este es mucho mejor —dijo, admirando el vestido.

—¿Necesitas ayuda para peinarte o maquillarte? —se ofreció Jenna cuando Mackenzie terminó de ponerse el vestido y las sandalias. Estaba entusiasmada por participar en la transformación de su madre para la noche de chicas.

Mackenzie asintió, feliz con la oferta. Juntas se pusieron manos a la obra, moldeando su cabello castaño en ondas y aplicando un maquillaje suave y natural. Mackenzie disfrutó enormemente de la conexión entre madre e hija que compartían en ese momento.

Una vez que estuvo lista, Mackenzie se levantó y se miró en el espejo con una sonrisa de satisfacción. Habían pasado años desde la última vez que se había tomado el tiempo para maquillarse y arreglarse de esa manera, y la sensación de verse diferente le resultaba extraña pero emocionante.

—¿Qué te parece? —preguntó, girándose hacia su hija.

Jenna la miró con una sonrisa de aprobación.

—Te ves increíble, mamá —dijo con entusiasmo—. Tus amigas se van a quedar sin palabras cuando te vean.

Mackenzie sonrió, agradecida por el apoyo de la muchacha. Sabía que aquella noche sería especial, y estaba emocionada por reunirse con Tricia, Brianna y Harper.

Una vez lista, Mackenzie bajó las escaleras, sintiéndose renovada y expectante por la noche que le esperaba. Sin embargo, mientras descendía, su mirada descubrió a Colt, que permanecía quieto al pie de la escalera. Sus ojos se encontraron y Mackenzie se detuvo por un momento, sintiendo una corriente eléctrica recorrer su cuerpo ante la intensidad de su mirada.

—Buenas noches, Mackenzie. Estás preciosa —la alabó Colt con voz suave y la mirada

fija en ella cuando estuvieron frente a frente.

—Buenas noches, Colt —respondió, tratando de ignorar la forma en que su corazón latía con fuerza en su pecho.

El silencio entre ellos se volvió casi tangible, llenando el aire con una electricidad que ninguno de los dos podía ignorar. Por un momento, Mackenzie se perdió en los ojos azules de él, sintiendo una conexión intensa y profunda que la dejó sin aliento. Sin embargo, antes de que pudieran decir algo más, Jenna apareció por detrás, interrumpiendo el momento.

—Sí, mamá está radiante —dijo con una gran sonrisa, rompiendo el hechizo.

—Gracias, tesoro —replicó Mackenzie agradecida.

—¿Ya te vas, mamá? —preguntó Leo, que había aparecido en ese momento trotando desde el salón, donde estaba viendo la tele.

—Sí, y me marcho ya o llegaré tarde —confesó, comprobando la hora en su reloj. Al elevar su mirada, esta se volvió a encontrar con la de Colt—. ¿Seguro que no te importa quedarte con los niños? —cuestionó.

—Por supuesto que no —afirmó Colt—, de lo contrario, no me habría ofrecido.

Mackenzie asintió con una sonrisa nerviosa, agradecida por la disposición de Colt. Sabía que sus hijos estarían en buenas manos. Con una última mirada hacia todos, se despidió y se dirigió hacia su coche, lista para encontrarse con sus amigas y disfrutar de la noche que le esperaba.

Al llegar al Whispering Oaks Cafe, Mackenzie aparcó el coche en la puerta y entró en el local con una sonrisa radiante. El ambiente bullicioso y acogedor del lugar la hizo sentirse bienvenida. Se dirigió hacia la mesa donde ya estaban Brianna, Harper y Tricia y las saludó efusivamente.

La noche transcurrió entre risas, anécdotas y cotilleos. Finalmente, unas horas después, Mackenzie regresó al rancho, satisfecha y renovada. El aire fresco de la noche todavía se aferraba a su piel cuando cerró la puerta tras de sí. Al encender la luz de la sala de estar, vio a Colt medio dormido en el sofá, con una manta arrugada a sus pies.

Dudó durante unos minutos, pero finalmente se acercó y tomó la manta para cubrirlo, pero justo cuando estaba a punto de hacerlo, él se movió y abrió los ojos.

—Mackenzie… —murmuró, parpadeando para enfocar su mirada.

—Lo siento, no quería despertarte —susurró Mackenzie retrocediendo.

Colt se enderezó un poco, frotándose los ojos con las manos.

—No te preocupes. ¿Qué hora es? —preguntó, bostezando.

—Casi medianoche. ¿Por qué no estás en la cama? —inquirió ella con una sonrisa leve.

—Me quedé esperándote —confesó mientras se pasaba una mano por el pelo revuelto—. No podía dormirme sin saber que habías llegado bien.

—¿Y los niños? —preguntó la mujer, intentando deshacerse del cálido cosquilleo que había sentido en el estómago al escuchar las palabras de Colt—. ¿Están bien?

—Sí, y se han portado genial. Cenamos pizza, vimos una peli y luego se acostaron —respondió mientras se levantaba del sofá y estiraba su cuerpo entumecido—. ¿Y tú? ¿Lo has pasado bien? —preguntó interesado mientras se acercaba a Mackenzie, dejando un espacio íntimo entre ellos mientras compartían una breve mirada.

Mackenzie se sintió ligeramente nerviosa ante la proximidad de Colt, pero no pensaba huir a pesar de sentir que estaba situada a pocos pasos de un precipicio. No podía seguir engañándose, se sentía irremediablemente atraída por Colt y deseaba que algo sucediera entre

ellos.

—Genial, y ahora sé que lo necesitaba. Ha sido como un soplo de aire fresco —respondió, dejando escapar un suspiro de satisfacción.

Colt asintió, compartiendo su felicidad.

—Me alegro de que lo hayas pasado bien. Te ves radiante.

Ella sintió un rubor subir por sus mejillas ante el cumplido.

—Gracias, eres muy amable —replicó con voz apagada.

—No es amabilidad, solo digo la verdad —dijo él acortando la distancia que separaba sus cuerpos.

Mackenzie sintió cómo el corazón le latía con fuerza en el pecho mientras el aire se cargaba de una electricidad irresistible. Sin pensarlo demasiado, se acercó un poco más y unió sus labios con los suyos. El beso fue suave al principio, un roce apenas perceptible, pero pronto se intensificó, consumiéndolos a ambos en un torbellino de pasión que amenazaba con consumirlos. Cuando finalmente se separaron, sus respiraciones entrecortadas rompieron el silencio de la habitación mientras se miraban el uno al otro con asombro y anticipación.

—Lo siento… —murmuró Colt, arrepentido de haber sucumbido al deseo que ardía en su cuerpo y que había intentado doblegar durante demasiado tiempo.

Mackenzie sonrió con ternura, elevando la mano para acariciar su mejilla con suavidad y ternura.

—No tienes que disculparte. Yo te besé… y lo hice porque te deseo —confesó, sus ojos brillando con sinceridad.

El silencio tenso cargó el aire mientras Colt procesaba la avalancha de emociones que lo invadía. Mackenzie, por su parte, se sentía aturdida por la intensidad del momento, pero al mismo tiempo, una sensación de liberación la envolvía. Durante demasiado tiempo había reprimido sus sentimientos, y ahora, con el beso compartido, parecía como si una barrera invisible se hubiera desvanecido.

—No sé qué decir…—murmuró Colt finalmente, su voz resonando con una ligera ronquera que revelaba la emoción que lo embargaba.

—No tienes que decir nada —replicó Mackenzie con suavidad, transmitiendo una sensación de calma y aceptación—. Solo déjate llevar.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Colt con seriedad, preocupado por el bienestar de Mackenzie. No quería que se arrepintiera más tarde y tuviera que lidiar con la culpa.

—Completamente —afirmó ella con voz firme, sus ojos grises reflejaban una determinación inquebrantable—. He vivido demasiados años en la oscuridad, atrapada y sola. Y ahora quiero sentir —confesó, revelando su anhelo más profundo.

Los labios de Colt se curvaron sensualmente al escuchar la valiente petición de Mackenzie antes de responder.

—Será un placer, si es realmente lo que quieres —le dijo, ofreciéndole la última oportunidad para echarse atrás.

—Colt, por Dios, ¿tengo que rogarte? —preguntó ella, arqueando una ceja.

Una risa cálida y melodiosa brotó de la garganta de Colt antes de atrapar su cintura y acercarla a él con gesto firme, fundiéndose en un abrazo que emanaba deseo y complicidad.

CAPÍTULO 24

La oscuridad de la noche envolvía a Mackenzie y Colt mientras se encaminaban hacia la zona donde solían residir los trabajadores del rancho. Aunque las sombras danzaban con la luz de la luna, Mackenzie se sentía algo cohibida al acercarse a las pequeñas edificaciones que conformaban el lugar.

Colt notó la vacilación de ella y detuvo sus pasos, posando una mano reconfortante en su hombro.

—Tranquila —susurró con suavidad, ya que era evidente que estaba tensa—. Esta noche los trabajadores llegarán tarde, es su noche libre. Además, esta cabaña lleva tiempo desocupada.

Mackenzie miró la puerta con renovada confianza, dejando que las palabras de Colt disiparan sus temores. Sabía que era la mejor opción, especialmente considerando que los niños estaban en casa y ninguno de los dos deseaba que se enteraran de lo que estaba a punto de suceder entre ellos.

El aire fresco de la noche susurraba suavemente entre las paredes de madera de la pequeña cabaña mientras Mackenzie y Colt cruzaban el umbral. La luz tenue de un par de lámparas de pared bañaba el espacio, infundiendo una sensación de calidez y familiaridad cuando Colt encendió el interruptor. Los tablones del suelo crujían bajo sus pies a medida que avanzaban hacia el interior. A un lado, un viejo sillón gris reposaba cerca de la ventana, mientras que al otro se encontraba una puerta que sin duda llevaba al baño. En el rincón opuesto, una amplia cama se destacaba, cubierta con una colcha tejida a mano que añadía un toque de encanto y confort al ambiente.

—No es lujosa, eso seguro —comentó Colt, rompiendo el silencio con una pizca de humor—, pero para un hombre está bien.

—Es perfecta —afirmó Mackenzie mientras estudiaba el lugar antes de dedicarle una sonrisa tímida.

Colt le devolvió la sonrisa y se aproximó a ella lentamente, como si temiera asustarla. Cuando estuvo situado a escasos centímetros de su cuerpo, elevó la mano y acarició su mejilla con ternura.

—No sé cómo no me di cuenta antes de lo hermosa que eras cuando venías con mi hermana al rancho —confesó con voz suave.

—Porque estabas demasiado ocupado conquistando a las animadoras —replicó Mackenzie con humor, mientras elevaba sus manos y comenzaba a desabrochar lentamente los botones de la camisa de cuadros que cubría el torso masculino.

La risa suave de Colt se deslizó entre ellos, tejiendo un momento de complicidad y ligereza en medio de la atmósfera íntima de la cabaña. Con cada botón que desabrochaba, Mackenzie descubría más piel, más detalles de sus músculos cincelados, mientras él la observaba con una mezcla de fascinación y deseo.

—Quizás estaba buscando en el lugar equivocado —musitó Colt mientras disfrutaba del roce de las manos de Mackenzie sobre su pecho desnudo.

Ella se detuvo por un momento y alzó el rostro para encontrarse con la mirada divertida de Colt y una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios.

—Pues parece que finalmente encontraste el correcto —susurró con un brillo juguetón en sus ojos y su voz cargada de sensualidad.

Colt dejó escapar una risa suave al escuchar sus palabras.

—Sí, parece que sí —respondió con tono cálido.

Poco a poco se fue inclinando, acortando la distancia que separaba sus labios de los de ella, que parecían esperar sus caricias. Mientras tanto, las manos femeninas se deslizaron suavemente por los hombros de Colt, mientras él se acercaba más, sintiendo el calor de su aliento en su piel.

—Mackenzie… —murmuró con su voz cargada de anhelo y necesidad.

La aludida elevó su mirada para encontrarse con la intensidad en los ojos de él, donde un destello de pasión avivó el fuego entre ellos. Sin apartar la vista de sus ojos, continuó desabrochando los botones, dejando al descubierto más piel bronceada por el sol.

El aire se cargó con una electricidad palpable mientras sus cuerpos se acercaban lentamente, atrapados en un juego de seducción que ninguno de los dos quería interrumpir. Cada contacto, cada roce, era un eco del deseo creciente que los consumía, envolviéndolos en una espiral de atracción irresistible.

Colt se inclinó, rozando la piel expuesta de Mackenzie con su cálido aliento, mientras ella sentía el latido frenético de su corazón en su pecho. Él se sintió en inferioridad de condiciones, por lo que buscó con urgencia la cremallera del vestido azul que cubría el cuerpo de Mackenzie. Con evidente pericia, bajó la cremallera y sus manos reptaron hasta sus hombros para coger los finos tirantes que sostenían la prenda, arrastrándolos a lo largo de la suave piel para que cayeran por sus hombros, y luego por sus brazos, hasta que quedó en el suelo. Con ojos ávidos, recorrió el cuerpo femenino, ahora solo cubierto por el conjunto de ropa interior de color negro, pero cuando descubrió la cabeza gacha de ella y su cuerpo tenso, supo que algo sucedía.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupado.

Ella dudó durante interminables segundos, pero finalmente consiguió reunir el valor para confesarle la verdad a Colt.

—Me da miedo — admitió con voz débil.

—¿El qué? —preguntó Colt sin comprender.

—No gustarte —respondió.

—Eso no podría pasar nunca, mira cómo me pones —dijo mientras cogía su mano y la colocaba sobre su pantalón, cuya tela estaba tensa por su evidente excitación.

—Porque aún no lo has visto —insistió la mujer, mortificada, mientras apartaba su mano y la liberaba del agarre de él.

—No te entiendo —expresó Colt confuso.

Tras unos minutos de duda, al fin Mackenzie se giró y le mostró su espalda, surcada por marcas blanquecinas y alargadas.

Colt se quedó en silencio, con sus ojos recorriendo las marcas en la piel de Mackenzie con una mezcla de sorpresa, indignación y comprensión. La revelación de que esas cicatrices eran el resultado del maltrato de su exmarido lo golpeó con fuerza, despertando en él una oleada de ira y el deseo ardiente de venganza contra Leonard. Sin embargo, sabía que no era el momento de sucumbir a esos impulsos, ahora solo debía centrarse en Mackenzie.

Respiró profundamente, luchando consigo mismo para tratar de canalizar su furia, y luego se acercó lentamente a ella, cuyo rostro reflejaba una mezcla de dolor y vulnerabilidad, y pasó suavemente los dedos sobre las cicatrices, sintiendo el calor de su piel bajo su tacto.

—Mackenzie, lo siento mucho. No puedo siquiera imaginar lo que has pasado —susurró Colt, con su voz llena de pesar y empatía.

Mackenzie giró su rostro hasta él, que estaba situado a su espalda, y le lanzó una mirada agradecida, reconociendo el esfuerzo de Colt por comprender su dolor. Pero antes de que ella pudiera decir nada, Colt se inclinó y comenzó a besar cada una de las cicatrices con amor y ternura.

Sus labios trazaron suavemente los contornos de las marcas en la piel de Mackenzie, dejando un rastro de dulzura y consuelo a su paso. Cada beso era un acto de amor y aceptación, un recordatorio de que ella era hermosa y valiosa, independientemente de las heridas que llevaba consigo.

Mackenzie cerró los ojos, permitiéndose sentir la ternura que emanaba de cada beso de Colt. En ese momento, en sus brazos, se sintió segura y protegida, libre del peso de su pasado y lista para abrazar el futuro con renovada esperanza.

Después de besar cada una de las cicatrices, Colt se separó ligeramente de ella, colocando una mano en su cintura y, suavemente, la giró para que quedaran frente a frente. Levantó la mirada hacia ella, con los ojos brillando con una mezcla de amor y determinación, antes de pronunciar palabra alguna.

—Te prometo que haré todo lo posible para que olvides el dolor de cada golpe, palabra o daño que él te haya causado, incluso si eso significa dedicar el resto de mi vida a ello. No sé cómo ha sucedido, pero creo que me he enamorado de ti —confesó con voz emocionada y sincera.

Mackenzie se quedó sin aliento ante la revelación. Cada palabra resonaba en su corazón, tocando las fibras más profundas de su ser. Por un instante, el tiempo pareció detenerse mientras luchaba por procesar lo que acababa de escuchar.

Finalmente, reuniendo todo su coraje, Mackenzie se acercó a él y colocó suavemente una mano en su mejilla. Sus ojos se encontraron en un intercambio de emociones que trascendía las palabras.

—No sé qué decir… —murmuró Mackenzie, su voz era apenas un susurro cargado de emoción—. Esto es… todo tan repentino, pero… —vaciló, buscando las palabras adecuadas para expresar lo que sentía en ese momento—. Creo que también me he enamorado de ti.

Una sonrisa iluminó el rostro de Colt, llenando la habitación con una calidez reconfortante. En ese momento, cualquier duda o temor se disipó, dejando espacio solo para la certeza de que estaban destinados el uno para el otro. Se entregó a los labios de Mackenzie con una necesidad ardiente, y sintió una gratificación profunda cuando ella respondió con el mismo ímpetu y deseo. En cuestión de minutos, se deshicieron de los últimos restos de ropa que cubrían sus cuerpos y terminaron tumbados sobre la mullida cama, que pareció recibirlos con alegría y anticipación.

Con su mano derecha, Colt comenzó a acariciar los turgentes pechos de Mackenzie, descubriendo que tenían el tamaño perfecto para sus grandes manos. Mientras tanto, su mano izquierda trazó un camino por su espalda hasta llegar a su redondeado trasero, donde apretó uno de sus firmes glúteos entre sus dedos.

Mackenzie, por su parte, se deleitó con la fuerza y la solidez de los músculos de su pecho, y luego rodeó con sus dedos la dura masculinidad de Colt, que parecía más que dispuesta. La piel en esa zona era suave, tersa y húmeda, lo que aumento su excitación y deseo.

La habitación se llenó con el sonido de su respiración entrecortada y los susurros de

placer mientras exploraban los contornos de sus cuerpos con avidez. Cada caricia, cada beso, era una promesa de satisfacción y plenitud, llevándolos cada vez más cerca del éxtasis anhelado.

—Amor, no sé cuánto más voy a poder resistir —confesó él con voz ronca, apoyando su frente sudorosa contra la de ella.

—Yo tampoco puedo más —respondió Mackenzie con voz quebrada.

Colt se separó de ella con renuencia, buscando sus pantalones en el suelo. Registró sus bolsillos hasta encontrar su cartera, de la cual sacó un preservativo que abrió con los dientes antes de colocarlo. Luego regresó junto a ella y se situó entre sus piernas, manteniendo la mirada fija en la de ella mientras comenzaba a descender con su cuerpo. Entró en su interior lentamente, poco a poco, como si se tratara de una dulce condena, pero finalmente la penetró con un movimiento firme.

Un gemido escapó de los labios de Mackenzie, rompiendo el silencio de la habitación. A partir de ese momento, no hubo más pensamientos coherentes en la mente de Colt, ya que Mackenzie abrazó sus caderas con las piernas y lo obligó a seguir un ritmo frenético, llevándolos a ambos al éxtasis al unísono.

Colt cayó rendido sobre ella, con su corazón amenazando con salirse del pecho mientras Mackenzie permanecía con los ojos cerrados y el cuerpo cubierto de sudor.

Después de un momento de recuperación, rodó ligeramente hacia un costado, apartándose de ella para no aplastarla con su peso. Se quedó mirándola con ternura, admirando la suavidad de sus rasgos mientras ella recuperaba el aliento.

Mackenzie abrió lentamente los ojos y se encontró con los intensos ojos azules de Colt clavados en su rostro.

—¿Estás bien? —preguntó Colt con suavidad, acariciando delicadamente su mejilla con el dorso de su mano.

Ella asintió con un gesto suave y dejó escapar un suspiro de satisfacción. Se sentía protegida y amada en los brazos de Colt, un refugio donde podía dejar de lado todas sus preocupaciones y miedos.

—Mejor de lo que he estado en mucho tiempo, quizás nunca —confesó Mackenzie con voz suave y llena de emoción.

Colt le dedicó una sonrisa tierna antes de inclinarse para depositar un beso suave en sus labios antes de responder a sus palabras.

—No quiero que pienses que lo que ha pasado entre nosotros es algo pasajero para mí —reveló Colt con sinceridad—. Aunque también debo confesar que es la primera vez que siento la necesidad de pasar el resto de mi vida junto a alguien. Sí, creo que definitivamente me he enamorado de ti —afirmó más para sí mismo que para ella.

Mackenzie sintió un estremecimiento de felicidad al escuchar las palabras de Colt, pero también una punzada de miedo. Después de todo lo que había pasado, la idea de abrir su corazón nuevamente y permitirse creer en el amor era aterradora.

—No puedo prometer que esto vaya a ser fácil, Colt —dijo Mackenzie con sinceridad—. Pero puedo prometerte que lucharé por nosotros, por este amor que siento creciendo dentro de mí.

Colt asintió con una sonrisa suave y le tomó la mano con ternura.

—Eso es todo lo que necesito escuchar.

CAPÍTULO 25

Serene Falls,
unos días después

Leonard observó a Mackenzie desde la distancia mientras salía del supermercado y colocaba las bolsas en la parte trasera de la *pick up* del rancho Duncan. Una oleada de ira recorrió su cuerpo. Al poco rato, una sonrisa siniestra se dibujó en sus labios cuando una idea surgió en su mente. Sabía que era el momento de actuar; no podía quedarse de brazos cruzados si quería evitar terminar entre rejas. Pronto llegaría el juicio que tenía pendiente por la paliza que le había dado a Mackenzie y necesitaba asegurarse de que ella no testificara en su contra. Solo así podría evitar una condena que pondría fin a lo poco que quedaba de su ya arruinada vida.

Esperó pacientemente hasta que ella terminó de guardar las compras. Con satisfacción, observó cómo cerraba de nuevo el coche y empezaba a caminar por la calle comercial, probablemente para completar las tareas que la habían llevado al pueblo.

Con pasos firmes pero cautelosos, Leonard la siguió y se acercó a Mackenzie, manteniendo una distancia prudente para no levantar sospechas. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, la llamó con voz firme.

—¡Mackenzie!

Al escuchar su nombre, Mackenzie se detuvo en seco y se giró hacia Leonard, sintiendo un nudo de temor en el estómago al reconocer su voz. Tragó saliva con dificultad antes de enfrentarse a él.

—¿Qué quieres, Leonard? —preguntó Mackenzie, tratando de ocultar el miedo que atenazó su cuerpo.

El aludido no respondió inmediatamente, la rodeó y se detuvo frente a ella, con una expresión de desprecio en el rostro.

—Sabes exactamente lo que quiero —respondió con voz amenazante—. Retira la denuncia en mi contra.

Mackenzie se mantuvo firme a pesar del miedo que la embargaba. Sabía que no podía ceder ante las amenazas de Leonard, pero también era consciente del peligro que representaba su exmarido cuando se ponía furioso, como en ese momento.

—Leonard, no voy a retirar la denuncia —afirmó con determinación, aunque su voz temblaba ligeramente.

Leonard dejó escapar una risa burlona y se acercó aún más a ella, reduciendo la distancia entre sus cuerpos para intimidarla, como había hecho en innumerables ocasiones a lo largo de su matrimonio.

—Te lo advierto, si no lo haces te arrepentirás.

Las palabras de Leonard resonaron en el aire, cargadas de amenaza y violencia. Mackenzie tragó saliva, luchando por mantener la compostura frente a él.

—No me intimidas, Leonard. No esta vez —respondió con valentía, aunque su voz temblaba más que nunca.

En ese momento, justo cuando la tensión entre ambos alcanzaba su punto máximo, una

figura conocida se acercó. Era Harper, quien, al ver la situación, de inmediato comprendió que algo andaba mal.

Harper se colocó frente a Mackenzie, interponiéndose entre ella y Leonard, mostrando una postura firme y decidida.

—¿Hay algún problema aquí? —preguntó, dirigiendo una mirada desafiante al hombre que parecía estar intimidando a su amiga.

Leonard, al ver a Harper, se detuvo en seco y se retiró unos pasos, reconociendo que no podía enfrentarse a la abogada de su exmujer.

—No hay ningún problema, solo estaba teniendo una conversación con Mackenzie —respondió con fingida calma, aunque sus ojos aún destilaban rabia.

Harper no se dejó engañar por la fachada tranquila del hombre y mantuvo su postura protectora.

—Mejor será que te alejes. Mackenzie no quiere tener nada que ver contigo, y te aseguro que no vacilaré en llamar a la policía si vuelves a molestarla. Recuerda que tienes una orden de alejamiento —le refrescó la memoria.

Leonard lanzó una mirada llena de odio a Mackenzie y Harper antes de dar media vuelta y se alejó, desapareciendo poco después en la primera bocacalle.

Harper suspiró aliviada y se volvió hacia su amiga, colocando una mano reconfortante en su hombro.

—¿Estás bien? —preguntó Harper de nuevo, con preocupación en su voz.

Ella asintió, agradecida por la intervención de su amiga.

—Gracias, Harper —dijo con voz emocionada.

Harper le ofreció una sonrisa tranquilizadora antes de tomarla de la mano y llevarla a la cafetería Keller, en busca de un refugio tranquilo donde pudiera recuperarse y hablar sobre lo que acababa de suceder. Una vez dentro, se sentaron en una mesa apartada y, tras pedir unas infusiones a la camarera, Harper se dirigió a Mackenzie con delicadeza.

—¿Quieres hablar de lo que ha pasado? —preguntó, mostrando su preocupación.

Mackenzie suspiró, sintiendo el peso del miedo y la incertidumbre. Y finalmente decidió ser sincera con Harper, quien siempre había sido un pilar de apoyo para ella.

—Leonard me amenazó. Me dijo que retirase la denuncia o que pagaría las consecuencias —confesó Mackenzie.

Harper frunció el ceño, furiosa ante la idea de que Leonard pudiera seguir acosando a su amiga. Pero antes de que pudiera decirle a Mackenzie que tenía que informar a Colt de lo sucedido para que redoblara las medidas de seguridad en el rancho, Mackenzie rompió el silencio.

—Por favor, Harper, no le cuentes nada de lo sucedido a Colt —le rogó Mackenzie.

La petición de su amiga desconcertó a Harper, quien la miró con sorpresa.

—¿Por qué no quieres que se lo cuente a Colt? —inquirió Harper, buscando entender la razón detrás de la súplica de su amiga.

Mackenzie vaciló por un momento, sintiéndose atrapada entre la necesidad de proteger a Colt y la urgencia de confesar la verdad.

—Porque… porque Colt y yo tenemos algo y no quiero que se meta en un problema por mi culpa —confesó Mackenzie en un susurro, sintiéndose abrumada.

Harper se quedó boquiabierta ante la revelación, pero rápidamente una sonrisa curvó sus labios, reflejando una mezcla de sorpresa y alegría.

—¡¿En serio?! —exclamó con los ojos brillantes por la emoción—. ¡Eso es maravilloso! ¡Felicidades! No tenía ni idea, pero estoy tan feliz por ti. Es estupendo que hayas encontrado algo especial en mi hermano. Pero quiero que me cuentes todo tipo de detalles.

Mackenzie se sintió aliviada por la reacción positiva de Harper.

—Bueno, la verdad es que todo ha sido un poco repentino, pero me siento realmente feliz —confesó con una sonrisa tímida—. Especialmente porque siento que puedo ser yo misma cuando estoy con él. Nos llevamos muy bien y nos entendemos de una manera que nunca había experimentado antes.

Harper asintió con entusiasmo, absorbida por cada palabra de su amiga.

—Eso suena realmente increíble. Estoy tan emocionada por ti… Y no te preocupes, no le diré nada a Colt sobre lo que ha pasado con Leonard, pero prométeme que tendrás cuidado, y si necesitas ayuda, me lo dirás de inmediato, ¿de acuerdo?

Mackenzie asintió con gratitud.

—Lo prometo —afirmo Mackenzie elevando una mano para sellar su promesa como cuando eran niñas.

***

Serene Falls

Aquella mañana de domingo, Liam se encontraba inmerso en la tarea de preparar la comida mientras Harper revisaba meticulosamente los datos del caso de Mackenzie. Absorta en su labor, escudriñaba cada informe y prueba decidida a no dejar ningún cabo suelto para el día del juicio.

El murmullo de los utensilios de cocina se entremezclaba con el crujido de los papeles que Harper revisaba. De repente, Liam detuvo su labor y clavó su mirada en ella con una mezcla de admiración y preocupación, consciente de su tenacidad respecto al trabajo. Se estaba dejando la piel desde que había abierto su humilde despacho de abogados y se desvivía por cada uno de sus defendidos.

—Liam, necesito tu ayuda —dijo Harper rompiendo el silencio.

—¿Qué sucede?

—Es sobre el caso de Mackenzie. Estoy revisando todos los informes y pruebas, pero siento que me falta algo. ¿Qué harías tú en mi lugar? —inquirió Harper.

Liam apagó el fuego y se acercó a Harper. Luego apoyó sus manos sobre sus hombros para descubrir que estaban tensos.

—Lo primero es confiar en tu instinto —respondió a su pregunta mientras empezaba a masajear sus hombros con pericia—. Y segundo, cualquier detalle, por pequeño que sea, puede marcar la diferencia.

Harper asintió, agradecida por el consejo de Liam.

—Precisamente estaba pensando en pedirle a Colt que sea testigo en el juicio —reveló Harper, pensativa—. No presenció directamente la paliza, pero sí vio a Leonard con los nudillos ensangrentados en la calle de enfrente y cómo luego se fue.

Liam asintió, comprendiendo la estrategia de Harper.

—Me parece una buena idea. Es posible que su testimonio sea crucial para establecer la

secuencia de eventos y corroborar la implicación de Leonard en el incidente, aunque no viera nada definitivo.

Harper asintió con un gesto de cabeza. Luego cogió su móvil, que reposaba a un lado de los papeles, y comenzó a escribir con rapidez sobre el teclado táctil.

[Harper - 10:18]
Hey,Colt, ¿cómo estás?
[Colt - 10:21]
Hola, Harper, estoy bien, ¿y tú?
[Harper - 10:22]
Me alegro.
Necesito hablar contigo sobre algo importante. ¿Podemos encontrarnos hoy?
[Colt - 10:22]
Claro, ¿a qué hora y dónde?
[Harper - 10:23]
¿Te viene bien a las 4 en el café Keller?
[Colt - 10:24]
Perfecto, allí estaré. ¿Todo está bien?
[Harper - 10:24]
Sí, todo bien. Solo necesito tu opinión sobre un asunto. Gracias, Colt.
[Colt - 10:25]
De acuerdo, nos vemos a las 4 entonces. Hasta luego, Harper.
[Harper - 10:26]
Hasta luego, gracias, Colt.

—Colt, ¿sucede algo? —preguntó Jt al ver que su jefe había fruncido el ceño.

—No, nada —mintió el aludido mientras guardaba su teléfono en el bolsillo trasero de su pantalón—. Tenemos que acabar esto antes de las tres —dijo mientras señalaba el hierro candente con el que estaban marcando unas reses.

—Entendido, jefe —respondió Jt con una ligera inclinación de cabeza.

Colt se concentró en la tarea, tratando de apartar de su mente la curiosidad que le producía la enigmática petición de verse de su hermana Harper. Con cada movimiento preciso, marcaba las reses con destreza, manteniendo su atención en el trabajo que tenían entre manos.

Una vez finalizada la labor, Colt regresó a casa y se duchó. Luego cogió su coche y se dirigió hacia la cafetería Keller. Al entrar, divisó a Harper sentada en una de las mesas situadas al fondo del local. Su hermana parecía relajada, con una taza de café entre las manos. Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras se aproximaba a lugar.

—Hola, hermanita —saludó Colt con una sonrisa tierna.

Harper levantó la vista y le devolvió la sonrisa. Se puso de pie para recibirlo con un abrazo cálido, sintiendo la familiaridad reconfortante de sus brazos alrededor de ella.

—Hola. Me alegro de verte —dijo Harper, con alegría en sus ojos.

Tras romper el abrazo, ambos se sentaron en torno a la mesa, uno frente al otro y esperaron a que la camarera les sirviera unos cafés.

Harper miró a su hermano con seriedad, sabiendo que lo que iba a pedirle no sería fácil para él, pero estaba segura de que haría lo correcto, y más si tenía en cuenta que parecía haber

empezado una relación con Mackenzie.

—Hermano, necesito que hagas algo por mí —comenzó Harper.

Colt arqueó una ceja, esperando a escuchar lo que tenía que decir.

—Necesito que declares en el juicio contra Leonard —continuó, observando la reacción de él.

Colt frunció el ceño, sorprendido por la petición de Harper.

—¿Por qué yo? Realmente no vi nada —objetó.

—Porque, aunque no viste la paliza, sí fuiste testigo de cómo Leonard huía del lugar y tenía las manos ensangrentadas.

Colt asintió lentamente, comprendiendo la importancia de su testimonio en el caso. No le preocupaba enfrentarse a Leonard en el tribunal, pero temía revivir aquella trágica noche en la que había temido que Mackenzie muriera entre sus brazos y no poder controlar las ganas de acabar con aquella escoria.

A pesar de ello, si tenía la oportunidad de encerrar a Leonard y así salvaguardar a Mackenzie, estaba más que dispuesto a hacerlo.

—Está bien, solo dime qué tengo que hacer —aceptó la petición de su hermana.

Harper le dedicó una mirada llena de agradecimiento, sabiendo que su hermano estaba haciendo un esfuerzo por el bien de Mackenzie y la justicia.

—Gracias, Colt. Significa mucho para mí que estés dispuesto a hacer esto —expresó Harper, sintiendo un peso levantarse de sus hombros—. Aunque sé por qué lo haces —añadió, encontrándose con los ojos de su hermano.

—¿A qué te refieres? —preguntó él con cautela.

—Sé que estás enamorado de Mackenzie —contesto Harper directa.

Colt se quedó en silencio por un momento, sintiendo que su corazón latía con fuerza mientras procesaba las palabras de su hermana. No había esperado que Harper supiera de sus sentimientos, pero la sinceridad en sus ojos le hizo darse cuenta de que no había forma de ocultarlo.

Finalmente, suspiró y asintió con resignación.

—Sí, lo estoy. Pero eso no cambia mi compromiso de ayudar a protegerla, Harper. Lo hubiera hecho por cualquier mujer maltratada.

—Lo sé —replicó Harper emocionada—, sé que eres un buen hombre y el mejor hermano que podría pedir —añadió con gratitud, sabiendo que podía confiar plenamente en él.

—Pues que no te escuche Jared —le advirtió Colt con humor, recordando al hermano mayor de ambos. Harper rio suavemente, recordando los momentos de travesuras y complicidad entre los tres hermanos—. No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo —añadió guiñándole un ojo cómplice.

CAPÍTULO 26

Serene Falls,
unas semanas después

Aquella mañana, Leonard estaba en su tienda, rodeado de estanterías llenas de mercancía, aunque hacía semanas que apenas tenía clientes. El lugar estaba tranquilo, en contraste con la actividad de la calle comercial donde se encontraba situada. Leonard no podía evitar echar la culpa a su exmujer por la difícil situación que atravesaba su negocio, que había pertenecido a su familia desde hacía varias décadas y que estaba a punto de perder en tan solo unos meses.

En ese momento, se encontraba entretenido colocando un poco las estanterías cuando la puerta se abrió para dar paso a su abogado. Al descubrir la expresión sombría en el rostro del señor Simons, Leonard supo de inmediato que no era una buena señal.

—Señor Slater, hay novedades. Necesito hablar con usted —anunció el letrado con tono grave, reflejando la seriedad del asunto que tenían entre manos.

—¿Qué sucede? —preguntó él, sintiendo el peso de la incertidumbre.

—Ha salido fecha para el juicio que teníamos pendiente —confirmó el señor Simons, dejando un sobre encima del mostrador de madera.

—¿Cuáles podrían ser las consecuencias si soy acusado? —Leonard temía la respuesta, pero necesitaba enfrentar la verdad.

—Muy serias. Si la acusación de maltrato se mantiene y lo declaran culpable, podría enfrentar penas de cárcel, multas significativas y repercusiones legales que podrían afectar su vida de diversas maneras —explicó el abogado con franqueza.

Asintió lentamente, absorbiendo la información con un nudo en la garganta. Sabía que no podía escapar de sus acciones pasadas y que ahora debía ser consecuente con ellas, por más doloroso que fuera.

Finalmente, clavó su mirada en el rostro del señor Simons con ansiedad, esperando alguna señal de esperanza en medio de la oscuridad que se cernía sobre él.

—¿Y cómo ve el proceso? —preguntó Leonard con cierta angustia—. ¿Qué posibilidades tengo?

El abogado se tomó un momento para considerar la pregunta antes de responder, con un tono que reflejaba tanto realismo como compasión.

—Señor Slater, no voy a mentirle, las circunstancias son difíciles. La evidencia en su contra es sólida y su exmujer está respaldada por testigos y pruebas contundentes. Sin embargo, todavía hay estrategias legales que podemos explorar para defender el caso —explicó el abogado, tratando de ofrecer a su defendido un rayo de esperanza en medio de la adversidad.

—Entiendo. Gracias por ser honesto, señor Simons —respondió el aludido, asimilando la gravedad de la situación.

—Estoy aquí para ayudarlo en todo lo que pueda, señor Slater —afirmó Simons antes de tenderle la mano. Tras la formal despedida, el hombre se dirigió a la puerta y salió de la tienda con paso enérgico.

Después de la partida del abogado, Leonard se quedó solo en la tranquila tienda, con la

citación reposando sobre el mostrador como un recordatorio constante de que estaba a punto de enfrentarse a un juicio donde se jugaba toda su vida tal como la conocía. Inconscientemente, se sumió en sus pensamientos, tratando de asimilar el futuro incierto en el que se encontraba.

En ese momento, la puerta se abrió y entró su amigo Jerry, quien notó de inmediato la expresión preocupada en el rostro de Leonard.

—¿Qué te pasa? —preguntó cuando llegó frente al mostrador y clavó su mirada en el rostro demacrado de su amigo.

Leonard suspiró pesadamente y le comentó a Jerry la situación, desahogando toda la angustia y el miedo que le habían embargado.

—Siento como si estuviera atrapado en un callejón sin salida, Jerry. No sé qué hacer —admitió, dejando escapar toda la carga emocional que llevaba dentro.

Jerry escuchaba atentamente, y cuando Leonard acabó su relato, colocó una mano sobre su hombro con la intención de consolarle.

—Lo siento, amigo. Pero recuerda que no estás solo en esto. Estoy aquí para apoyarte en lo que necesites —aseguró Jerry, ofreciéndole su amistad y solidaridad en ese momento difícil.

—¿Un empleo si todo sale mal? —preguntó Leonard con una sonrisa triste—. Porque si la cosa sigue así, tendré que cerrar —confesó mientras se apoyaba en el mostrador y se pasaba los dedos por el cabello. Aunque sabía que el cierre de su negocio era solo uno de sus problemas; recordó con preocupación que incluso podía terminar en la cárcel si las cosas se torcían aún más.

—Bueno, mi primo Stuart está pensando en comprar un camión nuevo. La empresa va bien y tiene que ampliar la flota. Quizás necesite a alguien —afirmó Jerry, ajeno a los sombríos pensamientos de Leonard—. No es una vida tan mala como piensas —agregó, recordando que él mismo no había estado muy contento con la idea cuando su padre le propuso trabajar en la empresa de su primo diez años antes.

—Gracias, Jerry —replicó Leonard con voz apagada.

—Vamos, tío, que no es el fin del mundo —dijo Jerry con tono alentador—. Además, piensa que ahora podrás disfrutar plenamente de tu soltería. Te aseguro que no está tan mal, la vida de camionero te permite conocer a mucha gente, en concreto mujeres deseosas de pasar un buen rato —agregó, guiñándole un ojo divertido.

Leonard dejó escapar un suspiro pesado, tratando de encontrar consuelo en las palabras de Jerry. Apreciaba sinceramente el gesto de su amigo, pero enfrentarse a la idea no era fácil.

—Lo sé, Jerry. Agradezco tu apoyo y la oportunidad que me ofreces, pero cerrar este negocio... es como perder una parte de mí mismo —respondió Leonard con sinceridad.

Jerry le ofreció una sonrisa comprensiva.

—Entiendo cómo te sientes. Pero recuerda que a veces es necesario dejar atrás lo que conocemos para encontrar algo mejor. No estás solo en esto, amigo. Siempre estaré aquí para ti, pase lo que pase.

Leonard asintió, agradecido por la amistad inquebrantable de Jerry, que se había revelado como el único amigo que le quedaba después de las mentiras de Mackenzie. Una vez más, la ira se apoderó de su cuerpo.

***

El suave crujir de los escalones de madera acompañaba el descenso de Mackenzie en medio del silencio de la noche, marcando su regreso a la cocina. Había sido un día largo y lleno de emociones con los preparativos para el día siguiente, que marcaría el inicio del nuevo curso. Ahora, con los niños finalmente dormidos, anhelaba un momento de paz y tranquilidad.

Al alcanzar la cocina, se encontró con una escena inesperada. Colt estaba ocupado metiendo los platos y utensilios utilizados durante la cena en el lavavajillas. La sorpresa detuvo por un momento a Mackenzie, quien no esperaba encontrarlo ocupándose de las tareas domésticas. Un cálido sentimiento de gratitud y admiración se apoderó de ella.

En ese instante, él cerró la puerta del electrodoméstico y se giró hacia donde ella estaba. Al verla, le dedicó una sonrisa que iluminó su atractivo rostro, haciendo que el corazón de Mackenzie se acelerara.

—Me has pillado —dijo Colt con humor mientras se secaba las manos con un paño que dejó sobre la encimera, perfectamente doblado.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Mackenzie confundida.

—Porque quería darte una sorpresa —confesó él, aproximándose a ella para enlazar su cintura y pegarla a su cuerpo.

—Pues lo has logrado —confesó Mackenzie, elevando sus manos para enlazar sus dedos tras la nuca masculina.

—Pero la sorpresa no es esta —afirmó Colt enigmáticamente—. Esto lo he hecho para que podamos irnos.

—¿A dónde? —preguntó Mackenzie preocupada.

—Esa es la sorpresa —afirmó Colt enigmáticamente, antes de apartarse de ella y tomar su mano, llevándola hacia fuera de la vivienda—. Vamos, tenemos que coger el coche.

—Pero ¿y los niños? —preguntó Mackenzie con evidente preocupación.

—No te preocupes, le he pedido a Jt que les eche un ojo —afirmó Colt mientras abría la puerta del acompañante y la instaba a subir con un gesto de mano.

Quince minutos después, Colt detuvo el coche en un lugar apartado del rancho, donde la vista del cielo nocturno se extendía sin obstáculos. Apagó el motor y, en silencio, ambos salieron del vehículo, sumergiéndose en la quietud de la noche.

Sin decir una palabra, Colt tomó la mano de Mackenzie y comenzaron a caminar por un sendero apenas visible entre la hierba alta. A medida que avanzaban, el cielo sobre sus cabezas se iluminaba con la luz de miles de estrellas brillantes.

Finalmente, llegaron a un claro en el que la vegetación cedía paso a una amplia extensión de terreno abierto. Allí, lejos del alcance de la luz artificial, la bóveda celestial se desplegaba majestuosa sobre sus cabezas, adornada con constelaciones brillantes y la seductora Vía Láctea.

Mackenzie se detuvo, maravillada, sus ojos reflejaban la inmensidad del universo sobre ellos. La mano de Colt apretaba con ternura la suya, compartiendo en silencio el asombro y la belleza de aquel momento.

—Es hermoso —susurró Mackenzie emocionada.

—Lo es —respondió Colt, tan agitado como ella—. Pero no es la única sorpresa que tengo para ti esta noche —añadió mientras deslizaba de sus hombros la mochila que había cargado durante todo el camino.

De ella extrajo una manta que desplegó sobre el suelo con cuidado. Prosiguió rebuscando en su interior hasta que halló una botella de vino, dos copas de plástico y, por último, una vela artificial. Luego, tomando la mano de Mackenzie con delicadeza, la invitó a sentarse sobre la

manta junto a él.

Colt descorchó la botella y sirvió el vino en las copas de plástico. Luego encendió la vela artificial y la colocó en el centro de la manta, dejando que su luz parpadeante añadiera un toque íntimo y romántico al ambiente. Las sombras danzaban a su alrededor, creando un escenario mágico para su encuentro bajo las estrellas.

Mackenzie sostuvo entre los dedos la copa que Colt le entregó, y elevó el rostro para observar las estrellas danzar sobre sus cabezas antes de dar el primer sorbo. En ese momento descubrió cómo la luna, lentamente, comenzaba a desvanecerse. Un eclipse lunar estaba teniendo lugar, pintando el cielo con un espectáculo celestial incomparable. Apenas podía creer lo que veía. El resplandor plateado de la luna se desvanecía gradualmente, dejando un halo tenue y misterioso en su lugar. La oscuridad comenzaba a envolver el paisaje, transformando la noche en un escenario de sombras y misterio.

—Es un eclipse lunar total —comentó Colt, quien tampoco perdía de vista lo que estaba sucediendo—. Y solo ocurre una vez cada 200 años. Jenna me dijo que te gusta la astrología —confesó antes de apartar la mirada del cielo para clavarla en el rostro femenino, donde descubrió la humedad en sus ojos grises.

Mackenzie tuvo que contener las lágrimas de emoción. Que Colt hubiera planeado algo tan especial para ella, algo que solo se daba una vez en varias generaciones, era algo que nunca olvidaría, un regalo que no tenía precio.

—¿Por qué has hecho todo esto? —preguntó Mackenzie con la voz cargada de emoción mientras clavaba sus ojos en el perfil masculino.

—Porque he descubierto que te amo, y que no concibo la vida sin ti —confesó Colt con intensidad—. Y quería que el momento en que te confesara mis sentimientos fuera especial y único.

Mackenzie sintió cómo el corazón le latía con fuerza, abrumada por la sinceridad y el amor que emanaban de las palabras de Colt. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero esta vez no eran de emoción, sino de una felicidad desbordante.

—Yo también te amo, Colt —susurró Mackenzie, apenas capaz de contener la emoción que la embargaba.

Colt le dedicó una sonrisa radiante, y en ese instante, el mundo pareció detenerse a su alrededor. El eclipse lunar continuaba su danza en el cielo, pero para ellos, el universo entero se reducía a ese momento mágico en el que se confesaban su amor bajo las estrellas.

CAPÍTULO 27

Rancho Moonlight,
al día siguiente.

La mañana del primer día de colegio vibraba con una energía especial. El aroma del café recién preparado se deslizaba en el aire, entrelazado con la suave fragancia de las tostadas y las frutas frescas dispuestas sobre la mesa. Leo, Jenna y Colt se encontraban sentados alrededor, sumidos en una atmósfera vivaz.

Mackenzie sonreía inconscientemente mientras terminaba de servir el desayuno, deleitándose con el bullicio que reinaba en la cocina. Leo no podía contener su emoción al hablar sobre las actividades que esperaba ansioso en su primer día de clases, mientras Jenna jugueteaba con el móvil, a pesar de la prohibición expresa de su madre.

—¡Y este año estaremos en la clase de la señorita Templeton! —exclamó Leo, con los ojos brillando de entusiasmo.

—¿Y eso es bueno? —preguntó Colt, mostrando interés.

—Es la mejor profe del cole, y le encantan los animales. Incluso tenemos una mascota, una iguana —comentó Leo apresuradamente—. Y creo que cada fin de semana nos la podemos llevar a casa —añadió con expectación.

Colt asintió con entusiasmo, aunque su mirada se desvió hacia Mackenzie, con quien intercambió una mirada cómplice.

—¿Y no tienes bastante con los animales del rancho? —intervino Jenna, despegando momentáneamente sus pupilas de la pantalla del móvil.

—¿Qué problema tienes? —preguntó Leo, molesto por la interrupción.

—Que no me gustan los reptiles —confesó Jenna, mostrando su clara aversión hacia ese tipo de animales.

—¿Por qué? —preguntó Leo, sin comprender del todo.

—Porque tienen la piel fría y me dan escalofríos —replicó Jenna mientras volvía a clavar la mirada en la pantalla del móvil, pareciendo haber perdido el interés por el asunto de la mascota.

—Bueno, a mí sí me gustan los reptiles. ¡Seguro que la iguana es genial! —intervino Colt, tratando de cambiar de tema y mantener la armonía de la mañana.

Leo asintió con entusiasmo, aprovechando la oportunidad para describir todas las características interesantes del animal en cuestión.

Finalmente, Mackenzie se unió a la mesa y, tras confiscar el teléfono de Jenna, observó a los presentes con ternura. Mientras disfrutaban del desayuno juntos, el ambiente estaba impregnado de un sentido de unidad y alegría que hizo que los ojos de Mackenzie se humedecieran, pero esta vez de emoción.

Colt se ofreció a recoger la cocina cuando Mackenzie se percató de lo tarde que era. Dudó durante unos segundos, pero finalmente le agradeció a Colt el gesto, algo a lo que no estaba acostumbrada debido a que Leonard nunca había levantado un dedo para ayudarla. Luego, los tres salieron apresuradamente para no llegar tarde.

Mientras Colt terminaba de ordenar la cocina, la puerta se abrió para dar paso a Harper, quien lucía una expresión seria en el rostro.

—Buenos días —saludó la joven mientras se acercaba a la cafetera, donde aún quedaba algo de café, y se servía una taza.

—Buenos días, hermanita —replicó Colt, acercándose a ella—. ¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido. Era demasiado temprano para una simple visita de cortesía.

Harper vaciló por un momento, evidentemente incómoda con la situación, pero finalmente decidió hablar.

—Ha llegado la citación para el juicio de Mackenzie. Es el próximo lunes —confesó, mientras rebuscaba en su bolso y sacaba un sobre que le tendió a Colt—. ¿Se lo entregarás?

Colt sintió un nudo en el estómago al escuchar la noticia. Sabía que el juicio era un tema delicado y que Mackenzie estaba asustada, pero se prometió convertirse en una roca a la que ella pudiera aferrarse. Alargó el brazo y tomó el sobre con cuidado, sintiendo el peso de la responsabilidad que ahora recaía sobre sus hombros.

—No te preocupes, me ocuparé de ello —afirmó Colt con rotundidad.

—Lo sé, y por eso me alegro de que estés aquí para Mackenzie —respondió Harper con emoción contenida.

Colt asintió, agradecido por las palabras de su hermana, pero también consciente del duro trago amargo que tendría que pasar Mackenzie para deshacerse definitivamente de Leonard Slater.

—Gracias por traerlo, Harper —dijo Colt con gratitud, ofreciendo una sonrisa reconfortante a su hermana.

Harper le devolvió la sonrisa, y tras darle un fuerte abrazo, salió por la puerta por la que poco antes había entrado en la cocina.

Después de que Harper se marchara, Colt se quedó solo, contemplando el sobre con seriedad. Respiró profundamente, preparándose mentalmente para enfrentar lo que estaba por venir. Con determinación, tomó el sobre y se dirigió hacia el estudio, donde lo guardó en un cajón hasta que Mackenzie regresara.

***

Serene Falls

Mackenzie estacionó su coche frente a la escuela secundaria de Serene Falls después de dejar a Leo en la escuela primaria. Giró la llave y clavó su mirada en el rostro de Jenna, sentada a su lado, cuya expresión delataba su nerviosismo. Una sonrisa comprensiva se dibujó en sus labios.

Recordó con cierta nostalgia su época estudiantil. Los primeros días de clase en un nuevo centro siempre venían acompañados de una mezcla de emoción y ansiedad, y Jenna no iba a ser la excepción a esa norma.

—¿Estás lista, cariño? —preguntó Mackenzie, colocando una mano sobre la de su hija, que permanecía en su regazo.

Jenna asintió, aunque sus ojos grises, idénticos a los de su madre, reflejaban una preocupación evidente.

—Supongo —respondió con voz temblorosa—. Pero es que... tengo miedo de que no me

toque en clase con Hailey. ¿Y si no encajo? ¿Y si no hago amigos?

—Cariño, entiendo tu preocupación, pero estoy segura de que todo va a ir bien. No tengas miedo de mostrarte tal como eres. Sé tú misma y verás como encontrarás personas que te valorarán por quién eres —aconsejó Mackenzie, transmitiendo calidez y confianza a Jenna.

Jenna asintió con un gesto afirmativo, y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Gracias, mamá. Intentaré recordarlo —afirmó con renovada determinación.

Mackenzie le devolvió la sonrisa, orgullosa del coraje de su hija.

—Estoy aquí para ti, siempre. Y si necesitas algo, no dudes en decírmelo. Te quiero mucho, Jenna —aseguró Mackenzie, antes de darle un rápido abrazo.

Jenna asintió, sintiéndose un poco más segura mientras salía del coche, cogía su mochila de la parte trasera y se dirigía hacia la entrada de la escuela. Mackenzie la observó con cariño y orgullo. Ahora sabía que, a pesar de las adversidades y los sinsabores de su matrimonio, había salido algo bueno de todo aquello: sus maravillosos hijos, a los que amaba con todo su corazón.

Diez minutos después, Mackenzie entró en la cafetería Keller, llevando consigo una mezcla de emociones. Después de dejar a los niños en el colegio, había decidido hacer una parada para visitar a Louise, a quien no veía desde hacía semanas. Desde que se había mudado al rancho Moonlight, apenas había tenido tiempo para nada más que ocuparse de las responsabilidades diarias.

Cuando Louise divisó a la joven adentrándose en el establecimiento, dejó de lado lo que estaba haciendo y se acercó rápidamente para abrazarla con fuerza, como si quisiera compensar el tiempo perdido en aquel gesto.

—¡Oh, querida! —exclamó emocionada—. No sabes cuánto me alegra verte —confesó, separándose para contemplar su rostro con afecto—. Estás radiante. Irradias una luz especial —añadió con un brillo especulativo en sus ojos.

Mackenzie le regaló una sonrisa, mezcla de gratitud y diversión ante las palabras lisonjeras de la mujer. Louise era mucho más que la mejor amiga de su madre; era un pilar en su vida, testigo de todos los altibajos que había atravesado, incluida su última visita al hospital tras la paliza de Leonard.

Después del cálido recibimiento, Mackenzie y Louise se dirigieron a una mesa apartada en un rincón tranquilo de la cafetería. La dueña del establecimiento hizo un gesto a una de las camareras, quien poco después les sirvió un café humeante.

—Bueno, no necesito preguntarte cómo estás, porque te veo estupenda —aseveró Louise con rotundidad mientras tomaba un sorbo de su café—. Cuéntame más sobre vuestra vida en el rancho, cómo están llevando los niños el cambio y, sobre todo, cómo te trata Colt —preguntó con curiosidad, inclinándose hacia delante con interés—. Entre nosotras, de los dos hermanos Duncan, él es mi favorito. En cambio, el otro —arrugó la nariz con expresión de desagrado—, es un auténtico gañán —concluyó con firmeza.

Mackenzie tuvo que ocultar una sonrisa al escuchar la descripción que hacía Louise de Jared, al que había conocido un poco más en las últimas semanas. Era verdad que era un hombre serio, incluso hosco en algunas ocasiones, pero había sido testigo de la ternura con la que solía tratar a los niños y de la paciencia que había demostrado con Leo cuando había ido al criadero de caballos a aprender a montar.

Después de dar un sorbo a su café, Mackenzie decidió responder a la pregunta de Louise, decidida a ser sincera.

—Bueno, la vida en el rancho ha sido un cambio refrescante, aunque un tanto agitado al

principio. Los niños se están adaptando bastante bien, especialmente Leo. Está encantado con la idea de aprender a montar a caballo y ha estado pasando mucho tiempo en el criadero—explicó Mackenzie, evitando expresamente nombrar a Jared—. En cuanto a Colt, ha sido un apoyo increíble para mí. Es atento, amable y siempre está dispuesto a ayudar. Realmente ha hecho que esta transición sea mucho más llevadera para todos nosotros —añadió, con gratitud latiendo en su voz.

—¿Y cuándo te has enamorado de él? —preguntó Louise con una sonrisa tierna. Su tono sonó amigable y curioso.

Mackenzie sonrió nerviosamente al escuchar la pregunta directa de Louise, aunque su corazón se aceleró ligeramente. Tras un breve momento de reflexión, decidió ser sincera.

—No sé exactamente desde cuándo —confesó, manteniendo la mirada fija en Louise—, pero le amo con todo mi corazón.

—¿Y entonces por qué veo duda en tu mirada? —preguntó Louise.

—Porque también tengo miedo. Después de todo lo que pasé con Leonard, no puedo evitar sentirme insegura y vulnerable. No quiero volver a sufrir —añadió con pesar en su voz.

Louise asintió con un gesto de comprensión, reconociendo los temores de Mackenzie. Era algo lógico después de haber vivido un infierno junto a aquel hombre. Sin embargo, también creía que Mackenzie no podía permitir que el miedo dominara su vida para siempre.

—Entiendo tu prudencia, pero no dejes que el miedo te impida ser feliz. Colt parece ser alguien diferente, alguien que te respeta y valora. Mereces encontrar el amor y la felicidad, Mackenzie. No dejes que el pasado te robe el futuro —aseguró Louise, con una mirada llena de apoyo y cariño.

Después de escuchar las palabras alentadoras de Louise, Mackenzie sintió un destello de esperanza. Agradeció tener a alguien como Louise a su lado, cumpliendo con el papel de madre que tanta falta le hacía.

—Gracias. Tus palabras significan mucho para mí —respondió, con gratitud en su voz—. Te prometo que intentaré no dejar que el miedo me paralice.

Louise le dedicó una sonrisa cálida, reconfortada al ver la determinación en los ojos de la joven, a la que quería como a la hija que nunca tuvo. Sabía que el camino hacia la sanación y la felicidad no sería fácil, pero confiaba en la fortaleza de Mackenzie para enfrentar cualquier desafío que se interpusiera en su camino.

—Cariño, sé que lo lograras. Y quiero que sepas que estoy aquí para ti siempre que lo necesites —aseguró Louise, apretando suavemente la mano de Mackenzie en señal de apoyo.

Mackenzie sintió el calor reconfortante del gesto de Louise y se sintió profundamente agradecida por tenerla en su vida. Era como si finalmente hubiera encontrado la figura materna que tanto necesitaba.

—Gracias, Louise. Significa mucho para mí tener tu apoyo —expresó Mackenzie, sintiendo un nudo en la garganta al ver el afecto sincero en los ojos de la mujer.

Louise le sonrió con ternura y luego se puso de pie, extendiendo sus brazos hacia ella. Mackenzie no dudó en corresponder y se dejó envolver por su reconfortante abrazo, sintiendo cómo le transmitía una sensación de seguridad y calma.

CAPÍTULO 28

Serene Falls

El primer día de clases en la nueva escuela había llegado y Hailey se encontraba en el campo de fútbol, rodeada por sus nuevos compañeros, ansiosos por comenzar la clase de educación física. El sol resplandecía en lo alto, iluminando el césped verde con su cálido resplandor, invitándolos a disfrutar del aire libre.

Mientras esperaban el inicio de la clase, Hailey tropezó con una piedra suelta y estuvo a punto de caer, pero en un acto reflejo, alguien la sujetó suavemente por el brazo, evitando su caída.

—¿Estás bien? —preguntó una voz amable.

Hailey levantó la vista y se encontró con los ojos de color avellana de Ethan Williams. Un rubor se extendió por sus mejillas mientras se sentía observada por aquellos ojos cálidos y vivaces.

—Sí, gracias —balbuceó con esfuerzo.

—No sabía que venías a este colegio —continuó Ethan, mostrando interés en entablar una conversación.

—Sí, es mi primer año aquí —confesó Hailey.

—Y el mío también —respondió Ethan con un guiño juguetón.

—Es verdad, había olvidado que también eres nuevo aquí —dijo Hailey con una sonrisa, correspondiendo al gesto amigable de Ethan.

—Sí, y te aseguro que no es fácil. Todo el mundo parece mirarte como si fueras un bicho raro —confesó Ethan.

—Sí, y más en Serene Falls. Debe haber sido duro mudarse aquí, a un pequeño pueblo donde nunca pasa nada —mencionó Hailey mientras dejaba su mirada vagar por las altas montañas situadas a lo lejos.

—Bueno, no está tan mal —confesó Ethan, siguiendo la dirección de la mirada de Hailey —. Creía que iba a ser peor.

Hailey asintió, comprendiendo el sentimiento de Ethan mientras compartían un momento de complicidad observando el paisaje.

—Al menos tenemos estas vistas espectaculares —dijo con una sonrisa, admirando la serenidad de las montañas en la distancia.

Ethan asintió.

—Tienes razón. Supongo que aún tengo mucho por descubrir aquí —comentó Ethan con una mirada pensativa.

Hailey asintió, animándolo con una sonrisa alentadora.

—Seguro que sí. Y si alguna vez necesitas ayuda para orientarte o simplemente quieres pasar el rato, aquí estaré —ofreció ella.

Ethan le devolvió la sonrisa, agradecido por la oferta de amistad.

—Gracias, Hailey, eres muy amable —respondió sinceramente.

En ese momento, Jenna se acercó a ellos con una sonrisa, uniéndose a la conversación

con evidente turbación al descubrir a Ethan hablando con su amiga.

—Hola, chicos —saludó escuetamente.

Hailey y Ethan se giraron y le devolvieron el saludo con una sonrisa.

—Hola, Jenna. ¿Cómo estás? —preguntó Hailey feliz de verla—. ¿Cómo estás en tu nueva clase? —preguntó con preocupación. Sabía que a su amiga no le gustaban los cambios, por no hablar de lo que había tenido que pasar con su familia en los últimos meses. La necesidad de protegerla la invadía.

Jenna jugueteó con un mechón de su cabello, un gesto que revelaba su nerviosismo e incomodidad y mantuvo la mirada baja mientras respondía:

—Estoy bien, gracias. La clase va bien, supongo.

Hailey notó la incomodidad de su amiga y decidió cambiar de tema, intentando aliviar la tensión.

—Me alegra escucharlo. ¿Has conocido a algunos de los otros estudiantes? —preguntó con un tono más ligero.

Jenna asintió levemente, aun jugueteando con su cabello.

—Sí, un par. Parecen agradables.

Ethan intervino con una sonrisa tranquilizadora al percatarse de cómo Jenna parecía encogerse y hacerse pequeña. Estaba claro que necesitaba apoyo.

—Bueno, si alguna vez necesitas compañía o ayuda con algo, aquí estamos nosotros, ¿verdad, Hailey?

Hailey asintió con una sonrisa cálida hacia Jenna.

—Por supuesto. Siempre estaremos aquí para ti, Jenna.

Jenna levantó la mirada, agradecida por el apoyo recibido. Aunque seguía sintiéndose nerviosa por los cambios, se sintió reconfortada al saber que no estaba sola.

***

Afueras de Serene Falls

Jt terminó de organizar su equipo de pesca y lo cargó en la parte trasera de la camioneta. Luego se encaminó hacia la casa de Erin, emocionado por su primera cita juntos. Todavía estaba sorprendido porque la joven hubiera aceptado su petición de tener una primera cita, teniendo en cuenta que le había dado largas durante semanas a pesar de que hablaban todos los días a través del wasap.

Al llegar frente a la casa de los padres de Erin, Jt sintió un cosquilleo de nervios en el estómago. Aunque conocía a los señores Hardy, la sensación era similar a la de un adolescente que visita la casa de su novia en la noche de graduación.

Después de estacionar en la acera de enfrente, Jt observó a los padres de Erin trabajando en el jardín delantero, rodeados de macetas y herramientas de jardinería.

—Hola, ¿cómo están? —saludó Jt con cortesía mientras se acercaba.

Los padres de Erin levantaron la vista y sonrieron al verlo.

—¡Hola, Jt! Estamos bien, gracias. ¿Y tú? ¿Qué te trae por aquí? —preguntó el padre de Erin, limpiándose el sudor de la frente con la manga de su camisa.

Jt se rascó la nuca, sintiéndose un tanto nervioso antes de responder.

—Bueno, hoy tenía planeado llevar a Erin a pescar, pero es una sorpresa —explicó rápidamente.

Los padres de Erin intercambiaron una mirada cómplice antes de que la madre de Erin se acercara a él con una sonrisa.

—Oh, ¡qué bonito! Estoy segura de que le encantará. Es una excelente pescadora, ¿sabías? —comentó la madre de Erin con orgullo.

—Sí, eso he oído. Creo que pasaremos un buen rato juntos —respondió Jt con evidente entusiasmo.

En ese momento, la puerta se abrió, y Jt se giró para encontrarse con la figura de Erin. Estaba ataviada con una camiseta blanca holgada que dejaba entrever sus hombros bronceados por el sol de verano. Sus vaqueros ajustados resaltaban sus largas piernas, y un par de zapatillas deportivas completaban su atuendo informal pero elegante. Una diadema trenzada adornaba su cabello, y unas gafas de sol descansaban sobre su cabeza, añadiendo un toque de frescura a su apariencia. Su sonrisa radiante iluminaba su rostro, y Jt no pudo evitar sentirse aún más emocionado ante la perspectiva de pasar el día junto a ella.

—¡Hola, Jt! ¿Estás listo para irnos? —preguntó Erin, emocionada.

Jt asintió, devolviéndole la sonrisa.

—¡Claro que sí! ¿Nos vamos? —respondió él con entusiasmo.

Juntos, salieron del pequeño jardín y se dirigieron hacia la camioneta. Erin se sentó en el asiento del pasajero mientras Jt ocupaba el del conductor y se despedían de los padres de la joven. Antes de arrancar, Jt le pidió a Erin que se vendara los ojos, luego encendió el motor y giró el volante para poner rumbo al lago.

—¿Puedo quitarme ya la venda? —preguntó Erin con curiosidad cuando el coche se detuvo un tiempo después, luchando por contener la emoción.

—No, todavía no —respondió Jt con una sonrisa misteriosa.

La curiosidad de Erin se intensificaba con cada minuto que pasaba. Finalmente, después de un breve trayecto en coche, Jt detuvo el vehículo y apagó el motor.

—Bien, ya puedes mirar —dijo Jt, expectante ante la reacción de Erin.

Erin se deshizo lentamente de la venda y parpadeó varias veces mientras sus ojos se ajustaban a la luz. Cuando finalmente pudo ver claramente, se encontró frente a un hermoso lago rodeado de árboles.

—¡Oh, guau! ¿Dónde estamos? —exclamó Erin, sorprendida y emocionada.

—Es mi lugar secreto favorito —respondió él, con una sonrisa tímida.

Jt abrió la puerta del coche y ayudó a Erin a salir. Mientras caminaban hacia el lago, Erin se detuvo y observó el paisaje con asombro durante unos minutos, pero luego se giró y le dedicó una sonrisa divertida a Jt.

—¿Pescar? ¿De verdad crees que eso es una cita romántica? —se burló Erin, aunque en su interior se sentía emocionada por la idea.

Jt la miró con una sonrisa traviesa.

—Claro que sí. ¿Acaso tienes miedo de ensuciarte un poco las manos? —bromeó.

Erin le lanzó una mirada desafiante antes de hablar.

—¡Claro que no!, y te voy a decir más, voy a pescar más que tú —aseveró con rotundidad.

Así que, con cañas en mano y cestas para cebo, se dirigieron hacia la orilla de aguas verdes del lago. El sol brillaba en el cielo azul y el aire fresco de la mañana los envolvía en una

atmósfera serena.

Entre risas y conversaciones, pasaron varias horas juntos, pescando y compartiendo historias. En un momento de distracción, Jt hizo un movimiento rápido y antes de que Erin se diera cuenta, la había levantado y la había arrojado suavemente al agua. Erin emergió a la superficie riendo a carcajadas, empapada pero feliz.

—¡Eso no se hace, es trampa! —exclamó, pero no pudo contener su sonrisa—. Lo has hecho porque te iba a ganar, ¿verdad?

Jt rio a carcajadas tras su comentario, luego se lanzó al agua también y se acercó a ella, con una sonrisa traviesa dibujada en sus labios.

—Solo estaba tratando de refrescarte un poco —dijo en tono divertido, y sin más preámbulos la atrajo hacia sí y la besó apasionadamente.

El agua ondulaba a su alrededor mientras se perdían en el momento, dejando atrás cualquier preocupación o duda. Para ellos, esa simple tarde de pesca se había convertido en un recuerdo inolvidable, el comienzo de algo especial entre dos personas que se sentían irresistiblemente atraídas la una por la otra.

CAPÍTULO 29

Rancho Moonlight

La oscuridad envolvía el paisaje mientras Leonard avanzaba con paso cauteloso por los senderos silenciosos del rancho. La única compañía que tenía era el susurro del viento entre los árboles y el suave crujir de las hojas secas bajo sus pies. Su objetivo era hablar con Mackenzie antes del juicio. Necesitaba persuadirla para que retirara la denuncia, o al menos se negara a testificar en su contra. Después de tantos años de matrimonio, sentía que se lo debía; no podía permitir que su vida se desmoronara de esa manera después de todo lo que él había hecho por ella.

El brillo plateado de la luna iluminaba débilmente el camino, ofreciendo a Leonard apenas la visión suficiente para distinguir lo que tenía delante. Se sintió aliviado cuando a lo lejos distinguió las luces de la casa y de las edificaciones que la rodeaban y apretó el paso, mientras se preparaba mentalmente para la conversación más importante de su vida, de la que dependía su futuro.

Estaba a punto de llegar a la casa principal, cuando unas carcajadas rompieron el silencio. La risa femenina, tan familiar como inquietante, lo detuvo en seco. Su corazón dio un vuelco y se giró para clavar su mirada en uno de los barracones de los trabajadores, el único que estaba iluminado.

Dudó durante interminables minutos, pero finalmente se acercó. Según se aproximaba, el sonido de voces se hizo más claro, y pronto pudo distinguir la de Mackenzie, mezclada con la de otra persona.

La luz que emanaba del barracón parecía disipar las sombras que oscurecían sus pensamientos, mientras Leonard avanzaba con paso indeciso. Cada zancada aumentaba el latir frenético de su corazón, acompañado por un tumulto de emociones contradictorias que lo agitaban desde dentro. ¿Qué podría estar haciendo Mackenzie a esas horas con otra persona? La pregunta martilleaba su mente, avivando su ansiedad con cada repetición.

A medida que se acercaba, la escena a través de la ventana entreabierta se volvía más nítida. Mackenzie y Colt se movían, siguiendo el ritmo suave de la música que inundaba la habitación. Mackenzie parecía radiante en los brazos de Colt. Su sonrisa era genuina, sus ojos brillaban con complicidad mientras se dejaba llevar por la música y el momento. Ese momento suspendido en el tiempo le recordó a la joven de la que se había enamorado muchos años antes. Notó cómo una oleada de ira se extendía por todo su ser como un relámpago, y sin poder contener sus celos y dolor, corrió hacia la puerta y la abrió de un golpe para enfrentarse a la sorprendida pareja.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —exclamó fuera de sí, con los puños apretados a los costados. Su voz estaba cargada de furia y decepción.

Colt fue el primero en reaccionar: se interpuso entre Mackenzie y Leonard formando una barrera humana entre ambos. Sus ojos reflejaban una mezcla de cautela y desafío mientras clavaba su mirada fría en Leonard antes de hablar.

—Leonard, la pregunta no es esa —replicó con voz fría y tono cargado de autoridad—.

La pregunta es qué cojones haces en mi rancho.

La firmeza en su voz resonó en la habitación, mientras mantenía una postura desafiante, listo para proteger a Mackenzie.

—No, la pregunta es qué haces tú manoseando a mi mujer —replicó Leonard, que no pensaba amilanarse mientras daba un paso hacia delante, aproximándose a la pareja peligrosamente.

—Mackenzie, por favor, vete a casa —le ordenó Colt con voz controlada.

—No —replicó la aludida. Estaba asustada, pero no pensaba permitir que los hombres se pelearan. No podría perdonarse nunca que algo malo le sucediera a Colt por su culpa—. Yo solucionaré esto —afirmó con valentía mientras se adelantaba, saliendo de la protección que le proporcionaba el cuerpo de Colt, para enfrentarse a su exmarido.

—¿Solucionar esto? ¿Cómo planeas hacerlo? —inquirió Leonard con evidente sarcasmo, perdido en un torbellino de ira, dolor y confusión que amenazaba con desbordarse en cualquier momento.

Mackenzie, a pesar del nerviosismo que circulaba por cada poro de su piel, mantuvo la compostura para poder enfrentarse por primera vez al hombre que tanto daño le había hecho. Con una respiración profunda, buscó las palabras adecuadas para lanzar un mensaje alto y claro a su exmarido.

—Ya no puedes dañarme, Leonard. No puedes manipularme ni controlarme como antes —dijo Mackenzie con una voz firme, su tono estaba impregnado de una fortaleza que la sorprendió incluso a sí misma—. Ya no le tengo miedo a tus amenazas ni a tus manipulaciones. He entrado en la tormenta, y al salir de ella, ya no soy la misma chica inocente que conociste.

Las palabras de Mackenzie resonaron en el aire, cargadas de un poder que parecía nacer de lo más profundo de su ser. Leonard se quedó en silencio, sorprendido por la fuerza y la determinación que emanaban de ella.

—Lo siento, Mackenzie. Por favor, perdóname. Te lo ruego —suplicó Leonard cambiando de táctica—. No puedo soportar perderte.

Pero Mackenzie no cedió. Su expresión se mantuvo imperturbable, sus ojos reflejaban una fortaleza inquebrantable.

—Ya es demasiado tarde para eso—respondió con calma, aunque el corazón le latía con fuerza en el pecho—. He encontrado mi voz, y ya no me dejaré manipular por ti. Es hora de que aceptes que las cosas han cambiado, yo he cambiado.

Colt, en silencio, observaba la escena con una serenidad casi desconcertante. Aunque su mandíbula estaba tensa, no parecía querer intervenir. Se sentía emocionado y orgulloso por las palabras que estaba pronunciando Mackenzie.

Leonard, por su parte, retrocedió lentamente hacia la puerta, asimilando las palabras de su exmujer con una mezcla de incredulidad y pesar. Se dio cuenta de que ya no podía ejercer control sobre ella, que la Mackenzie que conocía había evolucionado y había encontrado su propia fuerza interior. Aunque le dolía admitirlo, sabía que había perdido para siempre a la mujer que alguna vez amó.

Después de que Leonard se retirara, Mackenzie y Colt se quedaron quietos, como estatuas de sal, asimilando lo que acababa de suceder mientras la música de fondo seguía sonando. Finalmente, Colt rompió el silencio, acercándose a ella con su mirada llena de preocupación y afecto. Sin decir una palabra, tomó sus manos con suavidad, ofreciéndole un apoyo silencioso pero reconfortante. Mackenzie encontró consuelo en su contacto, sintiendo el

amor y la solidaridad que le ofrecía sin palabras.

—¿Estás bien? —preguntó Colt con voz suave.

Ella asintió lentamente.

—Sí, estoy bien.

Colt le dedicó una sonrisa tierna mientras sus ojos azules brillaban con admiración.

—¿Sabes una cosa? —dijo con voz suave—. Estoy muy orgulloso de ti, has sido muy valiente —expresó con emoción.

Mackenzie sintió un nudo en la garganta y una cálida sensación en el pecho. No había esperado escuchar esas palabras en medio de la confusión y la tensión que acababan de experimentar.

—Gracias, Colt —respondió Mackenzie con voz temblorosa, luchando por contener las lágrimas que amenazaban con emerger.

***

San Antonio, Texas
Unos días después

La sala del Tribunal del Distrito Judicial del condado de Bexar estaba sumida en un silencio tenso. Mackenzie se sentaba erguida en su silla, mostrando determinación en su mirada, mientras Harper revisaba los documentos ante sí con una expresión seria y concentrada.

Al otro lado de la sala, Leonard parecía tranquilo pero rígido. Robert Simons, su abogado defensor, fruncía el ceño al descubrir que habían asignado el caso a una jueza, lo que sin duda complicaría su labor.

Colt, testigo crucial en el caso, se encontraba sentado al fondo de la sala, listo para enfrentar lo que fuera necesario para respaldar a Mackenzie.

En ese momento, la jueza Martins entró en la sala, llamó al orden y el juicio comenzó. Harper presentó el caso de Mackenzie de manera clara y concisa, detallando los eventos que llevaron al incidente que la dejó herida y las pruebas que respaldaban las acusaciones de maltrato por parte de Leonard.

—Señoría, el caso de mi cliente es claro como el día. Presentaré evidencia irrefutable que demostrará que el señor Slater cometió actos de violencia intolerables contra mi representada —declaró Harper con firmeza.

Robert Simons negó fervientemente todas las acusaciones, tratando de desacreditar el testimonio de Mackenzie tachándola de mentirosa y exagerada.

—Todo esto es una farsa. No hay pruebas contundentes en su contra. La señora Slater está exagerando y tergiversando los hechos —arguyó Simons con un gesto de desdén, mientras Leonard asentía, respaldando su versión de los acontecimientos.

Los intentos del abogado de Leonard de justificar las acciones de su representado resonaban en la sala, pero Mackenzie se mantenía firme en su relato, enfrentando las preguntas incisivas de la defensa con valentía.

—¿Puede describir con detalle lo que ocurrió aquella noche? —preguntó Robert Simons, con una mirada cortante.

—Lo haré encantada. Fue una noche de terror que nunca olvidaré —respondió Mackenzie, su voz algo temblorosa pero con tono seguro.

Cuando Mackenzie terminó con su desgarrador relato, Harper decidió llamar a Colt a declarar. La sala se llenó de un silencio expectante mientras Colt caminaba hasta el estrado, consciente de la importancia de su testimonio, que era crucial para el caso. Al llegar, miró a Mackenzie antes de dirigirse hacia el jueza.

—¿Podría decir su nombre completo para el registro? —preguntó Harper, su tono era sereno pero firme.

—Colt Spencer Duncan —respondió Colt con voz clara y decidida.

Harper comenzó a formular preguntas meticulosas, buscando detalles precisos sobre lo que había presenciado aquella noche. Colt respondió con calma y sinceridad, relatando cada momento con una claridad impactante.

—¿Puede describir lo que vio cuando llegó a la escena? —inquirió Harper, centrando la atención en los eventos clave.

Colt tomó una respiración profunda antes de responder, con los recuerdos aún frescos en su mente.

—Cuando llegué, vi a Mackenzie tendida en el suelo, evidentemente herida. Leonard estaba al otro lado de la acera, observando a su mujer en el suelo, con una expresión que no puedo describir más que como... fría y desinteresada —dijo Colt con un nudo en la garganta al recordar la escena.

Las palabras de Colt captaron la atención de todos los presentes, incluido Leonard, quien lo fulminó con la mirada. Colt estaba seguro de que, de haber podido, lo habría matado en ese momento.

El interrogatorio continuó, cada respuesta de Colt arrojaba luz sobre los eventos de aquella noche y fortalecía el caso de Mackenzie. Al final, cuando Harper terminó con su cuestionario, la sala quedó sumida de nuevo en el silencio, mientras la defensa se preparaba para el contraataque.

A medida que el juicio avanzaba, las emociones en la sala iban en aumento. Las declaraciones y los testimonios se entrelazaban en un torbellino de argumentos, mientras Mackenzie luchaba por hacer que se escuchara su voz. Finalmente, después de casi dos horas de testimonios y deliberaciones, la juez anunció su veredicto.

—Basándome en las evidencias presentadas y en los testimonios escuchados, encuentro al señor Slater culpable de maltrato —declaró la juez con solemnidad.

—No puede ser —dijo Leonard, dejándose caer en la silla y cubriéndose el rostro con ambas manos.

El silencio en la sala se volvió denso, cargado de la intensa emoción que fluía entre los presentes. Mackenzie permanecía en su asiento, con una mezcla de alivio y satisfacción en su rostro, mientras Colt la observaba con orgullo desde su lugar al fondo de la sala.

La jueza Martins, tras un momento de reflexión, continuó con el veredicto:

—Dadas las circunstancias y la gravedad de los actos cometidos, impongo al señor Slater una condena de tres años de prisión, sin posibilidad de libertad condicional.

Las palabras resonaron en la sala, marcando el final de un capítulo oscuro y doloroso para Mackenzie y el comienzo de un camino hacia la justicia. Leonard, abrumado por la realidad de su condena, permaneció en silencio, resignado ante las consecuencias de sus acciones.

CAPÍTULO 30

Rancho Moonlight,
unos días después

Unos días después del juicio, Mackenzie decidió que era momento de compartir con sus hijos la verdad de lo sucedido. Sabía que se enfrentaba a una conversación difícil, pero sentía que Jenna y Leo merecían conocer la realidad, por más dolorosa que fuera. Era un sábado soleado, que prometía un día cálido. Salió de la casa y se dirigió al cercado donde pastaban los caballos, y como suponía, allí encontró a Jenna y Leo. Sus hijos estaban absortos en la contemplación de los caballos que se movían con gracilidad y elegancia natural.

—Chicos, ¿podéis venir un momento? —preguntó Mackenzie, y como esperaba, sus hijos se giraron y la miraron con curiosidad.

Jenna fue la primera en reaccionar. Descendió de la valla y ayudó a su hermano a hacer lo mismo antes de dirigirse hacia su madre.

—¿Sucede algo malo? —preguntó Jenna con preocupación, mientras sostenía los hombros de su hermano, quien estaba delante de ella.

Mackenzie respiró profundamente y observó los rostros confusos de sus hijos. Aunque sabía que enfrentaba una de las pruebas más difíciles de su vida, comprendía que era necesario contarles la verdad sobre el futuro de su padre, del cual ella era en parte responsable.

—Hace unos días fue el juicio por lo que hizo papá —confesó con dificultad.

—¿Cuándo papá te empujó sin querer y terminaste en el hospital? —preguntó Leo inocentemente.

Mackenzie sintió que su cuerpo se tensaba y lamentó la mentira piadosa que había contado en su momento al niño.

—Leo, las cosas no fueron así —intervino Jenna, sorprendiendo a su madre—. Lo que sucedió fue que papá se enfadó con mamá y la golpeó —dijo con franqueza—. Ya hemos hablado de esto tú y yo —prosiguió su relato—, no está bien ser un abusón, como cuando Scott se metía contigo y te dejó el ojo morado, ¿lo recuerdas?

Leo escuchó atentamente las palabras de su hermana mayor, con una expresión que alternaba entre la sorpresa y el entendimiento. Sus ojos se abrieron un poco más al escuchar la verdad cruda sobre lo sucedido entre sus padres. Tragó saliva, procesando la información mientras recordaba el dolor pasado que había experimentado cuando fue víctima del maltrato de su compañero de clase y lo mal que lo pasó.

—Sí, lo recuerdo —murmuró Leo, con la mirada fija en el suelo mientras rememoraba aquel incidente con Scott.

El pequeño apretó los puños con determinación, sintiendo una mezcla de emociones: preocupación por su madre, ira hacia su padre por sus acciones y nuevamente preocupación, esta vez por su padre, porque a pesar de todo le quería.

—No está bien que papá haya hecho eso —dijo con voz temblorosa, levantando la mirada hacia su madre y su hermana—. Y entiendo que, como cuando Scott me golpeó y la señorita Rupert lo castigó, a papá también lo tendrán que castigar, ¿verdad?

Mackenzie sintió un cálido nudo en la garganta al ver la valentía que mostraba su hijo en medio de una situación tan difícil. Se inclinó hacia él y lo abrazó con ternura, sintiendo el corazón lleno de amor y gratitud por la comprensión y madurez que demostraban los dos ante una situación tan adversa.

—La juez decidió que papá tiene que pasar un tiempo en prisión por lo que hizo— reveló Mackenzie finalmente. No había forma delicada de expresarlo ni minimizar los posibles daños —. Leo, cariño, sé que lo que acabo de decir puede ser confuso y abrumador para ti. Pero quiero que sepas que, aunque papá estará lejos por un tiempo, él os quiere como siempre lo ha hecho. Lo que pase entre él y yo no tiene por qué afectar a vuestra relación.

—¿Eso quiere decir que podré ir a verlo si quiero? —preguntó con cautela.

Mackenzie sostuvo la mirada de su hijo con ternura antes de responder.

—Sí, amor, podrás visitarlo si así lo deseas. Papá estará contento de verte y saber que estás bien. Pero recuerda, lo más importante es que estés cómodo con la idea. No hay presión, ¿de acuerdo? —dijo con voz suave, transmitiendo tranquilidad a su hijo.

Leo asintió lentamente, pareciendo aliviado por la posibilidad de mantener contacto con su padre. Sabía que las cosas serían diferentes, pero el amor que sentía por él seguía intacto.

—Gracias, mamá —respondió Leo con sinceridad, devolviéndole la mirada con gratitud —. Te quiero mucho.

Un sentimiento cálido inundó el corazón de Mackenzie al escuchar las palabras de su hijo. Lo abrazó con fuerza, sintiendo una profunda conexión con él en ese momento de vulnerabilidad compartida.

—Te quiero más de lo que puedas imaginar, Leo —dijo Mackenzie con voz entrecortada por la emoción—. Siempre estaré aquí para ti, pase lo que pase.

Jenna se unió al abrazo, formando un vínculo familiar sólido y reconfortante. En ese momento, Mackenzie supo que, juntos, podrían enfrentar cualquier desafío que se interpusiera en su camino.

Colt observaba la escena desde la puerta entreabierta del establo, sintiendo cómo la emoción lo embargaba. Ver a Mackenzie y a sus hijos compartiendo ese momento de amor y apoyo mutuo despertó una sensación abrumadora en su pecho. No pudo evitar que unas lágrimas asomaran en sus ojos, y con gesto rápido, se las secó antes de que alguien lo notara.

Aquel abrazo era un recordatorio conmovedor de la fuerza y el vínculo familiar que compartía Mackenzie con sus hijos, y aunque él aún no se sentía merecedor de pertenecer a aquel círculo, se sintió profundamente conmovido por la unión y el amor que emanaban de aquel abrazo.

Para su sorpresa, en ese preciso instante, Mackenzie dirigió su mirada hacia donde él se encontraba y conectó su penetrante mirada gris con la suya. Luego, le regaló una esplendorosa sonrisa que provocó que su corazón latiera con fuerza contra su pecho.

***

Unos días después

Colt estaba concentrado en las tareas diarias del rancho, rodeado del aroma a heno y cuero. En ese momento, Leo se acercó a él con paso decidido, listo para ofrecer su ayuda en cualquier tarea que se presentara. Una sonrisa se dibujó en el rostro de Colt al ver el entusiasmo

del niño, y decidió que era el momento perfecto para compartir una experiencia especial con él.

—¿Te gustaría ayudarme a cepillar a Rusty? —preguntó Colt, ofreciendo al niño una sonrisa cálida.

Los ojos de Leo se iluminaron con emoción y asintió vigorosamente. Luego cogió el cepillo que Colt le tendía y comenzó con la tarea. Con cuidado y atención, Colt y Leo se dedicaron a cepillar al caballo favorito del niño. Leo seguía las instrucciones de Colt, sintiéndose importante por contribuir al bienestar del animal. Mientras trabajaban juntos, Colt elogiaba el buen trabajo del pequeño, tratando de infundirle confianza.

Al finalizar la tarea, Colt le dio un suave golpecito en el hombro y le dedicó una sonrisa.

—Has hecho un excelente trabajo, Leo —expresó orgulloso.

Leo sonrió radiante, sintiéndose valorado y feliz de haber contribuido en el rancho, como hacía cada uno de sus habitantes. Mientras recogían los utensilios del establo, Leo se detuvo de repente y miró a Colt con seriedad.

—Oye, Colt, ¿estás enamorado de mi mamá? —preguntó de repente, con una curiosidad inocente pero directa.

Colt se sintió completamente desconcertado ante sus palabras. Su corazón dio un vuelco y sintió un ligero rubor en sus mejillas ante la franqueza del niño. Tragó saliva, tratando de encontrar las palabras adecuadas, y finalmente respondió a la pregunta.

—Uh, bueno, Leo... —titubeó Colt, intentando mantener la calma y elegir sus palabras con cuidado—. Tu madre y yo somos buenos amigos.

Leo frunció el ceño, pareciendo reflexionar sobre la respuesta de Colt. Parecía insatisfecho con la explicación.

—Oh, está bien —dijo Leo finalmente, encogiendo sus hombros—. Solo me pareció extraño porque os vi dándoos besitos el otro día.

Colt se sintió desconcertado por la revelación de Leo. Trató de mantener la compostura, aunque por dentro sentía los nervios burbujear en su estómago. Pero finalmente decidió que no había mejor camino que la verdad. A fin de cuentas, tarde o temprano tendrían que contarle la verdad a Leo y Jenna.

—Leo, necesito decirte algo importante —comenzó Colt, su voz era suave pero firme mientras se acuclillaba frente al niño para situarse a su altura.

Leo lo observaba con atención, sus ojos reflejaban una mezcla de curiosidad y anticipación.

—He estado pasando mucho tiempo con tu mamá últimamente, y.… bueno, ahora que lo has dicho, creo que sí que me he enamorado de ella —declaró, observando la reacción de Leo con preocupación.

El niño pareció sorprendido por un momento, sus ojos reflejaban una mezcla de emociones que Colt no supo descifrar.

—¿De verdad? —preguntó Leo con voz temblorosa.

Colt asintió con un gesto de cabeza.

—Sí, de verdad. Pero entiendo si esto te hace sentir confundido o incómodo. Tu opinión es importante para mí, Leo, y quiero asegurarme de que te sientes cómodo con todo esto que está pasando.

Leo bajó la mirada y la clavó en el suelo, como si allí fuera a encontrar la respuesta a sus pensamientos turbulentos. Después de un momento, la volvió a levantar para encontrarse con los ojos de Colt.

—Es un poco extraño —confesó con sinceridad—, pero... me parece bien. Si tú y mamá sois felices juntos, entonces eso es lo más importante.

La respuesta de Leo llenó a Colt de una sensación abrumadora de gratitud y alivio. Se inclinó hacia delante para abrazar al niño, agradecido por su comprensión.

—Gracias, Leo. Significa mucho para mí que estés de acuerdo. Y quiero que sepas que siempre estaré aquí para ti, pase lo que pase. Eres una parte importante de mi vida, y siempre lo serás.

Después de su conversación en el establo, Leo decidió que quería ir a ver a los gatitos que habían nacido recientemente en el granero. Colt asintió con una sonrisa, feliz de que el niño encontrara distracción en esa actividad.

Mientras Leo se dirigía hacia el granero, Colt aprovechó la oportunidad para dirigirse hacia la cocina, donde sabía que Mackenzie estaría ocupada con las tareas del día. Respiró hondo para calmarse antes de entrar.

La encontró concentrada en preparar la comida del mediodía. Su corazón dio un pequeño salto al verla, y una sonrisa curvó sus labios al descubrir lo bonita que estaba con aquel vestido rojo con lunares blancos.

—Mackenzie —la llamó con gentileza, y como esperaba, ella se giró y clavo su mirada gris en él. Como siempre que ella le miraba de esa forma, su corazón se aceleró.

—Colt… ¿Qué sucede? —preguntó Mackenzie preocupada al notar la expresión seria en su rostro.

—Algo acaba de ocurrir en el establo con Leo —confesó Colt con evidente nerviosismo —. Me hizo una pregunta un tanto inesperada.

Mackenzie arqueó una ceja con curiosidad.

—¿Qué pregunta?

Colt procedió a explicarle la conversación que había tenido con Leo y cómo había aclarado las cosas con el niño.

Mackenzie escuchaba con atención, agradecida por la honestidad y transparencia con las que Colt había abordado la difícil pregunta.

—Gracias, lo has manejado maravillosamente —lo animó, apreciando el tiempo que había dedicado para aclarar las cosas con su hijo pequeño.

—Y aprovechando que hoy parece ser el día de las confesiones —dijo Colt mientras se acercaba a ella y tomaba sus manos con ternura—. Quiero decirte que desde el momento en que te conocí, supe que eras especial para mí. Has traído tanta luz y alegría a mi vida. Ya te dije que no puedo imaginar mi vida sin ti a mi lado. Así que… ¿aceptarías pasar el resto de tus días conmigo? ¿Aceptarías ser mi compañera de vida?

El corazón de Mackenzie dio un vuelco ante la apasionada confesión de Colt. Las lágrimas llenaron sus ojos mientras sentía una oleada de amor abrumador por él.

—Oh, Colt... sí, sí acepto —respondió Mackenzie con voz temblorosa, el corazón rebosante de felicidad—. No hay nada que desee más que pasar el resto de mis días contigo.

Colt no pudo contenerse más y envolvió a Mackenzie en sus brazos con ternura. Sus labios se encontraron en un beso lleno de amor y promesas para el futuro.

En ese momento, ambos supieron que habían encontrado el verdadero amor y estaban listos para enfrentar juntos todo lo que la vida les deparara.

FIN

EPÍLOGO

Rancho Moonlight,
unas semanas después.

La tarde del sábado, el sol doraba los vastos campos mientras una suave brisa llevaba consigo el tentador aroma de la barbacoa. El patio trasero de la casa rebosaba de risas y animadas conversaciones, mientras amigos y familiares se congregaban para deleitarse con la deliciosa comida que Jared, el especialista de la familia, estaba preparando sobre las brasas.

En un rincón apartado del patio, Mackenzie y Colt intercambiaban miradas cómplices, con una sonrisa traviesa danzando en sus labios. Habían decidido que ese era el momento oportuno para revelar la noticia que habían guardado celosamente durante semanas y que estaban deseando compartir con todos.

La tarde avanzaba, Harper y Liam charlaban animadamente con Brianna y Tricia mientras el sol se deslizaba suavemente por el cielo. Lucien, con una sonrisa relajada, se encontraba disfrutando de la compañía de Michael y Zachary, los hermanos de Tricia, quienes compartían anécdotas y risas con él.

Leo, por su parte, estaba con los gatitos, que se aventuraban tímidamente fuera del cálido refugio del establo, jugando con ellos entre risas y caricias suaves.

Y un poco más allá, bajo la sombra de un viejo roble, Jenna y Hailey compartían confidencias y risas, como si estuvieran perdidas en su propio mundo de secretos y complicidad, ajenas al bullicio de la reunión.

Colt cogió la mano de Mackenzie y se situó en la cabecera de la mesa.

—¡Atención, todos! —anunció, elevando la voz para captar la atención de los presentes —. Mackenzie y yo tenemos algo importante que deciros.

Las conversaciones se desvanecieron mientras todos dirigían su atención hacia la pareja, con curiosidad y expectación reflejadas en sus rostros.

—Hemos esperado el momento adecuado para esto, y ¿qué mejor ocasión que hoy, rodeados de aquellos a quienes amamos? —prosiguió Colt, estrechando la mano a Mackenzie con ternura—. Queremos anunciar que nos hemos comprometido —confesó finalmente con una sonrisa que iluminaba su rostro.

Jenna y Leo corrieron hacia ellos, con sonrisas radiantes en sus rostros.

—¡Felicidades, mamá y Colt! —exclamaron al unísono, envolviéndolos en un abrazo grupal.

Después de la emocionante revelación, el resto del grupo se sumergió en una multitud de abrazos cálidos, besos cariñosos y emocionadas felicitaciones. Las risas y los murmullos de alegría acompañaban cada gesto y cada palabra.

—Bueno, pues ya que parece que es la tarde de las sorpresas, nosotros también queremos compartir algo con la familia —dijo Harper, intercambiando una mirada llena de complicidad con Liam—: ¡Vamos a ser padres! —exclamó con evidente ilusión.

El anuncio de Harper y Liam fue recibido con una ola de felicitaciones y alegría por parte de los presentes, sin eclipsar la emoción por el reciente compromiso del mediano de los Duncan.

Unos minutos después, Colt y Mackenzie decidieron tomarse un momento a solas, apartándose hacia un rincón tranquilo del patio. Allí, bajo la suave luz del atardecer, se miraron el uno al otro con una mezcla de emoción y amor palpable en sus miradas.

—Mackenzie —comenzó Colt, tomando suavemente su rostro entre sus manos y clavando sus ojos en los de ella con intensidad—, cada día le doy gracias al destino por ponerte en mi camino. Te amo con todo mi corazón, y estoy seguro de que quiero pasar el resto de mi vida contigo.

—Colt, tú has llenado mi vida de amor y felicidad desde el momento en el que puse un pie en este rancho. Moonlight se ha convertido en el refugio que tanto necesitaba. Has logrado que vuelva a creer en el amor —confesó mientras se ponía de puntillas para poder besar sus labios con todo el amor y pasión que sentía.

Se abrazaron con fuerza, sintiendo la calidez y la certeza de que estaban destinados a estar juntos. Ante sus ojos se extendía la promesa de un futuro brillante y lleno de amor.

MAR FERNÁNDEZ

Amante de su ciudad natal, Madrid, vive en un pueblo de Salamanca de apenas treinta vecinos, junto a la persona que eligió para vivir su propia historia de amor.
Su afición por la lectura comenzó una fría tarde de invierno, con tan solo 15 años, cuando aburrida hurgó en los estantes de la biblioteca de su hermana algún libro que le llamara la atención. Allí se decidió por "El jardín de las mentiras" de Eileen Goudge. Y desde ese momento que la romántica la envolvió con su encanto, quedándose hasta la madrugada inmersa en cuanta historia de amor cayera entre sus manos.
Y por entre ellos, la escritura surgió también en ella. Muchos son los cuadernos de espiral donde sus ideas comenzaron a tener vida, plasmando en ellos, mundos donde los hilos de los personajes eran movidos a su antojo, siendo a veces ellos mismos los que guiaban los dedos para escribir sus propios destinos.

"Sus escritos son un enredo de personajes maravillosos, entrelazados unos con otros, con ciertos toques de humor
y alegría, algunas tristezas y malos aciertos, pero con
palabras y frases que llegan al corazón."
Mimi Romanz

Puedes encontrarme en:
Twitter, Facebook, Instagram…
http://marfernandezmartinez.wixsite.com

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Contemporánea:

Nunca te olvidé.
Atardecer contigo.
Viaje a los sentimientos.
Construyendo un amor.
Atrapado en tu recuerdo (Esencia Irlandesa).

Bilogía “Los chicos Bradford”

Atrapado en tu recuerdo.
Savanna, tentadora obsesión.

Bilogía “Town Hope”

Besos con sabor a lluvia.
Besos con sabor a esperanza.

Serie “Fast River”

La debilidad de Graig.
Un giro inesperado del destino.
La frontera del corazón.
Corazones esquivos.

Serie “White Valley”

Huyendo de mi destino.
Oscuros secretos en White Valley.
White Valley, un lugar para soñar.
Señor Rodeo.

Serie “Hidden Valley”

Latidos cautivos.
Honor de Conway.
Un abismo entre tú y yo.

Serie “Serene Falls”

Silencios perdidos.
Mi corazón susurra tu nombre.
Un refugio en Moonlight.
Enredado en tu piel (próximamente).

Colección Little Love:

Un adiós con olor a lavanda.

El corazón de Fiona.
Abrazando la tormenta.
Reflejos del pasado.
Una boda y cinco estados para enamorarme.

Histórica:

(Saga Despertar)

Despertar con tu amor.
Perdida en tus brazos.
El Halcón del Támesis.

Victoriana:

(Serie Libertinos)

Una apuesta desafortunada.
Conquistando a lady Helena.

Trilogía "Destino"
(Género western)

Dos hombres y un solo corazón.
La ingobernable señorita Peterson.
La impostora y el marqués.

Colección tierras lejanas:

Cruce de caminos.
El viaje de su vida.
Forajida.
La decisión de Elaine.
Amor rebelde.

Todas ellas disponibles en Amazon, en digital y papel.